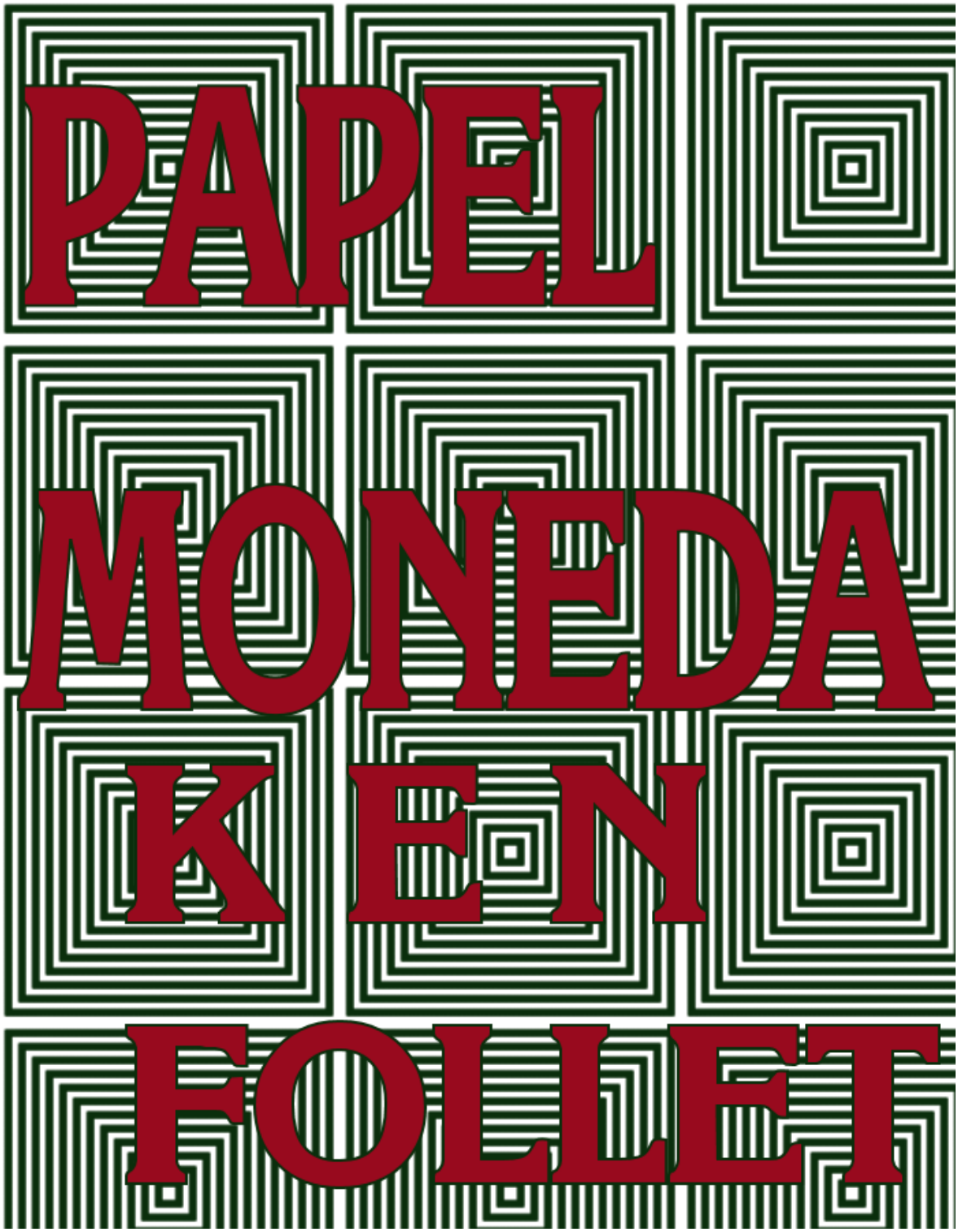
PAPEL MONEDA

KEN FOLLET



LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

INTRODUCCIÓN

Este libro se escribió en 1976, inmediatamente antes que La isla de las tormentas, y creo que es el mejor de mis libros sin éxito. Fue publicado bajo el seudónimo de Zachary Stone, igual que El escándalo Modigliani, ya que ambos libros son semejantes: carecen de un personaje central pero presentan diversos grupos de personajes cuyas historias se enlazan y comparten un clímax común.

En Papel moneda los lazos son menos fortuitos ya que la obra se propone demostrar la interrelación corrupta entre el crimen, las altas finanzas y el periodismo. Su final es más bien sombrío si se compara con El escándalo Modigliani; de hecho, casi es una tragedia. Sin embargo, las diferencias y semejanzas entre Papel moneda y La isla de las tormentas son lo más instructivo. (Los lectores que quieran el pastel, y no la receta, deben pasar por alto este prólogo y pasar directamente al capítulo primero.) La trama de Papel moneda es la más ingeniosa que yo haya escrito y la escasa venta del libro me convenció de que los argumentos ingeniosos satisfacen más a los autores que a los lectores. El argumento de La isla de las tormentas es muy sencillo, claro está; de hecho podía escribirse en tres párrafos, y así fue como lo hice cuando se me ocurrió. La isla de las tormentas, sólo tiene tres o cuatro personajes principales, mientras que Papel moneda tiene una docena más o menos. Sin embargo, a pesar de su complicada trama y su larga lista de personajes, Papel moneda ocupa la mitad de la extensión que La isla de las tormentas. Como escritor, siempre he tenido que luchar contra una tendencia mía a sintetizar y en Papel moneda pueden ustedes ver que mi esfuerzo ha sido en vano. En consecuencia, sus muchos personajes se describen con rápidas y enérgicas pinceladas y la obra carece del efecto de introducción detallada y personal en las vidas privadas de los personajes que los lectores exigen de un best-seller.

Uno de los elementos clave del libro es su forma. La acción se desarrolla durante un único día en la vida de un periódico londinense de la tarde (yo trabajé para un periódico así durante los años 1973 y 1974) y cada uno de los capítulos es la crónica de una hora de ese día presentada en tres o cuatro escenas que describen tanto lo que sucede en la sala de redacción como lo que sucede en las historias que el periódico relata (o deja de relatar). La isla de las tormentas tiene una estructura más rígida todavía, aunque nadie, que yo sepa, lo ha notado; hay seis partes, cada una con seis capítulos (excepto la última parte, que tiene siete); el primer capítulo de cada parte trata del espía, el segundo, de los que persiguen al espía, y así sucesivamente hasta el sexto, que siempre habla de las consecuencias militares internacionales de lo que ha sucedido antes. Los lectores no suelen advertir estas cosas -¿por qué tendrían que hacerlo?-, pero yo sigo sospechando que la regularidad, incluso la simetría, contribuyen a lo

que ellos consideran que es una historia bien contada.

La otra característica que Papel moneda comparte con La isla de las tormentas es la abundancia de personajes menores: prostitutas, ladrones, niños medio idiotas, esposas de la clase trabajadora y viejos solitarios. En libros posteriores no he hecho lo mismo, ya que solamente desvían la atención de los personajes principales y de su historia; aunque muchas veces me pregunto si eso es lo más hábil.

Hoy no estoy tan seguro como lo estaba en 1976 de la conexión entre el crimen, las altas finanzas y el periodismo; pero creo que esta historia es fiel reproducción de la realidad en otro sentido. Presenta un cuadro detallado del Londres que yo conocí en la década de los setenta, con sus policías y delincuentes, sus banqueros y prostitutas, periodistas y políticos, sus tiendas y sus barrios míseros, sus calles y su río. Yo amé todo eso, y espero que ustedes también lo amen.

SEIS DE LA MADRUGADA

Fue la noche más feliz en la vida de Tim Fitzpeterson.

Esto es lo que él pensó en el momento en que abrió los ojos y vio a la chica en la cama, a su lado, durmiendo todavía.

No se movió por temor a despertarla; pero la miró, casi furtivamente, a la luz fría del alba londinense. Dormía boca arriba, con la total relajación de un niño. Tim recordó a su Adrienne cuando era pequeña. Apartó de su mente ese pensamiento inoportuno.

La chica acostada a su lado tenía el cabello rojizo, acoplado a su pequeña cabeza como una gorra, dejando ver sus diminutas orejas. Todos sus rasgos eran pequeños: nariz, barbilla, pómulos, dientes delicados. En una ocasión, durante la noche, le había cubierto la cara con sus manos torpes y anchas, y le apretó suavemente con los dedos las concavidades de los ojos y de las mejillas, abriéndole con los pulgares los blandos labios, como si la piel de sus dedos pudiera sentir la belleza de ella como el calor de un fuego.

Su brazo izquierdo descansaba lánguidamente fuera del cobertor que estaba corrido hacia abajo y dejaba al descubierto unos hombros estrechos y delicados y un pecho pequeño, con el pezón adormecido.

Yacían separados, sin tocarse, aunque él percibía el calor de la cadera femenina próxima a la suya. Apartó la mirada de la chica para dirigirla al techo y por un momento se dejó invadir por el placer puro del recuerdo de la fornicación, como un estremecimiento físico; después se levantó.

Permaneció en pie junto a la cama y volvió a mirarla. Ella seguía durmiendo. La débil luz matutina no le restaba belleza a pesar de sus cabellos alborotados y los restos desaliñados de lo que había sido un elaborado maquillaje. El alba era menos amable con Tim Fitzpeterson, él lo sabía. Por esto intentó no despertarla; quería verse en un espejo antes de que ella le mirase.

Se dirigió desnudo al cuarto de baño, pisando sin hacer ruido la

alfombra de un verde descolorido de la sala. Por un momento vio aquel lugar como si fuese la primera vez y le pareció desesperanzadoramente sin interés. La alfombra hacía juego con un sofá de un verde más triste todavía y unos almohadones floreados y descoloridos. Había también un escritorio sencillo de madera, como los que pueden verse en un millón de oficinas; un antiguo aparato de televisión en blanco y negro; un mueble archivador y un estante con libros de leyes y de economía más algunos volúmenes de Hansard. En otro tiempo le había parecido audaz tener un pied-á-terre en Londres.

En el cuarto de baño había un espejo de cuerpo entero que no había comprado Tim, sino su esposa, en la época en que ella todavía no se había retirado del todo de la vida de la ciudad. Tim se contempló en el espejo mientras esperaba que se llenara la bañera, preguntándose qué habría en aquel cuerpo de mediana edad que pudiese llevar a una hermosa chica de -¿cuántos, veinticinco años?- a un frenesí de lujuria. Era un hombre sano, pero no estaba en forma, no en el sentido en que se usa esa palabra para describir a los hombres que hacen ejercicio y visitan el gimnasio. Era un hombre bajo, y su complexión corpulenta la subrayaba una ligera grasa superflua, especialmente en el pecho, la cintura y las nalgas. Su físico era bueno, para un hombre de cuarenta y un años, pero no tenía nada que pudiera excitar ni a la más ardiente de las mujeres.

El espejo se empañó con el vapor y Tim se metió en la bañera. Apoyó la cabeza y cerró los ojos. Pensó para sí que había dormido menos de dos horas y sin embargo se sentía vigoroso. Por su educación tendría que creer que el dolor y el malestar, e incluso la enfermedad, eran consecuencia de noches perdidas, bailes, adulterios y exceso de bebidas. Todos aquellos pecados juntos deberían provocar la ira de Dios.

Pero no era así; las consecuencias del pecado eran una pura delicia. Comenzó a enjabonarse lánguidamente. Todo había comenzado en una de aquellas espantosas cenas: cóctel de pomelo, bistec demasiado hecho y bomba sin sorpresa para trescientos miembros de una organización inútil. El discurso de Tim había sido solamente otra exposición de la estrategia actual del Gobierno, subrayado emotivamente para despertar la simpatía de la audiencia. Más tarde había accedido a ir a algún otro lugar para tomar un trago con uno de sus colegas -un joven y brillante economista- y dos personas del público de escaso interés.

El lugar había resultado ser un local nocturno que normalmente hubiera excedido los recursos de Tim; pero fue otro el que pagó la entrada. Una vez dentro, Tim empezó a divertirse, hasta el punto en que invitó a los otros a una botella de champán utilizando su tarjeta de crédito. Otras personas se unieron al grupo: el ejecutivo de una compañía cinematográfica del que Tim había oído hablar vagamente; un guionista del que no sabía nada; un economista de izquierda que daba apretones de manos sonriendo irónicamente y que evitaba

hablar de sus ocupaciones; y las chicas.

El champán y el espectáculo le excitaron ligeramente. En los viejos tiempos, al llegar a ese punto hubiera llevado a Julia a casa y le hubiera hecho el amor con rudeza; a ella le gustaba eso de vez en cuando. Pero ahora Julia iba raramente a la ciudad, y él ya no iba a los locales nocturnos; no, normalmente.

No le habían, presentado a las chicas. Tim inició una conversación con la más cercana, una pelirroja de pecho liso que llevaba un traje largo de color pálido. Tenía aspecto de modelo y le dijo que era actriz. Tim esperaba encontrarla aburrida y parecerle lo mismo a ella. Fue entonces cuando tuvo el primer presentimiento de que esa noche sería especial: ella parecía encontrarle fascinante.

Su conversación íntima les aisló poco a poco del resto del grupo, hasta que alguien sugirió ir a otro club. Tim dijo inmediatamente que él se iba a casa. La pelirroja le cogió del brazo y le pidió que no lo hiciese; y Tim, galante con una mujer bella por primera vez en veinte años, estuvo de acuerdo al instante en acompañarles.

Se preguntó, mientras salía de la bañera, de qué habían estado hablando durante tanto tiempo. El trabajo de un funcionario menor del Departamento de Energía no era tema para una conversación en una fiesta: cuando no resultaba técnico era altamente confidencial. Quizás habían estado discutiendo de política. ¿Le habría contado quizás anécdotas irónicas sobre políticos senior, con aquel tono inexpresivo que era su única manera de resultar ser gracioso? No podía recordarlo. Todo lo que recordaba era la manera en que ella se sentaba, con todas las partes de su cuerpo vueltas hacia él: cabeza, hombros, rodillas, pies; una actitud corporal que resultaba a la vez íntima y provocativa.

Secó el vapor del espejo del lavabo y se frotó la barbilla especulativamente, contemplando la tarea a realizar. Su cabello era muy oscuro, y la barba, si la dejara crecer sería espesa. El resto de su cara era, por no decir más, ordinario. Tenía la barbilla hundida y la nariz puntiaguda, con dos marcas iguales, blanquecinas, a ambos lados del puente, donde las gafas se habían apoyado durante treinta y cinco años; la boca no era demasiado pequeña pero estaba un poco torcida; las orejas eran demasiado grandes, y la frente alta, de intelectual. En ese rostro no podía leerse ningún carácter. Era un rostro entrenado para disimular sus pensamientos en lugar de manifestar emociones.

Conectó la máquina de afeitar e hizo una mueca para colocar toda su mejilla izquierda a la vista. Tim no era ni siquiera feo. Había oído decir que algunas chicas sentían inclinación por los hombres feos. No estaba en condiciones de comprobar semejantes generalizaciones sobre las mujeres, pero Tim Fitzpeterson no llegaba siquiera a encajar en esa categoría de dudosa suerte.

Pero quizás había llegado el momento de pensar nuevamente en las categorías en las que encajaba. El segundo local nocturno que

visitaron había resultado ser el tipo de lugar donde él nunca hubiera entrado voluntariamente. No le gustaba la música, y si le hubiera gustado su gusto no hubiese incluido aquel ruido estridente y continuo que ahogaba todas las conversaciones en The Black Hole. Sin embargo, había bailado siguiendo esa música, el baile contorsionado, exhibicionista, que parecía ser de rigueur allí. Se divirtió bailando, y pensó que había salido suficientemente airoso; no vio miradas divertidas en los otros bailarines, cosa que había temido. Quizá sería porque muchos de ellos tenían la misma edad que él.

El disc-jockey, un joven barbudo que llevaba una camiseta con las palabras «Harvard Business School», probablemente impropias, puso caprichosamente una balada lenta, cantada por un americano con un fuerte resfriado. En ese momento estaban en la pequeña pista. La chica se le acercó y le rodeó con los brazos. En ese momento supo lo que ella se proponía; y él tenía que decidir si lo tomaba con la misma seriedad. Con aquel pequeño cuerpo flexible y ardiente pegado a él como una toalla húmeda, pronto se decidió. Inclinó la cabeza -ella era algo más baja que él-y le murmuró en el oído:

-Ven a tomar una copa en mi piso.

La besó en el taxi -¡eso era algo que no había hecho hacía años!-. Ese beso fue tan exquisito, como un beso en sueños, que él le tocó los pechos, maravillosamente pequeños y duros bajo el amplio vestido; después de eso les fue difícil contenerse hasta llegar a casa.

La copa quedó olvidada. Debimos meternos en la cama en menos de un minuto, pensó Tim maliciosamente. Acabó de afeitarse y miró a su alrededor buscando la colonia. En el armarito de la pared había una vieja botella.

Volvió al dormitorio. Ella seguía durmiendo. Tim buscó su bata y sus cigarrillos y se sentó en la silla de alto respaldo junto a la ventana. He estado tremendo en la cama, pensó. Sabía que se estaba engañando: ella había sido la activa, la creativa. Por decisión de ella habían hecho cosas que Tim no hubiera podido sugerirle a Julia después de quince años en la misma cama.

Sí, Julia. Miró sin ver, desde la ventana del primer piso, al otro lado de la estrecha calle, la escuela victoriana de ladrillos rojos, con su patio pequeño pintado con las descoloridas líneas amarillas de una pista de tenis. Seguía sintiendo lo mismo por Julia: si antes la había amado, también la amaba ahora. Esa chica era algo distinto. Pero ¿no era eso mismo lo que los tontos se decían antes de embarcarse en una aventura?

No nos precipitemos, se dijo. Para ella esto puede ser simplemente la escapada de una noche. No podía suponer que ella quisiera volver a verle. Sin embargo, Tim quería decidir cuáles eran sus propios propósitos antes de preguntarle a ella cuáles eran las alternativas: el gobierno le había enseñado a informarse brevemente antes de las reuniones.

Tim tenía una fórmula para enfrentarse con las decisiones

Librodot

complicadas. En primer lugar, ¿qué puedo perder?

De nuevo, Julia: robusta, inteligente, satisfecha; reduciendo inexorablemente sus horizontes con cada año de maternidad. Hubo un tiempo en que él vivía por ella: le compraba los vestidos que a ella le gustaban, leía novelas porque a ella le interesaban y sus éxitos políticos le complacían mucho más porque también complacían a Julia. Pero el centro de gravedad de su vida se había desviado. Ahora Julia solamente se interesaba por trivialidades. Quería vivir en Hampshire, y a él no le importaba, de modo que allí vivían. Quería que él llevase chaquetas a cuadros, pero la elegancia de Westminster exigía trajes más sobrios, de modo que Tim Fitzpeterson usaba trajes oscuros, grises, de ligero diseño, y azul marino.

Al analizar sus sentimientos, descubrió que no había mucho que le atase a Julia. Un ligero sentimiento, quizás; un recuerdo nostálgico de Julia con su cabello en cola de caballo, con una falda estrecha, bailando jazz. ¿Era eso amor o algo parecido? Lo dudaba.

¿Las niñas? Eso ya era otra cosa. Katie, Penny y Adrienne: solamente Katie era lo bastante mayor para comprender el amor y el matrimonio. No le veían demasiado, pero él opinaba que un poco de amor paternal recorre un largo camino y es muchísimo mejor que carecer enteramente de padre. En ese aspecto no había lugar a discusión: su opinión era inmutable.

Y estaba su carrera. Un divorcio quizá no perjudicaría a un pequeño funcionario como él, pero podría arruinar a un hombre situado más arriba. No había existido nunca un Primer Ministro divorciado. Y Tim Fitzpeterson quería ese trabajo.

De modo que había mucho que perder: de hecho, todo lo que él apreciaba. Volvió la mirada de la ventana a la cama. La chica se había vuelto del lado opuesto. Había acertado dejándose el cabello corto; ponía de relieve su cuello esbelto y sus bonitos hombros. Su espalda se ahusaba marcadamente, terminando en una estrecha cintura, desapareciendo después bajo una sábana arrugada. Tenía la piel ligeramente bronceada.

La ganancia era importante. La palabra «alegría» no había significado mucho para Tim anteriormente, pero ahora flotaba en sus pensamientos. Si antes había sentido alegría, ya no lo recordaba. Satisfacción, sí: al escribir un informe global, concreto; al ganar una de esas innumerables y pequeñas batallas en los comités y en la Cámara de los Comunes; en un buen libro o con un buen vino. Pero la salvaje química del placer que había experimentado con esa chica era algo nuevo.

Hecho: aquéllos eran los pros y los contras. La fórmula decía, ahora súmalos y comprueba cuál es mayor. Pero esta vez la fórmula no funcionaría. Tim tenía conocidos que decían que nunca funcionaba. A lo mejor tenían razón. Podía ser un error creer que los razonamientos se podían contar como billetes de libra. Recordó, curiosamente, una frase de una lectura filosófica escolar: «el embrujamiento de nuestra

Librodot

inteligencia por medio del lenguaje». ¿Qué es más largo, un avión o una comedia en un acto? ¿Qué prefiero, la satisfacción o la alegría? Su pensamiento se estaba nublando. Hizo una mueca de contrariedad, y después miró rápidamente hacia la cama para ver si la había despertado. Ella seguía durmiendo. Bien.

Fuera, en la calle, un «Rolls-Royce» gris se detuvo junto al bordillo, a unos cien metros de distancia. Nadie saltó de él. Tim lo observó con más atención y vio que el conductor abría un periódico. ¿Un chófer, quizá, que acudía a recoger a alguna persona a las seis y media? ¿Un hombre de negocios que había viajado de noche y había llegado demasiado temprano? No podía distinguir la matrícula. Pero sí veía que el conductor era un hombre corpulento; con la corpulencia suficiente para que el interior del vehículo pareciera tan estrecho como un «Mini».

Volvió a pensar en su dilema. ¿Qué hacemos en política, pensó, cuando nos enfrentamos a dos exigencias apremiantes pero conflictivas? La respuesta le llegó inmediatamente: escogemos la trayectoria que, real o aparentemente, satisface ambas exigencias. El paralelo era obvio. Seguiría casado con Julia y tendría una aventura amorosa con esa chica. Le pareció una solución muy política y se sintió complacido.

Encendió otro cigarrillo y pensó en el futuro. Era un pasatiempo agradable. Habría muchas más noches como la pasada aquí, en el piso; algún fin de semana ocasional en un pequeño hotel rural; quizás, hasta una quincena al sol, en alguna pequeña playa discreta en el norte de África o las Indias Occidentales. La chica estaría sensacional en biquini.

Al lado de éstas, palidecían otras espectativas. Sentía la tentación de pensar que su vida anterior se había desperdiciado, pero sabía que la idea era extravagante. No se había desperdiciado, pero era como si hubiera pasado su juventud haciendo largas sumas sin descubrir jamás diferencias de cálculo.

Decidió hablar con ella del problema y de su solución. Ella respondería que no se podía hacer de esa manera, y él le respondería que llegar a soluciones de compromiso era un talento especial que él tenía.

¿Cómo empezar? «Cariño, quiero que lo hagamos otra vez, y a menudo.» Eso parecía bien. ¿Qué respondería ella? «Opino lo mismo.» 0: «Llámeme a este número.» O: «Lo siento, Timmy, soy chica de una sola noche.»

No, eso no; no era posible. La noche pasada también había sido buena para ella. Él era algo especial para ella. Ella lo había dicho.

Se levantó y apagó el cigarrillo. Me acercaré a la cama, pensó; apartaré dulcemente las ropas de la cama, la destaparé y contemplaré su desnudez un momento; después me tenderé a su lado, le besaré el vientre, y los muslos, y los pechos, hasta que se despierte; y después le haré otra vez el amor.

Librodot

Apartó la mirada de la chica y miró otra vez por la ventana, saboreando anticipadamente la sensación. El Rolls seguía allí fuera, como una babosa gris en la calzada. Por alguna razón inconsciente, le molestó. Lo apartó de la cabeza y fue a despertar a la chica.

2

Felix Laski no tenía mucho dinero a pesar de que era muy rico. Su riqueza tomaba la forma de acciones, tierras, edificios y, ocasionalmente, propiedades más vagas, como el guión de una película o la tercera parte de un invento para preparar patatas fritas instantáneas. Los periódicos solían comentar que si todas las riquezas de Laski se convirtieran en dinero contante y sonante, Laski tendría muchos millones de libras; y Laski solía decir, igualmente, que sería casi imposible convertir su riqueza en dinero.

Desde la estación de ferrocarril de Waterloo hasta la City iba andando porque creía que la pereza provocaba infartos en los hombres de su edad. Esta preocupación por su salud era una tontería porque a sus cincuenta años gozaba de una salud tan buena como la mejor que pudiera encontrarse en una milla cuadrada. Con una estatura de casi un metro ochenta y dos centímetros y un pecho como la popa de un navío de guerra, era tan vulnerable a un ataque cardíaco como un joven buey.

Su figura resultaba impresionante mientras cruzaba el puente Blackfriars, bajo el tímido sol mañanero. Sus ropas eran caras, desde la camisa de seda azul hasta los zapatos hechos a mano; según las normas de la City, Felix Laski era un dandy. Lo era porque en el pueblo donde Laski había nacido todo el mundo usaba mono de algodón y una gorra de tela; ahora los buenos trajes le producían placer al recordarle lo que había dejado atrás.

Su manera de vestir formaba parte de su imagen, que era la imagen de un pirata. Sus tratos solían involucrar riesgo, u oportunismo, o ambas cosas; y él procuraba que desde fuera parecieran más astutos de lo que eran. La reputación de poseer el toque mágico era más valiosa que un banco mercantil.

Esa imagen era lo que había seducido a Peters. Laski pensaba en Peters mientras caminaba decididamente por delante de la catedral de San Pablo hacia su cita. Hombre de miras estrechas, intolerante, su especialidad era el movimiento del dinero: no en créditos, sino fondos físicos, papel moneda. Trabajaba para el Banco de Inglaterra, la fuente de la moneda de curso legal. Su trabajo consistía en disponer la creación y la destrucción de monedas y billetes. Él no dictaba las reglas -eso se hacía a un nivel superior, quizás en el Ministerio-, pero sabía cuántos billetes de cinco libras necesitaba el «Barclays Bank» antes que ellos.

Laski le había conocido en la fiesta de inauguración de un bloque de

Librodot

oficinas construido por una financiera. Laski solía acudir a reuniones semejantes sin otro interés que conocer a personas como Peters, que algún día podrían serle de utilidad. Cinco años después, Peters le era útil. Laski le llamó al Banco y le pidió que le recomendara un numismático que le aconsejara sobre una compra ficticia de monedas antiguas. Peters le dijo que él mismo era coleccionista, aunque modesto, y que él examinaría aquellas monedas, si Laski quería. Espléndido, dijo Laski, y se apresuró a ir en busca de las monedas. Peters le aconsejó que las comprase. De pronto, ya eran amigos.

(La compra se convirtió en la base de una colección que ahora valía el doble de lo que Laski había pagado por ella. Eso fue incidental en cuanto a su propósito, pero Laski se sentía extraordinariamente orgulloso del hecho.)

Resultó que Peters era un hombre madrugador, en parte porque le gustaba, pero también porque el dinero tenía su movimiento por la mañana, de modo que la mayor parte de su trabajo se tenía que realizar antes de las nueve de la mañana. Laski supo que Peters tenía la costumbre de tomar café todos los días, alrededor de las seis de la mañana, en un determinado café, y comenzó a reunirse con él, al principio de vez en cuando, y más adelante regularmente. Laski fingía ser también un hombre madrugador, y se unía a los comentarios de Peters en sus elogios a las calles tranquilas y el aire fresco de la madrugada. A decir verdad, a Laski le gustaba levantarse tarde, pero estaba dispuesto a hacer muchos sacrificios si había alguna posibilidad de que su poco probable proyecto tuviera éxito.

Entró en el café, jadeante. A su edad, incluso un hombre en buena forma tenía derecho a resoplar después de una larga caminata. El lugar olía a café y pan fresco. De las paredes colgaban tomates de plástico y acuarelas del lugar de nacimiento del propietario, en Italia. Detrás del mostrador, una mujer con bata y un joven de cabello largo preparaban montañas de bocadillos para los centenares de personas que comen algo a toda prisa en sus escritorios al mediodía. En algún lugar del local había una radio, pero no se oía con fuerza. Peters ya estaba allí, en un asiento junto a la ventana.

Laski pidió café y un bocadillo de leberwurst y se sentó frente a Peters, que estaba comiendo buñuelos; parecía ser una de esas personas que nunca engordan. Laski le dijo:

-Tendremos un buen día. -Su voz era resonante y profunda, como la de un actor, con un ligero acento de Europa Oriental.

-Precioso -respondió Peters-. Y a las cuatro y media ya estaré en mi jardín.

Laski bebía el café a pequeños sorbos y miraba al otro hombre. Peters llevaba el cabello muy corto, un bigote pequeño, y su cara era pálida. Todavía no había empezado a trabajar y ya estaba pensando en volver a casa; Laski pensó que aquello era trágico. Experimentó una momentánea punzada de compasión por Peters y por todos los demás hombrecillos para quienes el trabajo era un medio en vez de un

fin.

-Me gusta mi trabajo -dijo Peters, como si hubiera leído la mente de Laski.

Laski disimuló su sorpresa.

-Pero le gusta más su jardín.

-Cuando hace este tiempo, sí. ¿Tiene usted un jardín... Félix?

-Mi ama de llaves cuida de las jardineras de las ventanas. No soy hombre de pasatiempos. -Laski se fijó en la inseguridad de Peters al usar su nombre de pila. El hombre estaba algo desconcertado, decidió. Tanto mejor.

-No tendrá usted tiempo, supongo. Debe usted trabajar muy duramente.

-Así suelen decírmelo. Pero la verdad es que prefiero pasar las horas entre las seis de la tarde y la media noche ganando cincuenta mil dólares a estar contemplando actores que fingen matarse el uno al otro en la televisión.

Peters se echó a reír.

-Ahora resulta que el cerebro más imaginativo de la City no tiene imaginación.

-No le entiendo.

-Usted tampoco lee novelas ni va al cine, ¿verdad?

-No.

-¿Lo ve? Hay en usted un punto ciego..., no puede compenetrarse con la ficción. Esto es común en la mayoría de los financieros más emprendedores. Esa incapacidad parece estar unida a una perspicacia superior, del mismo modo que un ciego posee un oído supersensible.

Laski frunció el ceño. Ser analizado le colocaba en situación de desventaja.

-Quizá -respondió.

Peters pareció observar su contrariedad.

-Me fascinan las carreras de los grandes hombres de empresa -dijo.

-También a mí -respondió Laski-. Creo que es muy interesante ahondar en las ideas luminosas de los otros. -¿Cuál fue su primer éxito, Félix?

Laski se relajó. Ése era territorio familiar para él.

-Supongo que fue «Woolwich Chemicals» -dijo-. Era un pequeño fabricante de productos farmacéuticos. Después de la guerra establecieron una pequeña cadena de farmacias en calles principales con objeto de asegurarse el mercado. El problema estaba en que sabían mucho de química y nada sobre la venta al por menor y las tiendas absorbieron la mayor parte de los beneficios producidos por la fábrica.

»En aquellos tiempos yo trabajaba para un agente de Bolsa y había ganado algún dinero comprando y vendiendo acciones. Hablé con mi jefe y le ofrecí la mitad de las ganancias si quería financiar el trato. Compramos la empresa y casi inmediatamente vendimos la fábrica a ICI casi por la misma cantidad que nos habían costado las acciones.

Librodot

Después cerramos las tiendas y las vendimos una por una... Todas estaban situadas en lugares de privilegio.

-Nunca llegaré a comprender este tipo de cosas -dijo Peters-. Si la fábrica y las tiendas tenían tanto valor, ¿por qué se vendían baratas las acciones?

-Porque la empresa estaba perdiendo dinero. No habían pagado ningún dividendo durante años. Los directivos no tuvieron valor para jugarse las fichas que les quedaban, por decirlo así. Nosotros lo hicimos. En el negocio todo es cuestión de valor. -Empezó a comer el bocadillo.

-Es fascinante -dijo Peters. Miró su reloj-. Tengo que irme.

-¿Mucho trabajo? -preguntó Laski casualmente. -Hoy es precisamente uno de esos días... y eso significa siempre dolores de cabeza.

-¿Pudo usted solucionar aquel problema?

-¿Cuál?

-El de las rutas. -Laski bajó una fracción el tono de voz-. Su gente de seguridad quería que enviase el convoy por una ruta diferente cada vez.

-No. -Peters estaba molesto: había cometido una indiscreción al hablarle a Laski de aquel problema-. Realmente sólo hay un camino sensato para llegar allí. Sin embargo... -Se levantó.

Laski sonrió y mantuvo la indiferencia en su voz.

- De modo que hoy el gran cargamento seguirá la vieja ruta directa.

Peters se colocó un dedo en los labios.

-Seguridad -dijo.

-Claro.

Peters cogió su impermeable.

-Adiós.

-Nos veremos mañana -dijo Laski con una amplia sonrisa.

3

Arthur Cole subía la escalera desde la estación con respiración anhelante y enfermiza que se agitaba en su pecho. Desde las entrañas del Metro subió una ráfaga de aire caliente que le envolvió amorosamente y después se dispersó. El hombre se estremeció ligeramente al salir a la calle.

La luz del sol le cogió por sorpresa -cuando subió al tren estaba amaneciendo todavía. El aire era fresco y agradable. Más tarde se enrarecería lo suficiente como para causarle un desvanecimiento al policía en su puesto de guardia. Cole recordaba la primera vez que aquello había sucedido: la historia fue una exclusiva del Evening Post.

Anduvo poco a poco hasta que se le calmó la respiración. Veinticinco años en el periodismo habían arruinado su salud, pensó.

En realidad, con cualquier trabajo le hubiera pasado lo mismo, ya que Cole era propenso a la inquietud y a la bebida, y su pecho era débil; pero le consolaba culpar de ello a su profesión.

De todos modos había renunciado a fumar. Había dejado de ser fumador durante -miró su reloj- ciento veintiocho minutos, a menos que incluyera también la noche, en cuyo caso ya eran ocho horas. Ya había pasado por algunos momentos arriesgados: inmediatamente después de que sonara el despertador a las cuatro y media (solía fumar un cigarrillo en el retrete); cuando se alejó de casa en el coche, en el momento en que metió la tercera y conectó la radio para oír las noticias de las cinco; al acelerarlo por el primer tramo rápido y directo de la Al2, donde su gran «Ford» podía lanzarse, y mientras esperaba el primer Metro del día en una estación fría del East London al aire libre.

El boletín de noticias de la «BBC» de las cinco en punto no le había animado. Le dedicaba toda su atención mientras conducía, ya que la ruta le era tan familiar que giraba y pasaba los cruces automáticamente, de memoria. La historia principal llegaba de Westminster: el Parlamento había presentado el último proyecto de ley sobre relaciones industriales, pero había conseguido una escasa mayoría. Cole había conocido la noticia la noche anterior por la televisión. Eso significaba que los periódicos de la mañana informarían de ello, lo que, a su vez, significaba que el Post no tendría nada que ofrecer sobre el asunto a menos que durante el día hubiera novedades.

Había una noticia sobre el índice de los Precios al Por Menor. Su origen debía ser una estadística oficial del Gobierno, retenida probablemente hasta media noche; los periódicos de la mañana la publicarían también.

No le sorprendió enterarse de que la huelga de los trabajadores del transporte continuaba; difícilmente se hubiera podido solucionar en una noche.

El torneo de críquet en Australia le solucionaba el problema al director de deportes, pero los resultados no eran lo bastante sensacionales como para la primera página.

Cole empezó a preocuparse.

Entró en el edificio del Evening Post y tomó el ascensor. La sala de redacción ocupaba todo el primer piso. Era una oficina espaciosa, alargada, en forma de I. Cole entró por un extremo de la I. A su izquierda se hallaban las máquinas de escribir y los teléfonos de los taquígrafos, que escribirían a máquina las noticias dictadas por teléfono; a la derecha, los archivadores y los estantes de libros de los reporteros especializados. Cole recorrió el tronco de la I entre hileras de escritorios pertenecientes a los reporteros generales, hasta la alargada mesa de redacción que dividía la pieza en dos. Detrás estaba la mesa en forma de U de los subdirectores y más allá, en la encrucijada de la 1, estaba la sección deportiva: un reinado semi-independiente, con su propio director, reporteros y auxiliares. De vez

Librodot

en cuando Cole enseñaba el lugar a gente curiosa. Siempre les decía:

-Se supone que el trabajo es como una cadena de montaje, pero más bien es andar a la greña. -Lo cual era una exageración, pero siempre provocaba risas.

La sala estaba brillantemente iluminada y vacía. Como subdirector redactor-jefe, Cole disponía de su propio lugar en la mesa de redacción. Abrió un cajón y sacó una moneda, se encaminó después a la máquina expendedora, en la sección de Deportes, y apretó los pulsadores para obtener un té instantáneo con leche y azúcar. Un télex se puso en marcha rompiendo el silencio.

Mientras Cole volvía a su puesto con el vaso de papel, se abrió de golpe la puerta de entrada. Apareció una figura baja, de cabello gris, envuelta en una voluminosa parka impermeable y con clips de ciclista. Cole le saludó con la mano y dijo en voz alta:

-Buenos días, George.

-Hola, Arthur. ¿Te basta con este frío?

George empezó a quitarse la chaqueta. El cuerpo que envolvía era flaco y pequeño. A pesar de su edad, el cargo de George era el de Jefe de los Muchachos: dirigía el equipo de mensajeros de la oficina. Vivía en Potters Bar e iba a trabajar en bicicleta. Arthur creía que era una proeza increíble.

Arthur dejó su té, se quitó el impermeable, conectó la radio y se sentó. La radio empezó a ronronear. Bebió el té poco a poco y fijó la mirada delante de él. La sala de redacción estaba sucia; las sillas esparcidas al azar; los periódicos y las hojas de papel de copia cubrían los escritorios; la redecoración había quedado pospuesta por la presión económica del año anterior; pero la escena resultaba demasiado familiar. La mente de Cole estaba en la primera edición, que saldría a la calle dentro de tres horas.

El periódico de hoy tendría dieciséis páginas. Catorce páginas de la primera edición ya existían en forma de medios cilindros de metal en la prensa del piso bajo. Llevaba los programas de televisión y crónicas y noticias escritas de manera que el lector no notase -se confiaba que fuera así- el momento en que fueron redactadas. Eso dejaba la plana posterior para el cronista deportivo y la primera plana para Arthur Cole.

El Parlamento, una huelga y la inflación, todas noticias de ayer. No podía hacer mucho con ellas. Cualquiera de esas historias hubiera podido aderezarse con una introducción de hoy, como por ejemplo: «El Consejo de Ministros ha llevado a cabo una investigación sobre el escaso margen obtenido por el Gobierno...» Había una fórmula para cada situación. El desastre de ayer se convertía en la noticia de hoy con: «El amanecer de hoy ha revelado todo el horror...» El crimen de ayer podía beneficiarse de un: «Hoy los detectives están registrando Londres para descubrir al hombre que...» El problema de Arthur había dado nacimiento a montones de clichés. En una sociedad civilizada -pensaba-, cuando no había noticias no debiera haber periódicos. Era

un viejo pensamiento y lo expulsó con impaciencia de su cerebro.

Todo el mundo estaba de acuerdo en que la primera edición solía ser hojarasca la mitad de las veces. Pero eso no era consuelo alguno para Arthur Cole, porque él estaba encargado de producir esa primera edición. Había sido subdirector redactor-jefe durante cinco años. En dos ocasiones, el puesto de director había quedado vacante y las dos veces se lo habían dado a un hombre más joven que Cole. Alguien había decidido que ser el número dos en esa tarea era el límite de su capacidad. Cole no estaba de acuerdo.

La única manera de demostrar su talento sería publicar una primera edición excelente. Desgraciadamente esa posibilidad dependía en gran parte de la suerte. La estrategia de Cole consistía en conseguir un periódico siempre algo mejor que la primera edición de sus competidores. Y creía que lo estaba consiguiendo. No tenía ni idea de si alguien de arriba lo había notado; pero no se permitía preocuparse por ello.

George se acercó por detrás de Cole y dejó caer una pila de periódicos sobre su mesa.

-El joven Stephen está enfermo otra vez -gruñó. Arthur sonrió.

-¿Qué es esta vez... resaca o resfriado?

-¿Recuerdas lo que solían decirnos? «Si puedes caminar puedes-trabajar.» No como ésos.

Arthur asintió.

-¿Tengo razón? -preguntó George.

-Tienes razón.

Los dos habían sido Muchachos al mismo tiempo en el Post. Arthur había conseguido su carnet NUJ después de la guerra. George no había ascendido, había seguido siendo mensajero.

-Nosotros teníamos interés -dijo George-. Queríamos trabajar.

Arthur cogió el periódico de encima del montón. No era la primera vez que George se quejaba de su personal, ni la primera vez que Arthur se había lamentado con él. Pero Arthur sabía lo que no iba bien con los Muchachos de hoy. Treinta años atrás un Muchacho listo podía llegar a ser periodista; hoy día, los caminos estaban cerrados. El nuevo sistema tenía un doble impacto; los jóvenes brillantes se quedaban en la escuela en vez de ser mensajeros; y los que se convertían en mensajeros sabían que no tenían perspectivas, de modo que trabajaban tan poco como podían. Pero Arthur no podía decirle eso a George porque pondría en evidencia el hecho de que Arthur había llegado mucho más allá que su antiguo compañero. De modo que estaba de acuerdo en que la juventud de hoy en día estaba podrida.

George parecía dispuesto a seguir con sus lamentaciones. Arthur le cortó, diciendo:

-¿Algo nuevo por cable esta noche?

-Iré a ver. Sólo que tendré que preparar yo mismo todos los periódicos...

-Será mejor que vea yo primero las notas del teletipo.

Arthur se alejó. Le molestaba dar órdenes. Nunca había aprendido a darlas de modo natural, quizá porque le desagradaba hacerlo. Revisó el Morning Star: dedicaba su mayor atención al proyecto de ley industrial.

No era probable que ya hubiera noticias nacionales en el teletipo; era demasiado temprano. Pero durante la noche llegaban esporádicamente noticias del extranjero y con frecuencia incluían alguna que podía ser la sensación, si estaba en apuros. La mayoría de las noches se producía un incendio importante, un crimen múltiple, un disturbio o un golpe en alguna parte del mundo. El Post era un diario londinense y no se inclinaba por dar la mayor importancia a la información extranjera, a menos que fuese sensacional; pero eso podría ser mejor que «El Consejo de Ministros ha llevado a cabo una investigación sobre...».

George dejó caer una larga hoja de papel de varios pies de longitud en su escritorio. Mostraba su desagrado absteniéndose de cortar la hoja para separar las noticias individuales. Probablemente quería que Arthur se quejase, para tener ocasión de señalar cuánto trabajo le había caído en cima por estar enfermo aquel Muchacho de la primera hora. Arthur buscó las tijeras en su mesa y comenzó a leer.

Leyó una noticia política de Washington, un informe sobre el Torneo y sobre unas detenciones en Oriente Medio. Estaba a medio leer la noticia de un divorcio en Hollywood, medianamente importante, cuando sonó el teléfono. Lo cogió y contestó:

-Redacción.

-Tengo algo para su gacetilla. -Era una voz masculina, con marcado acento cockney.

Al instante Cole se sintió escéptico. No era la voz de un hombre que pudiera conseguir información íntima sobrelas vidas amorosas de la aristocracia. Así que contestó:

-Bien. ¿Le importaría darme su nombre?

-No se preocupe por eso. ¿Sabe usted quién es Tim Fitzpeterson?

-Naturalmente.

-Bueno, pues está haciendo el imbécil con una pelirroja veinte años más joven que él. ¿Quiere usted su número de teléfono?

-Por favor. -Cole lo anotó. Ahora ya estaba interesado. Si se había roto el matrimonio de un ministro, ésa sí que era una buena historia, y no solamente una noticia de gacetilla.-. ¿Quién es la chica? -preguntó.

-Ella dice que es actriz. La verdad es que es una fulana. Llámele en seguida y pregúntele sobre Dizi Disney. La línea quedó muda.

Cole frunció el ceño. Eso era algo raro; la mayoría de los informantes querían dinero, especialmente por noticias de ese tipo. Se encogió de hombros. Valía la pena comprobarlo. Más tarde se lo pasaría a un periodista.

Después cambió de idea. Muchísimas historias se habían perdido

para siempre por haber quedado marginadas unos minutos. Fitzpeterson podía salir para ir a la Cámara o a su despacho en Whitehall. Y el informador había dicho: «Llámele en seguida.»

Cole miró el número anotado en su libreta y lo marcó.

SIETE DE LA MAÑANA

4

-Te has visto alguna vez en el espejo mientras lo hacías? -le había preguntado ella; y cuando Tim admitió que no, ella insistió en que lo probasen.

Estaban en pie, delante del espejo de cuerpo entero, en el cuarto de baño, cuando sonó el teléfono. El ruido sobresaltó a Tim y ella exclamó:

-¡Uf! Cuidado.

Tim quiso ignorar la llamada, pero la intrusión del mundo exterior eliminó su deseo. La dejó y fue al dormitorio. El teléfono estaba en una silla, debajo del montón de ropas de ella. Lo buscó y levantó el receptor:

-¿Diga?

-¿Mr. Fitzpeterson? -Era la voz de un hombre de mediana edad, con acento londinense. Parecía ligeramente asmático.

-Sí. ¿Con quién hablo?

-Aquí el Evening Post. Siento llamarle tan temprano. Tengo que preguntarle si es cierto que piensa usted divorciarse.

Tim se dejó caer sentado pesadamente. Por un momento se quedó sin habla.

-¿Está usted ahí, señor?

-¿Quién demonios le ha dicho eso?

-Mi informante mencionó a una mujer llamada Dizi Disney. ¿La conoce usted?

-En mi vida he oído ese nombre. -Tim estaba recuperando la compostura-. No me moleste despertándome por la mañana con rumores ociosos. -Colgó el teléfono.

La chica entró en el dormitorio.

-Pareces pálido -dijo-. ¿Quién era?

-¿Cómo te llamas? -le preguntó él con brusquedad. -Dizi Disney.

-¡Dios mío! -Le temblaban las manos. Apretó los puños y se levantó-. ¡Los periódicos han oído rumores de que voy a divorciarme!

-Seguramente oyen continuamente cosas así sobre la gente importante.

-¡Han mencionado tu nombre! -Se golpeó con el puño la palma de la otra mano-. ¿Cómo han podido descubrirlo tan pronto? ¿Qué voy a hacer?

Ella se puso de espaldas a él y empezó a ponerse los panties.

Tim se quedó mirando por la ventana. El «Rolls» de color gris seguía ahí fuera pero ahora no había nadie. Se preguntó dónde habría ido el conductor. Ese pensamiento aislado le molestó. Intentaba examinar fríamente la situación. Alguien le había visto salir del club con la chica y había dado la información por teléfono a un periodista. El informador había aderezado el incidente para darle un efecto dramático. Pero Tim estaba seguro de que nadie les había visto entrar juntos en el piso.

-Escucha -dijo-. La noche pasada me dijiste que no te encontrabas bien. Yo te saqué del club y llamé un taxi. El taxi me dejó a mí y después te llevó a casa. ¿De acuerdo?

-Lo que tú digas -respondió ella con indiferencia.

La actitud de ella le enfureció.

-Por el amor de Dios, ¡eso también te concierne!

-Creo que mi parte en el asunto ha terminado.

-¿Qué quieres decir con eso?

Hubo una llamada en la puerta.

Tim dijo:

-Oh, Dios mío, no.

La chica se subió la cremallera del vestido.

-Me marcho.

-Maldita estúpida. -La cogió del brazo-. No deben verte aquí, ¿no lo entiendes? Quédate en el dormitorio. Yo abriré. Si tengo que hacerles entrar, quédate quieta hasta que se marchen.

Se puso los calzoncillos y se enfundó nerviosamente el la bata mientras cruzaba la sala de estar. Había un pequeño recibidor y una puerta de entrada con una mirilla. Tim apartó a un lado la plaquita y acercó un ojo al cristal.

El hombre que estaba fuera le pareció vagamente familiar. Tenía cara de boxeador hombros anchos y buen, complexión, hubiera podido ser un peso pesado. Llevaba un abrigo gris con cuello de terciopelo. Tim le calculó cerca de la treintena. No tenía aspecto de periodista.

Tim desatrancó la puerta y la abrió.

-¿Qué quiere usted? -dijo.

Sin decir palabra, el hombre empujó a Tim a un lado entró y cerró la puerta. Después se dirigió a la sala de estar.

Tim aspiró profundamente y trató de no asustarse. Siguió al hombre.

-Voy a llamar a la Policía -dijo.

El hombre se sentó. Dio una voz:

-¿Estás ahí, Dizi?

La chica asomó por la puerta del dormitorio.

-Prepáranos una taza de té, chica -le dijo el hombre

-¿Le conoces? -le preguntó Tim a la chica con acento de incredulidad.

Ella le ignoró y se fue a la cocina.

El hombre se echó a reír.

-¿Conocerme? Trabaja para mí.

Tim se sentó.

-¿Qué es todo esto? -preguntó débilmente.

-Todo en su momento. -El hombre miró a su alrededor-. No puedo decir que tenga usted un piso bonito, porque no lo es. Esperaba que tuviera algo más lujoso, ¿comprende lo que quiero decir? A propósito, por si no me ha reconocido usted, soy Tony Cox. -Alargó la mano. Tim no le tendió la suya. Cox prosiguió-: Como quiera.

Tim estaba recordando... el rostro y el nombre le resultaban familiares. Pensó que Cox era un hombre de negocios bastante rico, pero no podía recordar cuáles eran sus negocios. Le pareció que había visto el retrato de aquel hombre en un periódico, algo que tenía que ver con recoger dinero para los clubes de muchachos del East End.

Cox hizo un gesto con la cabeza en dirección a la cocina.

-¿Ha disfrutado con ella?

-Por el amor de Dios -dijo Tim.

La chica entró con dos tazas en una bandeja. Cox le preguntó;

-¿Lo disfrutó?

-¿A ti qué te parece? -respondió ella malhumorada. Cox sacó la cartera y contó algunos billetes.

-Aquí tienes -le dijo a la chica-. Has hecho un buen trabajo. Ahora ya puedes largarte.

Ella cogió el dinero y lo metió en el bolso. Añadió después:

-Sabes, Tim, creo que lo que más me gusta de ti son tus hermosos modales. -Y salió sin mirar a Tim.

He cometido el mayor error de mi vida, pensó Tim. La chica salió, dando un portazo.

-Es una buena chica -dijo Cox guiñando un ojo.

-Es la forma más baja de vida humana -escupió Tim.

-Bueno, no sea usted así. Sencillamente es una buena actriz. Hubiera podido hacer películas si yo no la hubiese encontrado primero.

-Supongo que es usted un chulo de putas.

En los ojos de Cox centelleó la ira, pero se controló en seguida.

-Lamentará usted esa bromita -dijo suavemente-. Todo lo que debe usted saber sobre mí y sobre Dizi es que ella hace lo que yo le mando. Y si yo le digo «no abras la boca», ella se calla. Y si yo le digo «cuéntale a ese hombre amable del News of the World cómo te sedujo Mr. Fitzpeterson», ella lo hará. ¿Comprende lo que le digo?

-Supongo que ha sido usted quien ha llamado al Evening Post -dijo Tim.

-¡No se preocupe! Sin confirmación, no pueden hacer nada. Y únicamente tres personas pueden confirmar la noticia: usted, Dizi y yo. Usted no irá a contar nada. Dizi no tiene voluntad propia, y yo sé guardar un secreto.

Librodot

Tim encendió un cigarrillo. Estaba recuperando nuevamente la confianza. Cox era simplemente un sinvergüenza: de la clase obrera a pesar de su cuello de terciopelo y su «Rolls-Royce» gris. Tim tenía el presentimiento que sabría manejar a aquel hombre. Así que dijo:

-Si se trata de extorsión, va usted por mal camino. No tengo dinero.

-Hace mucho calor aquí dentro, ¿no cree? -Cox se levantó y se quitó el abrigo-. Bueno -concluyó-, si no tiene dinero, tendremos que pensar en alguna otra cosa que pueda usted darme.

Tim frunció el ceñó. Estaba nuevamente perdido. Cox continuó:

-En los últimos meses, media docena de empresas, más o menos, han solicitado permisos para perforar en un nuevo campo petrolífero llamado Shield, ¿no es cierto?

Tim estaba sorprendido. Aquel delincuente seguramente no podía estar relacionado con ninguna de aquellas respetables empresas.

-Sí -le respondió-. Pero ya es demasiado tarde para que yo pueda influir en el resultado... La decisión ya se h tomado. Esta tarde se anunciará.

-No se apresure en sacar conclusiones. Ya sé que es demasiado tarde para cambiarlo. Pero usted podrá decirme quién ha ganado la concesión.

Tim se quedó mirándole. ¿Eso era todo lo que aquel hombre quería? ¡Demasiado bueno para ser verdad!

-¿Y para qué puede servirle a usted -dijo- esa clase de información?

-Para nada, realmente. Voy a cambiarla por otra información, eso sí. Tengo un trato con ese caballero, ¿sabe usted? Él ignora cómo consigo mi información privada y tampoco sabe lo que yo hago con lo que él me cuenta. De esa manera no se mete en líos. ¿Comprende usted lo que quiero decir? Bueno, pues al grano: ¿quién ha conseguido el permiso?

Era tan fácil, pensó Tim. Dos palabras y la pesadilla habría terminado. Una indiscreción como ésa podía arruinar su carrera, pero si no lo hacia su carrera terminaría de todos modos.

-Si no está usted seguro de lo que tiene que hacer -dijo Cox-, piense usted en los titulares. «El secretario y la actriz. No ha querido hacer de mi una mujer decente, lloriquea la corista.» ¿Se acuerda usted del pobre Tony Lambton?

-Cállese -dijo Tim-. Es Hamilton Foldings.

Cox sonrió,

-Mi amigo estará contento -dijo- . ¿Dónde está teléfono?

Tim señaló con el dedo pulgar.

-Dormitorio -dijo con mal humor

Cox entró en el dormitorio y Tim cerró los ojos. Qué ingenuo había sido, pensar que una chica joven como Dizi se había enamorado perdidamente de alguien como él. El era solamente el bobo de un plan cuidadosamente elaborado mucho más importante que una pequeña extorsión.

Oía a Cox que hablaba por teléfono:

-¿Laski? Soy yo. Hamilton Holdings. ¿Entendido? Esta tarde se anunciará. ¿Qué hay a cambio? -Hubo una pausa-. ¿Hoy? Formidable. Este es mi día, amigo. ¿Y la ruta? -Otra pausa-. ¿Qué quiere usted decir con que cree que será la de costumbre? Usted lo cree.., bueno, bueno. Adiós. Tim sabía quién era Laski, un conocido mago financiero de la City, pero estaba demasiado exhausto emocionalmente para sentirse adecuadamente asombrado. En ese momento hubiera podido creer cualquier cosa de cualquier persona.

Cox volvió a entrar. Tim se levantó.

-Bueno -dijo Cox-, una mañanita bien aprovechada, por ambos lados. Y no se preocupe usted demasiado. Después de todo, ha sido la mejor noche de juerguecita que haya tenido en su vida.

-¿Quiere usted, marcharse ahora, por favor? -pidió Tim.

-Bueno, queda un pequeño asunto por discutir. Deme su bata.

-¿Por qué?

-En seguida lo sabrá. Vamos.

Tim estaba demasiado aturdido para discutir. Se quitó la bata y se la dio. Se Quedó en calzoncilios, esperando. Cox arrojó la bata a un lado.

-Quiero que recuerde usted esas palabrejas, «chulo de putas» -dijo. Y le dio un puñetazo a Tim en el estómago.

Tim se volvió y se dobló por el dolor agónico. Cox alargó la mano, le agarró los genitales con su manaza y apretó. Tim intentó gritar, pero no tenía aliento. Abrió mucho la boca en un aullido silencioso mientras intentaba desesperadamente aspirar aire.

Cox le soltó y le dio un puntapié. Tim cayó al suelo. Allí quedó, encogido, con los ojos llenos de lágrimas. No le quedaba orgullo ni dignidad. Dijo solamente:

-Por favor, no me pegue más.

Tony Cox sonrió y se puso el abrigo:

-No, todavía no -dijo. Y se marchó.

5

El Honorable Derek Hamilton se despertó sintiendo un dolor. Siguió tumbado en la cama con los ojos cerrados mientras descubría la causa en su abdomen, lo examinó, pensó que era malo pero no le incapacitaba. Entonces recordó la cena de la noche anterior. La crema de espárragos era inofensiva; había rechazado los pastelitos de marisco; el bistec estaba bien cocido; había preferido el queso a la tarta de manzana. Un vino blanco ligero, café cortado, brandy...

Brandy. Maldita sea, hubiera debido limitarse al oporto.

Sabía cómo iba a ser el día. No desayunaría, y a media mañana tendría un hambre tan insoportable como el dolor de la úlcera, de modo que comería alguna cosa. A la hora del almuerzo volvería a tener

apetito y la úlcera estaría peor. Durante la tarde cualquier cosa trivial le irritaría más allá de todo razonamiento, les gritaría a sus subordinados y el estómago se le contraería en un nudo de dolor que le incapacitaría para pensar en nada. Regresaría a casa y se tomaría una cantidad excesiva de calmantes. Dormiría, despertaría con dolor de cabeza, cenaría, tomaría píldoras para dormir, y se iría a la cama.

Por lo menos podía esperar el momento de acostarse.

Se dio vuelta en la cama, abrió el cajón de la mesita de noche, encontró una tableta y se la puso en la boca. Después se sentó y cogió su taza de té. Bebió a pequeños sorbos y dijo:

-Buenos días, querida.

-Buenos días.

Ellen Hamilton estaba sentada al borde de la cama gemela, envuelta en una bata de seda con su taza sobre una rodilla delgada. Ya se había cepillado el cabello. Su ropa para dormir era tan elegante como el resto de su vestuario, a pesar del hecho de que solamente la veía él y a él no le interesaba. Eso no importaba, suponía él: ella no quería realmente que los hombres la desearan, solamente quería poder pensar en sí misma como deseable.

Hamilton acabó su té y puso los pies en el suelo. Su úlcera protestó por el movimiento repentino, y él frunció el ceño por el dolor.

-¿Otra vez? -dijo Ellen.

El asintió.

-Brandy la noche pasada. Debería saberlo muy bien. El rostro de la mujer era inexpresivo.

-Supongo que no tendrá nada que ver con los resultados de medio año conocidos ayer.

Hamilton se irguió pesadamente y cruzó despacio la alfombra gris hasta el cuarto de baño. La cara que vio reflejada en el espejo era redonda y estaba enrojecida, calva, con rodetes de grasa debajo de la mandíbula. Se examinó la barba matutina, tirando de la piel fláccida a un lado y otro para que los pelos se mantuvieran tiesos. Comenzó a afeitarse. Había hecho lo mismo durante los últimos cuarenta años y todavía lo encontraba aburrido.

Sí, los resultados de medio año eran malos. Las empresas «Hamilton Holdings» tenían problemas.

Cuando heredó «Hamilton Printing» de su padre, la empresa era eficiente, tenía éxito y daba beneficios. Jasper Hamilton había sido impresor, fascinado por la tipografía, atento a las nuevas técnicas, amante del olor oleoso de las prensas. Su hijo era un hombre de negocios. Había recogido el dinero de los beneficios que daba el taller y lo había invertido en otros negocios: importación de vinos, comercio al por menor, publicaciones, aserraderos, radio comercial. Con ello había logrado su propósito inicial de convertir los ingresos en riqueza y por consiguiente evitar impuestos. En vez de biblias, libros en rústica y carteles, se había preocupado por la liquidez y los réditos. Había comprado compañías y había emprendido nuevos negocios,

levantando un imperio.

El éxito continuado del negocio original había disimulado la fragilidad de la superestructura.

Pero cuando la compañía impresora decayó, Hamilton descubrió que la mayor parte de sus otros negocios eran marginales; había subestimado la inversión de capital necesaria para nutrirlos hasta llegar a la madurez; y que algunos de ellos, realmente, eran a muy largo plazo. Vendió el cuarenta y nueve por ciento de su participación en cada una de las empresas y después transfirió sus acciones a una compañía tenedora de valores y vendió el cuarenta y nueve por ciento de aquello. Consiguió más dinero y negoció un crédito que llegaba a las siete cifras. El préstamo mantuvo con vida la organización, pero el interés, que aumentaba rápidamente a medida que la década transcurría, absorbió los pocos beneficios habidos.

Mientras tanto, Derek Hamilton cultivaba una úlcera. El programa de rescate se había inaugurado hacía casi un año. Se había restringido el crédito en un intento de reducir el descubierto; se habían reducido los costes por todos los medios posibles, desde la cancelación de campa-ñas publicitarias hasta la utilización de una ciclostil para la impresión de papel de cartas. Hamilton dirigía ahora su empresa siguiendo una estricta política de ahorro, pero la inflación y la recesión económica fueron más rápidas. Se esperaba que los resultados de seis meses demostrarían al mundo que «Hamilton Holdings» había superado la crisis. En vez de eso demostraban que se había hundido más todavía. Se secó la cara con una toalla caliente, se salpicó colonia y volvió al dormitorio. Ellen estaba vestida, sentada frente al espejo, maquillándose. Siempre se las arreglaba para vestirse y desnudarse mientras su marido estaba fuera del dormitorio. Hamilton pensó que hacía años que no la había visto desnuda. Se preguntó el porqué. ¿Estaría muy deteriorada y arrugada su piel de cincuenta y cinco años y fláccida su carne en otro tiempo firme? ¿Destruiría la desnudez la ilusión de ser deseable? Quizás era así; pero él sospechaba algo más complejo. Estaba relacionado vagamente con la manera en que su propio cuerpo había envejecido, pensó mientras se metía en sus anticuados calzoncillos. Ella siempre había vestido decentemente; de modo que él nunca tuvo deseos vehementes de ella; y por consiguiente, ella nunca había tenido que revelar lo poco apetecible que le encontraba. Una combinación semejante de malicia y delicadeza resultaría característica.

-¿Qué vas a hacer? -le preguntó ella.

La pregunta le pilló desprevenido. Al principio pensó que ella debía saber lo que él pensaba, y que se refería a aquello; después se dio cuenta de que ella estaba siguiendo la conversación sobre los negocios. Se sujetó los tirantes, preguntándose qué iba a responderle.

-No estoy muy seguro -dijo por fin.

Ella se miró más de cerca en el espejo e hizo algo en sus pestañas.

-Algunas veces me pregunto qué es lo que esperas de la vida.

Librodot

Hamilton se quedó mirándola. La educación recibida le había enseñado a ser indirecta y no formular jamás preguntas personales, ya que la seriedad y la emoción estropeaban las fiestas y provocaban desmayos en las damas. Le debía haber costado un gran esfuerzo inquirir sobre el propósito de la existencia de alguien.

Él se sentó al borde de la cama y le dijo a su espalda:

-Tengo que dejar de beber brandy, eso es todo.

-Estoy segura de que ya sabes que eso no tiene nada que ver con lo que comes y bebes. -Se pintó los labios torciendo la boca para esparcir la pintura por igual-. Eso comenzó hace nueve años y tu padre murió hace diez años.

-Tengo tinta de imprenta en la sangre.

La respuesta llegó formalmente, como la de un catecismo. La conversación hubiera podido parecerle confusa a un oyente oculto, pero ellos conocían su lógica. Había un código: la muerte de su padre significó que él asumía el control de los negocios; la úlcera significaba los problemas de sus negocios.

-Tú no llevas tinta en las venas. Tu padre la tenía, pero tú no puedes soportar el olor del viejo taller.

-Heredé un negocio sólido y quiero pasar a mis hijos un negocio más importante todavía. ¿No es eso lo que se supone que ha de hacer con su vida la gente de nuestra clase?

-Nuestros hijos no están interesados en lo que podamos dejarles. Michael está creando su propio negocio desde la base, y todo lo que Andrew quiere es vacunar a todo el continente africano contra la viruela.

Hamilton no hubiera podido decir si ella hablaba en serio o no. Las cosas que su mujer estaba haciendo en su cara no le permitían leer la expresión. Sin duda era algo deliberado. Casi todo lo que ella hacía era deliberado.

-Tengo un deber -dijo él-. Tengo más de dos mil personas empleadas y muchos más empleos dependen directamente de la buena marcha de mis compañías.

-Creo que has cumplido con tu deber. Has mantenido en pie la empresa durante un período de crisis, y no todo el mundo consiguió hacerlo. Has sacrificado tu salud a la empresa; le has dado diez años de tu vida y... Dios sabe cuánto más... -La voz se le fue apagando al decir la última frase, como si en el último momento lamentase decirlo.

-¿Debo sacrificarle también mi orgullo? -dijo él. Siguió vistiéndose, haciendo un nudo pequeño y apretado en la corbata-. He convertido una sencilla imprenta en una de las mil compañías más importantes del país. Mi negocio se ha incrementado cinco veces a partir de lo que era con mi padre. Le he dado un empujón y tengo que mantenerlo en marcha.

-Tú has de hacerlo mejor que tu padre.

-¿Crees que es una ambición modesta?

-¡Sí! -La inesperada vehemencia de ella fue un choque-. Deberías

querer buena salud, una larga vida y... mi felicidad.

-Si la empresa fuese próspera quizá podría venderla. Tal como están las cosas no obtendría ni su valor nominal.

-Miró su reloj-. Debo irme.

Bajó la ancha escalera. Un retrato de su padre dominaba el hall. A menudo la gente creía que se trataba de Derek a los cincuenta años. De hecho era Jasper a los sesenta y cinco. El teléfono del hall resonó mientras él pasaba. No le hizo caso; por la mañana no aceptaba llamadas telefónicas.

Entró en el pequeño comedor; el grande estaba reservado para las fiestas, que raramente se daban en estos días. Sobre la mesa circular estaba dispuesta la cubertería de plata.

Una mujer madura con delantal entró con un pomelo en un plato de porcelana china.

-No, hoy no, Mrs. Tremlett -dijo Hamilton-. Solamente una taza de té, por favor. -Y cogió el Financial Times.

La mujer vaciló y después dejó el plato en el lugar de Ellen. Hamilton alzó la mirada.

-Por favor, ¿quiere usted llevárselo? -dijo con irritación-. Sírvale el desayuno a Mrs. Hamilton cuando Mrs. Hamilton baje, y no antes, por favor.

-Muy bien -murmuró Mrs. Tremlett. Y se llevó el pomelo.

Cuando Ellen bajó, reanudó la discusión donde la habían dejado.

-No creo que importe que consigas cinco millones o quinientos mil para la empresa. De cualquier modo estaremos mejor de lo que estamos hoy. Puesto que no vivimos holgadamente, no comprendo ese afán de unos ingresos exagerados.

Hamilton hizo a un lado el periódico y la miró. Ella llevaba un traje sastre de alta costura, de color crema, una blusa de seda estampada y zapatos hechos a mano.

-Tienes una casa agradable -le dijo él-, con poco personal. Tienes amigos aquí y una vida social en la ciudad cuando te apetece aprovecharla. Esta mañana llevas ropa por valor de varios centenares de libras, y probablemente no saldrás del pueblo. Algunas veces soy yo quien se pregunta qué es lo que tú quieres de la vida.

Ella se ruborizó..., un acontecimiento raro.-Te lo diré -comenzó.

Alguien llamó a la puerta y entró un hombre de buena presencia, con abrigo y gorra.

-Buenos días, Sir, Madame -saludó-. Si hemos de llegar al de las siete cuarenta y cinco, señor...

-De acuerdo, Pritchard -dijo Hamilton-. Espere en el hall.

-Muy bien, señor. ¿Puedo preguntarle si va usted a usar el coche hoy, señora?

Hamilton miró a Ellen. Ella mantuvo la vista fija en el plato mientras respondía:

-Supongo que sí. Pritchard asintió y salió. Hamilton prosiguió:

-Estabas a punto de decirme lo que esperas de la vida.

Librodot

-Creo que no es tema para discutirlo durante el desayuno, mucho más cuando estás con prisas para coger un tren.

-Muy bien. -Hamilton se levantó-. Que te diviertas conduciendo. No corras demasiado.

-¿Qué?

-Que conduzcas con cuidado.

-Bueno, es Pritchard quien conduce. Hamilton se inclinó para besarla en la mejilla, pero ella volvió la cara y le besó en los labios. Cuando él se apartó ella había enrojecido. Le retuvo por el brazo y le dijo: -Te quiero, Derek.

Hamilton se quedó mirándola.

-Quiero que pasemos juntos un retiro largo y satisfactorio -prosiguió ella, hablando apresuradamente-. Quiero que te relajes, y que sigas una alimentación adecuada y estés sano y delgado otra vez. Necesito al hombre que iba a cortejarme en un «Riley» descapotable, y al hombre que volvió de la guerra con medallas, y que se casó conmigo, el hombre que me sostenía la mano cuando yo estaba de parto. Quiero amarte.

Hamilton estaba perplejo. Ella nunca se había mostrado de esa manera con él, nunca. Se sentía absolutamente incapaz de enfrentarse con eso. No supo qué decir, ni qué hacer, ni adónde mirar. De modo que dijo:

-Yo... tengo que tomar el tren.

Ella recuperó rápidamente la compostura.

-Sí. Tienes que darte prisa.

Hamilton la miró un momento más, pero ella desvió los ojos.

-Ejem..., adiós -dijo él.

Ella asintió mecánicamente.

Hamilton salió. Se puso el sombrero en la entrada, después dejó que Pritchard le abriera la puerta principal. El «Mercedes» azul oscuro estaba en la avenida de gravilla, reluciente bajo el sol. Pritchard debe lavarlo todas las mañanas antes de que yo me levante, pensó Hamilton.

La conversación con Ellen había sido muy peculiar, decidió mientras iban camino de la estación. A través de la ventanilla contempló el juego de la luz del sol entre las hojas otoñales y revisó en su mente las frases clave. Te quiero había dicho ella, poniendo énfasis en el pronombre. Y hablando de las cosas que él había sacrificado por el negocio, ella había dicho: y Dios sabe cuánto más.

Quiero amarte a ti y a nadie más. ¿Qué quería decir con eso? ¿Había perdido la fidelidad de su esposa como había perdido su propia salud? Quizás ella solamente quería que él creyese que ella tenía una aventura. Eso era más propio de Ellen. Le gustaban las sutilezas. Pedir socorro no era su estilo.

Después de los resultados del medio año él necesitaba tanto los problemas domésticos como una reunión de acreedores.

Había algo más. Se había ruborizado cuando Pritchard le preguntó

si pensaba usar el coche; después, se había apresurado a añadir: Pritchard es quien conduce.

-¿A dónde lleva usted a Mrs. Hamilton, Pritchard? -preguntó Hamilton.

-Ella misma conduce, señor. Yo hago trabajillos en la casa..., siempre hay cosas...

-Sí, sí, de acuerdo -interrumpió Hamilton-. No se trata de un análisis de tiempo y movimiento. Sólo sentía curiosidad.

-Sí, señor.

La úlcera le dio un pinchazo. Té, pensó; debería tomar leche por las mañanas.

6

Herbert Chieseman encendió la luz, silenció el despertador, subió el volumen de la radio, que había estado funcionando toda la noche, y presionó el botón de rebobinado de la grabadora. Después, saltó de la cama.

Puso la tetera al fuego y miró por la ventana del estudio mientras esperaba que la cinta de siete horas volviera al comienzo. La mañana era clara y brillante. Después el sol calentaría más, pero ahora la temperatura era fresca. Se puso unos pantalones y un suéter sobre la ropa interior que había usado para dormir, y se puso las zapatillas.

Su hogar era una única y gran habitación, parte de una casa victoriana del norte de Londres que había visto tiempos mejores. El mobiliario, la estufa Ascot y el viejo fogón de gas pertenecían al propietario. La radio era de Herbert. El alquiler incluía el uso de un cuarto de baño común y, lo que era más importante, el uso exclusivo del ático.

La radio dominaba la habitación. Era un poderoso receptor VHF, construido con piezas de recambio que él había seleccionado cuidadosamente en media docena de tiendas de Totenham Court Road. La antena estaba en el tejado del desván. La grabadora también estaba hecha en casa.

Se sirvió el té en una taza, añadió leche condensada de una lata y se sentó ante su mesa de trabajo. Aparte del equipo electrónico, sobre la mesa había solamente un teléfono, una libreta y un bolígrafo. Abrió la libreta por una página en blanco y escribió la fecha en la parte superior, con escritura grande, cursiva. Después redujo el volumen de la radio y comenzó a pasar la cinta de la noche a toda velocidad. Un chillido agudo indicaba cada vez que había palabras registradas y entonces él disminuía la velocidad con el dedo hasta poder distinguir las palabras.

«...un coche vaya hasta Holloway Road, al fondo, para ayudar al agente...»

«...Ludlow Road, West Five, una tal Mrs. Shaftesbury, ...parece ser una riña doméstica, Veintiuno...»

«...el inspector dice que si ese Chino está abierto todavía tendrán pollo frito con arroz y patatas...»

«...Holloway Road adelante, ese agente tiene problemas...»

Herbert paró la cinta y tomó una nota.

«...se informa de robo en una casa cerca de Wimbledon Common, Jack...»

«...dieciocho, me oyes...»

«...todos los coches que puedan ir en ayuda de la Brigada de Incendios, en la calle Feather, veintidós...» Herbert tomó otra nota.

«...dieciocho, me oyes...»

«...no lo sé, dale una aspirina...»

«...ataque con cuchillo, no es grave...»

«...dónde demonios estabas, dieciocho...»

La atención de Herbert se desvió hacia la fotografía colocada en la repisa de la chimenea ciega. Estaba retocada; Herbert lo sabía, veinte años atrás, cuando ella se la había dado; pero ahora ya lo había olvidado. Extrañamente, ya no pensaba en ella como ella había sido de verdad, ya no. Cuando la recordaba ahora, pensaba en una mujer de piel inmaculada y mejillas coloreadas a mano, posando ante un panorama descolorido en el estudio de un fotógrafo.

«...el robo de un televisor en color y daños en el cristal de un escaparate...»

Él había sido el primero de su círculo de amigos en «perder la esposa», como ellos solían decir. Desde entonces dos o tres más habían sufrido la misma tragedia: uno se había convertido en un alegre borrachín y otro se había casado con una viuda. Herbert se había sumergido en su gran afición: la radio. Comenzó escuchando los mensajes de la Policía durante el día, cuando no se sentía bien para ir a trabajar, lo que ocurría con mucha frecuencia.

«...Grey Avenue, Golders Green, se informa de asalto...»

Un día, después de haber oído hablar a la Policía de un robo en un Banco, Herbert había llamado por teléfono al Evening Post. Un periodista le había dado las gracias por la información y le había tomado el nombre y la dirección. Aquel robo había sido muy importante, un cuarto de millón de libras, y la historia salió en la primera página del Post aquella noche. Herbert se había sentido orgulloso por haberles dado la noticia, y aquella noche contó el hecho en tres pubs. Después se olvidó de ello. Tres meses después recibió un cheque de cincuenta libras que le enviaba el periódico. Con el cheque iba una nota que decía: «Dos muertos en un robo de 250.000 libras esterlinas», con la fecha del robo.

«...déjalo, Charlie, si ella no quiere hacer la denuncia, olvídalo...»

Al día siguiente, Herbert se había quedado en casa y había telefoneado al Post cada vez que recogía algo interesante en la onda de la Policía. Aquella tarde había recibido una llamada de un hombre que dijo que era ayudante del editor y le aclaró lo que el periódico quería de gente como Herbert. No tenía que informar de un robo a menos que

Librodot

se hubiera usado una pistola o que alguien hubiera muerto; no tenía que preocuparse por robos en casa alguna a menos que la dirección fuese Belgravia, Chelsea o Kensington; no tenía que informar de asaltos excepto cuando se utilizaban armas o se trataba de grandes cantidades de dinero.

«…procedan al veintitrés de Narrow Road, y aguarden…»

Rápidamente lo comprendió, porque no era imbécil, y los valores del Post en cuanto a noticias estaban lejos de ser sutiles. Muy pronto se dio cuenta de que ganaba algo más en sus días de «enfermo» que cuando iba a trabajar. Y, lo que era más todavía, prefería escuchar la radio que dedicarse a hacer cajas para cámaras fotográficas. De modo que se despidió, y se convirtió en lo que en periodismo se llama una «tijereta»

«…es mejor que ahora me des esa descripción…»

Después de haber dedicado toda su jornada a escuchar por la radio durante algunas semanas, el ayudante del editor fue a visitarle; eso fue antes de que se trasladara al apartamento para hablar con él. El periodista le dijo a Herbert que estaba haciendo un trabajo muy útil para el periódico y le ofreció que trabajase exclusivamente para ellos. Eso significaba que Herbert informaría de sus noticias solamente al Post y no a otros periódicos. Pero tendría una compensación semanal a cambio de los ingresos que perdiera. Herbert no le dijo que él nunca había llamado a ningún otro periódico. Aceptó graciosamente la oferta.

«…no te muevas, dentro de unos minutos recibirás ayuda…»

Con el paso de los años había mejorado tanto su equipo como su comprensión de lo que deseaba el periódico. Supo que a primera hora de la mañana agradecían más o menos cualquier cosa, pero a medida que el día avanzaba eran más exigentes, hasta que aproximadamente a las tres de la tarde no les interesaba nada si no era un asesinato en la calle o un robo a gran escala con violencia. También descubrió que el periódico, como la Policía, estaba mucho menos interesado en un crimen cometido contra un hombre de color en un barrio de inmigrantes. Herbert consideraba que eso era muy razonable, ya que él mismo, como lector del Evening Post, tampoco estaba muy interesado por los conflictos entre los wogs en sus propios barrios de Londres; y suponía, correctamente, que el motivo de que el Post no estuviera interesado era sencillamente porque la gente como Herbert, que compraba el Post, no estaba interesada. Y aprendió a leer entre líneas la jerga de la Policía; sabía cuándo un asalto carecía de importancia o era una queja doméstica; advertía el tono de urgencia en la voz del sargento que transmitía las instrucciones desde la sala de transmisiones cuando la llamada de socorro era desesperada; descubrió la manera de cerrar su mente cuando la Policía decidía transmitir listas de números de matrículas de coches robados.

A través del gran altavoz surgió el sonido insistente de su propio reloj despertador y Herbert desconectó. Aumentó el volumen de la radio y después marcó el número de teléfono del Post. Bebía el té

Librodot

lentamente, mientras esperaba que respondieran.

-Post, buenos días. -Era una voz de hombre.

-Taquígrafos, por favor -dijo Herbert. Hubo otra pausa.

-Aquí taquígrafos.

-Hola, aquí Chieseman, informando a las cero siete cincuenta y nueve.

Se oía al fondo el tecleo de las máquinas de escribir.

-Hola, Bertie, ¿alguna novedad?

-Parece que ha sido una noche tranquila -dijo Herbert.

8 DE LA MAÑANA

7

Tony Cox estaba en una cabina telefónica en la esquina de Quill Street, Bethnal Green, con el receptor en el oído. Estaba sudando debajo de su cálido abrigo con cuello de terciopelo. En la mano sostenía la cadena sujeta al cuello del perro que había fuera. El perro también sudaba.

El teléfono del otro lado de la línea respondió y Tony introdujo una moneda en la ranura.

-¿Diga? -respondió una voz con el tono de quien no está realmente acostumbrado a estos nuevos teléfonos caprichosos.

Tony se expresó en términos breves.

-Es hoy. Prepáralo. -Colgó sin dar su nombre o esperar una respuesta.

Se alejó a grandes pasos por la estrecha calzada, tirando del perro detrás de él. Era un bóxer de pura raza, de cuerpo cuidado y poderoso y Tony tenía que tirar continuamente de la cadena para mantener el paso igual. El perro era fuerte, pero su amo era mucho más fuerte.

Las puertas de las viejas casas con terraza daban directamente a la calle. Tony se detuvo delante de aquélla donde estaba estacionado el «Rolls Royce» de color gris. Empujó la puerta abierta de la casa. Nunca estaba cerrada con llave, pues los ocupantes no temían a los ladrones.

La pequeña casa olía a comida. Tirando del perro que le seguía, Tony se dirigió a la cocina y se sentó en una silla.

Desenganchó la cadena del collar del perro y lo alejó con una palmada amistosa en el anca. Se levantó y se quitó el abrigo.

En el fogón de gas se calentaba una tetera y sobre un pedazo de papel parafinado había unas lonchas de tocino. Tony abrió un cajón y sacó un cuchillo de cocina con una hoja de diez pulgadas. Probó el filo con el pulgar, decidió que necesitaba un afilado y salió al patio.

Había una vieja rueda de afilar debajo del cobertizo inclinado. Tony se sentó al lado en un taburete de madera y pedaleó como había visto hacer a su padre años atrás. Le hacía sentirse bien hacer las cosas como su padre las había hecho. Lo recordó: un hombre alto y

atractivo, de cabello ondulado y ojos brillantes, haciendo chispas con la piedra de afilar mientras sus hijos reían a gritos. Había sido vendedor en un mercado callejero. Vendía porcelana y cacharros, y pregonaba su mercancía con voz atractiva y fuerte. Solía hacer comedia fingiendo fastidiar al vendedor de comestibles contiguo, al que gritaba:

-Vaya, ahí estás. Acabo de vender un cazo por diez peniques. ¿Cuántas patatas has de vender tú antes de juntar medio chelín?

Avistaba a cualquier mujer forastera a muchos metros de distancia y utilizaba desvergonzadamente su atractivo personal.

-Oye, cariño, escúchame. -Esto se lo decía a una mujer de mediana edad con una redecilla en la cabeza-. Por esta parte del mercado no vienen muchas chicas guapas, así que estoy dispuesto a venderte esto perdiendo dinero y espero que vuelvas otro día. Fíjate... culo sólido de cobre, perdona la palabra, y es el último que me queda; ya he hecho mi ganancia con los otros de modo que puedes que-dártelo por dos libras, la mitad de lo que me ha costado, sólo porque has hecho latir más de prisa el corazón de un viejo, y tómalo en seguida antes de que cambie de idea.

A Tony le había sorprendido el rápido cambio experimentado por su viejo después de perder un pulmón. Su cabello se volvió blanco, las mejillas se le hundieron y su espléndida voz se volvió aguda y rechinante. La parada le pertenecía por derecho a Tony, pero por aquel entonces ya disponía de sus propias fuentes de ingreso de modo que se la había cedido al joven Harry, su hermano mudo, que se había casado con una hermosa chica de Whitechapel con paciencia suficiente para aprender a hablar con las manos. Se necesitaban redaños para que un mudo se hiciese cargo de una parada del mercado, escribiendo en una pizarra cuando quería hablar con los clientes, y guardando en el bolsillo una tarjeta postal con la palabra GRACIAS en letras mayúsculas que exhibía cuando se hacía una venta. Pero lo hacía bien y Tony le prestó el dinero para trasladarse a una tienda adecuada y contratar un encargado; y también con esa tienda tuvo éxito. Redaños... era cosa de familia.

El cuchillo de cocina ya estaba bastante afilado. Lo probó y se hizo un corte en el pulgar. Manteniéndolo contra los labios, entró en la cocina.

Su madre estaba allí. Lillian Cox era bajita y algo gorda -su hijo había heredado la tendencia a engordar sin ser bajo- y tenía mucha más energía que lo que era corriente en una mujer de sesenta y tres años. Le dijo a Tony:

-Te estoy preparando un poco de pan frito.

-Estupendo. -Dejó el cuchillo y buscó una venda-. Ten cuidado con ese cuchillo; lo he afilado demasiado.

Ella atendió el corte en el dedo, manteniéndolo bajo el grifo de agua fría y contó hasta cien, poniéndole después una pomada antiséptica y gasa, y finalmente una pequeña venda sujeta con un imperdible. Tony

se quedó quieto dejándole hacer lo que quería.

-Eres un buen chico al procurar que tenga los cuchillos afilados -le dijo ella-. ¿Dónde has ido tan de mañana?

-He llevado el perro al parque. Y tenía que llamar a alguien por teléfono.

Ella hizo un ruido de disgusto.

-Que yo sepa, no le pasa nada malo al teléfono de la salita.

Tony se inclinó sobre la sartén para olfatear el tocino que se freía.

-Ya sabes lo que pasa, mamá. El Viejo Bill escucha por ese teléfono.

Ella le puso en la mano un bote de té.

-Entonces ve ahí y prepara el té.

Tony se llevó la tetera a la sala de estar y la dejó sobre un salvamanteles. La mesa redonda estaba puesta con un mantel bordado, cubiertos para dos personas, sal y pimienta y botellas de salsa.

Tony se sentó cerca de la chimenea, donde solía sentarse el viejo. Desde allí cogió del aparador dos tazas y dos platos. Pensó otra vez en su padre, controlando las comidas con el dorso de la mano y una buena dosis de rimas en argot. «Aparta las pezuñas», vociferaba si ellos ponían los codos en la mesa. Lo único que Tony tenía contra él era su manera de tratar a mamá. Como era tan atractivo y simpático, tenía relaciones con otras mujeres, y algunas veces se gastaba el dinero en comprarles ginebra en vez de llevarlo a casa.

En aquellas ocasiones, Tony y su hermano iban al mercado de Smithfield y robaban los desperdicios de debajo de los mostradores para vendérselos a la fábrica de jabón por unas pocas monedas. Y no entró en el ejército; pero en aquellos días de guerra muchos chicos listos consiguieron escapar.

-¿Qué haces... te vas a dormir otra vez o vas a servir ese té? -Lillian puso un plato delante de Tony y se sentó frente a él-. No importa, ya lo haré yo.

Tony cogió su cubierto sosteniendo el cuchillo como si fuese un lápiz, y empezó a comer. Había salchichas, dos huevos fritos, tomates de lata y algunas rebanadas de pan frito. Tomó un bocado antes de probar la salsa marrón. Después de sus esfuerzos matinales estaba hambriento.

Su madre le pasó el té.

-No sé -dijo-, nunca tuvimos miedo de usar el teléfono cuando tu padre vivía, que en paz descanse. Tenía mucho cuidado en no meterse en el camino del Viejo Bill.

Tony pensó que en tiempos de su padre no tenían teléfono, pero lo dejó correr.

-Sí -comentó-, tenía tanto cuidado que murió pobre.

-Pero honrado.

-¿Lo era, de verdad?

-Sabes jodidamente bien que lo era y que no te oiga decir nunca lo contrario.

-Mamá, no me gusta que digas palabrotas.

-No deberías provocarme.

Tony comió en silencio y acabó con rapidez. Vació su taza de té y comenzó a desenvolver un cigarro.

Su madre le cogió la taza.

-¿Más té?

Tony miró su reloj.

-No, gracias. He de hacer un par de cosas. -Encendió el cigarro y se levantó-. Me ha sentado muy bien este desayuno.

Ella achicó los ojos.

-¿Algún problema?

Eso le molestó. Lanzó humo al aire.

-¿Y a quién le importa?

-Es tu vida, de acuerdo. Ya nos veremos después. Pero procura cuidarte.

Tony la miró un largo rato. Aunque ella cedía ante él, era una mujer fuerte. Había mandado en la familia desde que el viejo murió: componiendo matrimonios, pidiéndole prestado a un hijo para darle a otro, aconsejando y utilizando su desaprobación como una poderosa sanción. Se había resistido a todos los esfuerzos para trasladarla de Quill Street a un agradable y pequeño bungalow en Bournemouth, sospechando -certeramente- que la vieja casa y sus recuerdos eran un símbolo poderoso de su autoridad. En otro tiempo había habido una arrogancia real en su nariz de puente alto y su puntiaguda barbilla: ahora era regia pero en forma resignada, como un monarca abdicado; sabiendo que era sensato aflojar las riendas del poder pero lamentándolo igualmente. Tony se daba cuenta de que por ese motivo ella le necesitaba: él era ahora el rey, y al tenerle viviendo con ella eso la mantenía cerca del trono. Tony la quería porque ella le necesitaba. Nadie más le necesitaba.

Ella se levantó.

-Bueno, ¿te vas?

-Sí.

Tony advirtió que se había perdido en sus pensamientos. La rodeó con los brazos y le dio un breve apretón. Nunca la besaba.

-Adiós, mamá.

Cogió su abrigo, le dio un golpecito cariñoso al perro y salió.

El interior del «Rolls» estaba caliente. Apretó el botón que bajaba la ventanilla antes de acomodarse en el asiento de cuero y alejarse.

Le complacía conducir el coche por las callejuelas del East End. El lujo insolente del vehículo, en contraste con las calles estrechas y las viejas casas miserables contaba la historia de la vida de Tony Cox y la gente contemplaba el coche -amas de casa, vendedores de periódicos, trabajadores y villanos- y se decían: «Ahí va Tony Cox. Ha prosperado.»

Sacudió la ceniza de su cigarro por la ventanilla abierta. Había prosperado. Compró su primer coche por seis libras esterlinas cuando tenía dieciséis años. El certificado del Ministerio de Transporte que

Librodot

compró en el mercado negro le había costado treinta chelines. Rellenó los formularios y volvió a vender el coche por ochenta libras.

No tardó mucho en tener un negocio de coches usados que pronto se convirtió en legítimo. Después lo vendió, con la mercancía, por cinco mil libras y entró en el mundo de los grandes negocios.

Utilizó las cinco mil libras para abrir una cuenta bancaria dando como referencia el nombre del que le había comprado el negocio de coches usados. Dio su nombre verdadero al director del Banco, pero una dirección falsa: la misma dirección falsa que había dado al comprador del negocio de coches.

Alquiló un almacén pagando tres meses por adelantado. Compró pequeñas cantidades de aparatos de radio y televisión y equipos de alta fidelidad a los fabricantes y los revendió a las tiendas de Londres. Pagaba a los suministradores al contado, y su cuenta bancaria tenía movimiento. Al cabo de un par de meses tenía pequeñas pérdidas pero se había ganado una reputación como persona digna de crédito.

En aquel momento hizo una serie de pedidos importantes. Los pequeños fabricantes a los que había pagado puntualmente un par de billetes de quinientas libras esterlinas le suministraron gustosamente mercancías por valor de tres o cuatro mil libras en las mismas condiciones de crédito: prometía ser un buen cliente.

Con el almacén lleno de caros aparatos electrónicos por los que no había pagado nada, hizo una liquidación. Toca-discos, aparatos de televisión en color, relojes digitales, grabadoras, amplificadores y radios, todo fue vendido a un precio de regalo, algunas veces a la mitad de su precio de mercado. El almacén se vació en dos días y Tony Cox guardó tres mil libras contantes y sonantes en dos maletas. Cerró el almacén y se marchó a casa.

Se estremeció en el asiento delantero del confortable coche al recordarlo. Jamás volvería a correr un riesgo semejante.

¿Y si uno de los suministradores se hubiera enterado de la liquidación? ¿Y si el director del Banco hubiera visto a Tony en un pub unos días después?

Ocasionalmente realizaba alguna estafa de compra a crédito, pero ahora utilizaba hombres de paja, que tan pronto como caía el hacha se iban a España a pasar unas largas vacaciones. Y nadie le veía la cara a Tony.

Sin embargo, sus intereses comerciales se habían diversificado. Tenía propiedades en el centro de Londres que alquilaba a jóvenes damitas a precios exorbitantes; poseía locales nocturnos; incluso dirigía un par de grupos pop. Algunos de sus negocios eran legítimos y otros eran delictivos; algunos eran ambas cosas y otros estaban en el límite nebuloso entre las dos, en ese punto en que la ley está insegura pero donde los comerciantes respetables que cuidan su reputación temen pisar.

El Viejo Bill sabía de sus actividades, naturalmente. Hoy en día, había tantos soplones que nadie podía convertirse en un delincuente

respetable sin que su nombre figurase en los archivos de Scotland Yard. El problema estaba en conseguir pruebas, especialmente habiendo algunos detectives por ahí dispuestos a avisar por adelantado a Tony de cualquier incursión. No escatimaba el dinero que dedicaba a ese objetivo. Todos los agostos había tres o cuatro familias de policías veraneando en Benidorm con el dinero de Tony.

No es que confiase en ellos. Eran útiles pero todos se decían que un día pagarían su deuda de lealtad denunciándole. Un policía corrupto seguía siendo, finalmente, un policía. De modo que todas las transacciones se hacían al contado; no había anotaciones en los libros, solamente en la cabeza de Tony; todos los trabajos los llevaban a cabo sus compinches siguiendo instrucciones verbales.

Con el tiempo, se movía incluso con más seguridad, sencillamente actuando como banquero. Un organizador conseguía información privada y trazaba un plan; Tony encontraba después al cabecilla que organizaba el equipo y sus miembros. Los dos visitaban entonces a Tony y le contaban sus planes. Si Tony estaba de acuerdo, les prestaba el dinero para los sobornos, las armas, los coches, los explosivos y todo cuanto hiciera falta. Cuando habían realizado el trabajo, con los beneficios obtenidos le devolvían el préstamo aumentando cinco o seis veces en su valor.

El trabajillo de hoy no era tan sencillo. En éste, él era el organizador al mismo tiempo que el banquero. Eso significaba que tendría que andar con sumo cuidado.

Paró el coche en una callejuela y se apeó. Aquí las casas eran mayores -se habían construido para capataces y artesanos en vez de descargadores y obreros-, pero no eran mejores que las barracas de Quill Street. Las fachadas de cemento se resquebrajaban, los marcos de madera de las ventanas estaban podridos y los jardines frontales eran más pequeños que el portaequipajes del coche de Tony. Solamente media docena de aquellas casas estaban habitadas: el resto eran almacenes, oficinas o tiendas.

La puerta donde Tony llamó con los nudillos exhibía el letrero «Billiards and Snooker» y faltaba la mayor parte del «and». Le abrieron inmediatamente y Tony entró.

Estrechó la mano a Walter Burden y después le siguió al piso superior. Un accidente de carretera había dejado cojo y tartamudo a Walter, impidiéndole seguir en su trabajo de estibador. Tony le había confiado la dirección de la sala de billar, sabiendo que ese gesto -que a Tony no le costaba nada- le sería recompensado con un mayor respeto entre los habitantes del East End y una lealtad inquebrantable por parte de Walter.

-¿Quieres una taza de té, Tony? -le ofreció Walter.

-No, gracias, Walter, acabo de desayunar. -Miró a su alrededor la sala del primer piso con aires de propietario. Las mesas estaban cubiertas, el suelo de linóleo barrido y los palos ordenados en su lugar-. Tienes esto muy bien ordenado.

Librodot

-Solamente hago mi trabajo, Tony. Tú cuidaste de mí, ya sabes.

-Sí. -Cox se acercó a la ventana y miró hacia abajo, a la calle. Al otro lado de la calzada, a unos pocos metros de distancia, había un «Morris 1100» estacionado. Dentro del vehículo había dos personas. Tony se sintió extrañamente satisfecho: había sido sensato al tomar esa precaución-.

¿Dónde tienes el teléfono, Walter?

-En la oficina. -Walter abrió una puerta, hizo entrar a Tony, cerró, quedándose él fuera.

La oficina estaba ordenada y limpia. Tony se sentó ante el escritorio y marcó un número.

-¿Diga? -respondió una voz.

-Recógeme -dijo Tony.

-Cinco minutos.

Tony colgó el receptor. Se le había apagado el cigarro.

Cuando las cosas le ponían nervioso dejaba que se le apagara el cigarro. Lo encendió nuevamente con un «Dunhill» dorado, y salió después.

Se dejó ver nuevamente por la ventana.

-De acuerdo, colega, me marcho -le dijo a Walter-. Si uno de esos jóvenes detectives del coche azul se empeña en llamar a la puerta, no respondas. Volveré dentro de media hora.

-No t-t-te preocupes. Puedes confiar en mí, ya lo sabes. Walter movía la cabeza como un pájaro.

-Sí, ya lo sé. -Tony tocó brevemente el hombro del hombre maduro y se dirigió al fondo del vestíbulo. Abrió la puerta y bajó apresuradamente por la escalera de incendios.

Rodeó un carrito infantil oxidado, un colchón empapado y los restos de un viejo vehículo. Entre las grietas de cemento del suelo brotaba tercamente la hierba. Un gato mugriento se apartó corriendo de su camino. Se le ensuciaron los zapatos de manufactura italiana.

Un portón conducía del patio a una calle estrecha. Tony fue hasta el fondo de esa callejuela. Al llegar al final un pequeño «Fiat» con tres hombres en su interior se acercó a la acera. Tony entró y ocupó el asiento vacío de atrás. El coche emprendió inmediatamente la marcha.

El conductor era Jacko, el lugarteniente de Tony. Al lado de Jacko se encontraba Willie el Sordo, que sabía ahora mucho más de explosivos que veinte años antes, cuando había perdido el oído izquierdo. En la parte de atrás, junto a Tony, estaba Peter «Jesse» James, cuyas dos obsesiones eran las armas y las chicas con voluminoso trasero. Eran buena gente; todos miembros permantentes de la empresa de Tony.

-¿Cómo está tu chico, Willie? -le preguntó Tony. Willie el Sordo dirigió su oreja sana hacia Tony. -¿Qué?

-Te he preguntado cómo está el joven Billy.

-Hoy cumple dieciocho -dijo Willie-. Es lo mismo, Tony. Nunca podrá cuidar de sí mismo. La asistenta social nos ha dicho que lo

Librodot

llevemos a una residencia.

Tony hizo un gesto de simpatía. Se esforzaba por ser amable con Willie el Sordo hablándole de su hijo retrasado; la enfermedad mental le asustaba.

-Tú no quieres hacerlo.

-Yo le dije a la mujer -dijo Willie-, ¿qué sabe una asistenta social? Es una chica de unos veinte años. Universitaria. Aunque no se impone.

Jacko intervino impaciente.

-Todos estamos a punto, Tony. Los muchachos están ahí, con los motores a punto.

-Bien. -Tony miró a Jesse James-. ¿Pipas?

-Un par de pistolas y una «Uzi».

-¿Una qué?

Jesse sonrió orgullosamente.

-Es una metralleta de nueve milímetros. Israelí.

-En marcha -murmuró Tony.

-Aquí estamos -dijo Jacko.

Tony sacó una gorra de trapo del bolsillo y se la encasquetó.

-Habéis llevado a los chicos adentro, ¿verdad?

-Sí -dijo Jacko.

-No me importa que sepan que es un trabajo de Tony Cox, pero no quiero que puedan decir que me han visto.

-Lo sé.

El coche entró en un patio lleno de chatarra. Estaba notablemente ordenado. Los capós de los coches estaban apilados de tres en tres en ordenadas hileras y las piezas amontonadas pulcramente: columnas de neumáticos, una pirámide de ejes traseros, un cubo de cilindros.

Cerca de la entrada había una grúa y un gran camión de transporte. Más adentro había una sencilla furgoneta «Ford» de color azul con las ruedas posteriores dobles junto al pesado equipo de oxiacetileno para cortar.

El coche se detuvo y Tony salió. Se sentía complacido. Le gustaban las cosas ordenadas. Los otros tres permanecieron cerca de él, esperando que Tony hiciera algo. Jacko encendió un cigarrillo.

-¿Te has asegurado del dueño?

Jacko asintió.

-El se ha cuidado de que la grúa, el transporte y el equipo cortador estuvieran aquí. Pero no sabe para qué son, y le hemos atado para cubrir las apariencias. -Comenzó a toser.

Tony le quitó el cigarrillo de la boca y lo dejó caer en el barro.

-Esas cosas te hacen toser -dijo. Sacó un cigarro habano del bolsillo-. Fúmate esto y muere de vejez.

Tony regresó junto a la entrada. Los tres hombres le siguieron. Caminó esquivando los charcos y las manchas de barro pasando junto a una pila de millares de acumulaciones, entre montones de árboles de levas y cajas de cambios, hasta la grúa. Era un modelo pequeño,

Librodot

con tracción de oruga, capaz de levantar un coche, una camioneta o un camión ligero. Se desabrochó el abrigo y trepó por la escalerilla hasta la alta cabina.

Se sentó en el asiento del operador. Las ventanas circulares le permitían ver todo el patio. Era un terreno triangular. En un lado había un viaducto de ferrocarril y sus arcos de ladrillo estaban ocupados por almacenes. A un lado, un muro alto separaba aquel lugar de un parque de juegos infantiles y un solar baldío. La carretera pasaba por la parte delantera del patio y se curvaba ligeramente siguiendo el contorno del río unos metros más allá. Era una carretera amplia, pero poco transitada.

Al abrigo del viaducto había una choza construida con viejas puertas de madera que soportaban una cubierta de papel alquitranado. Los hombres debían estar allí, alrededor de una estufa eléctrica, bebiendo te y fumando nerviosamente.

Todo estaba en orden. Tony experimentó regocijo en su interior y el instinto le dijo que todo saldría bien. Salió de la grúa.

Mantuvo deliberadamente baja la voz, firme e indiferente.

-La furgoneta no sigue siempre la misma ruta. De la City a Loughton tienen muchas rutas para elegir. Pero este lugar está en la mayoría de las rutas, ¿cierto? Han de pasar por aquí a menos que quieran ir vía Birmingham o Watford. Ahora bien, de vez en cuando escogen rutas estúpidas. Y hoy podría ser uno de esos días. De modo que si el asunto no sale bien, les dais una compensación a los muchachos y los enviáis a casa hasta la próxima vez.

-Todos conocen las condiciones -dijo Jacko.

-Bien. ¿Algo más?

Los tres hombres siguieron en silencio.

Tony dio las instrucciones finales.

-Todos llevaréis máscara. Todos llevaréis guantes. Nadie hablará. -Miró a los hombres uno detrás de otro para comprobar su asentimiento. Después añadió-: De acuerdo, llevadme de regreso.

No hubo más conversación mientras el «Fiat» rojo recorría su camino girando por las pequeñas calles hasta la callejuela de detrás de la sala de billares.

Tony salió, después se inclinó ante la puerta delantera del pasajero y habló a través de la ventanilla.

-Es un buen plan y si lo hacéis bien dará resultado. Hay un par de espinas que desconocéis todavía... guardas de seguridad, hombres en el interior. Mantened la calma, haced bien las cosas, y lo conseguiremos igualmente. -Hizo una pausa-. Y no disparéis contra nadie con esa condenada arma, no jodáis.

Caminó por la callejuela y entró en la sala de billares por la puerta trasera. Walter estaba jugando al billar en una de las mesas. Se incorporó al oír la puerta.

-¿Todo bien, Tony?

Tony se acercó a la ventana.

Librodot

-¿La compañía no se ha movido de ahí? -Podía ver el «Monis» azul en el mismo lugar.

-Ahí se han quedado fumando hasta reventar.

Era una suerte, pensó Tony, que la ley no dispusiera de hombres suficientes para vigilarle de noche como lo hacían durante el día. La vigilancia de nueve a cinco le era muy útil porque le permitía establecer coartadas sin restringir gravemente sus actividades. Cualquier día empezarían a seguirle las veinticuatro horas. Pero ya le avisarían con tiempo suficiente.

Walter hizo un gesto con el dedo hacia la mesa.

-¿Te apetece un descanso?

-No. -Tony se apartó de la ventana-. Tengo el día muy ocupado. -Bajó la escalera y Walter le siguió cojeando-. Adiós, Walter -dijo Tony mientras salía a la calle.

-Hasta pronto, Tony -respondió Walter-. Que Dios te bendiga, muchacho.

8

La sala de, redacción cobró vida repentinamente. A las ocho de la mañana todavía estaba tan silenciosa como un depósito de cadáveres, y ese silencio solamente lo interrumpían ruidos inanimados como el tartamudeo del tele-tipo y el susurro de los periódicos que Cole estaba leyendo. Ahora tres mecanógrafas estaban pulsando las teclas, uno de los Muchachos silbaba una canción pop y un fotógrafo con chaqueta de cuero estaba discutiendo con un subdirector sobre un partido de fútbol. Los periodistas iban entrando. La mayoría de ellos tenían su rutina mañanera: uno compraba té, otro encendía un cigarrillo, otro volvía la página tercera del Sun para mirar el desnudo; cada uno de ellos tenía una rutina que le ayudaba a empezar el día.

Cole creía que dejarle un respiro de algunos minutos a la gente antes de empujarla al trabajo contribuía a crear un ambiente ordenado y tranquilo. Su director, Cliff Poulson, lo planteaba de otra manera. Poulson, con sus ojos verdes de batracio y su acento de Yorkshire, solía decir:

-No te quites el abrigo, muchacho.

Su deleite era tomar decisiones bruscas, con su eterna prisa y su aire frágil afable, creaba un ambiente frenético. Poulson era un monstruo de la velocidad. Cole no recordaba que ninguna noticia se hubiera perdido una edición porque alguien hubiera perdido un minuto meditándola.

Ya hacía cinco minutos que estaba Kevin Hart. Leía el Mirror, apoyando una cadera en el borde de la mesa, mostrando la elegante caída de los pantalones de su traje rayado. Cole le llamó:

-Hay una llamada al Yard, Kevin, por favor. -El joven cogió un teléfono.

Los avisos de Bertie Chieseman estaban sobre la mesa: un montoncito grueso de notas. Cole miró a su alrededor. La mayoría de los periodistas había llegado. Ya era hora de ponerse a trabajar. Escogió entre los avisos, clavando algunos en un pincho afilado de metal y repartió los otros entre los periodistas dándoles breves instrucciones.

-Anna, un agente tuvo problemas en Holloway Road... Llama por teléfono a la comisaría más cercana y pregunta lo que pasó. Si es cosa de borrachos, olvídalo. Joe, este incendio en el East End... Compruébalo con la Brigada. Un robo en una casa de Chelsea, Phillip. Mira la dirección en el Directorio de Kelly por si allí vive alguien famoso. Barney... «La Policía persiguió y arrestó a un irlandés en una casa de la calle Queenstown, Camdem.» Llama al Yard y pregúntales si tiene que ver con el IRA.

Sonó un teléfono interior y Cole lo cogió.

-Arthur Cole.

-¿Qué tienes para mí, Arthur?

Cole reconoció la voz del jefe de ilustración.

-De momento -respondió Cole- parece que el punto fuerte será la votación de anoche en los Comunes.

-¡Pero eso ya estuvo en la televisión de ayer!

-¿Me has llamado para preguntarme algo o para contarme cosas?

-Supongo que será mejor que envíe a alguien a Downing Street para tomarle una fotografía de hoy al Primer Ministro. ¿Algo más?

-Nada que no esté en los periódicos de la mañana.

-Gracias, Arthur.

Cole colgó el teléfono. Resultaba pobre seguir con la noticia de ayer. Estaba haciendo todo lo posible para ponerla al día; dos periodistas estaban investigando las reacciones. Llamaban por teléfono a miembros del Parlamento, pero no a los ministros.

Un periodista de mediana edad, que filmaba en pipa, dio una voz:

-Acaba de llamar Mrs. Poulson. Cliff no vendrá hoy. Tiene cólico Delhi.

Cole lanzó un gruñido.

-¿Y cómo ha podido atrapar eso en Orpington?

-Una cena con curry.

-Vaya. -Todo iba muy bien, pensó Cole. Según las perspectivas, ése sería el día más pobre del mes en noticias, y Poulson no aparecería porque estaba enfermo. Con el secretario de redacción de vacaciones, Cole se quedaba solo. Kevin Hart se acercó a su escritorio.

-Nada en Scotland Yard -dijo-. Tranquilidad toda la noche.

Cole alzó la mirada. Hart tendría unos veintitres años y era muy alto, con cabello rizado que llevaba largo. Cole ahogó un espasmo de irritación.

-Eso es ridículo -dijo-. En Scotland Yard nunca hay una noche enteramente tranquila. ¿Qué pasa con la oficina de Prensa?

-Podríamos escribir un artículo: «La primera noche en un millar de

Librodot

años que en Scotland Yard reina la tranquilidad por ausencia de delitos» -dijo Hart con una mueca.

Su frivolidad irritó a Cole.

-No debes contentarte nunca con una respuesta semejante de Scotland Yard -dijo fríamente.

Hart enrojeció. Le avergonzaba ser amonestado como un aprendiz de periodista.

-Volveré a llamarles, ¿es eso?

-No -dijo Cole, viendo que ya había conseguido su propósito-. Quiero que escribas un artículo. ¿Conoces ese nuevo campo de petróleo del mar del Norte?

Hart asintió.

-Lo llaman Shield.

-Sí. El Ministerio de Energía no tardará en anunciar quién ha conseguido el permiso para explotarlo. Prepara un escrito para cuando se haga ese anuncio. Ambiente, lo que significará el permiso para la gente que lo pide, cómo toma la decisión el ministro. Esta tarde podemos entregar tu artículo dejando un espacio para la última noticia.

-De acuerdo. -Hart se volvió y se encaminó hacia la biblioteca.

Sabía que se le había encargado un trabajo aburrido como una especie de castigo, pero lo aceptaba serenamente, pensó Cole. Estuvo contemplando un momento la espalda del muchacho. Irritaba a Cole, con su cabello largo y sus trajes. Tenía demasiada confianza en sí mismo, pero, ciertamente, los periodistas necesitaban una buena dosis de cara dura.

Cole se levantó y se dirigió a la mesa de los redactores. El subjefe de redacción tenía delante la noticia recibida por cable sobre la presentación del Proyecto Industrial y los nuevos datos aportados por los periodistas de Cole. Cole miró por encima de su hombro. En un bloc de notas aquél había escrito:

MIEMBRO REBELDE DEL PARLAMENTO DIJO: «Únete a los libs.»

El subjefe se rascó la barba y alzó la mirada.

-¿Qué te parece?

-Parece una historia sobre el Movimiento Feminista -dijo Cole-. No me gusta.

-Tampoco a mí. -El subjefe arrancó la hoja del bloc, la arrugó y la arrojó a una papelera de metal-. ¿Qué otras novedades tenemos?

-Nada. Acabo de dar ahora mismo los soplos.

El hombre barbudo asintió y miró reflexivamente el reloj que colgaba del techo, delante de él.

-Esperemos conseguir algo decente para la segunda. Cole se inclinó por encima de él y escribió en el bloc de notas:

MIEMBRO REBELDE DEL PARLAMENTO DIJO: «UNÍOS A LOS LIBERALES.»

Librodot

-Tiene más sentido -dijo-, pero es lo mismo. El subjefe hizo una mueca.

-¿Quieres un empleo?

Cole volvió a su escritorio. Se acercó Annela Sims y dijo:

-El incidente en Holloway Road acabó en nada. Un grupo de alborotadores, ningún arresto.

-Okay -dijo Cole.

Joe Barnard dejó el teléfono y dijo en voz alta:

-Nada importante en ese incendio, Arthur. Ningún herido.

-¿Cuánta gente vive ahí? -preguntó Cole casi automáticamente.

-Dos adultos, tres niños.

-De modo que una familia de cinco personas escaparon de la muerte. Escribe eso.

Phillip Jones dijo:

-El piso robado parece que pertenece a Nicholas Crost, un violinista famoso.

-Bien -replicó Cole-. Llama a la comisaría de Chelsea y descubre lo que robaron.

-Ya lo he hecho. -Phillip sonrió-. Falta un Stradivarius.

Cole sonrió a su vez.

-Buen chico. Escribe eso y después ve allí y procura entrevistar al maestro afligido.

Sonó el teléfono y Cole lo cogió.

Aunque no hubiera querido admitirlo, estaba divirtiéndose mucho.

LAS NUEVE DE LA MAÑANA

9

Tim Fitzpeterson había agotado las lágrimas, pero el llanto no le había ayudado. Estaba tumbado en la cama con la cara enterrada en la húmeda almohada. Moverse era una agonía. Intentaba no pensar en absoluto, rechazando los pensamientos de su mente como un hotelero con la casa llena. En cierto momento su cerebro sé apagó completa-mente y dormitó un momento, pero la huida del dolor y la desesperación fue breve y volvió a despertarse.

No se levantó de la cama porque no había nada que deseara hacer, ningún sitio adonde quisiera ir, nadie con quien pudiera encararse. Todo lo que era capaz de hacer era pensar en la promesa de felicidad que había resultado ser tan falsa. Cox tenía razón cuando le había dicho tan groseramente: «Ha sido la mejor noche de juerguecita que ha tenido en su vida.» Tim no conseguía expulsar del todo las rápidas reminiscencias del cuerpo esbelto y flexible; pero ahora tenían un terrible y amargo sabor. Ella le había mostrado el Paraíso y después había dado un portazo. Ella, naturalmente, había estado fingiendo el éxtasis; pero no había nada de falso en el placer experimentado por

Tim. Unas horas antes había estado pensando en una nueva vida, enriquecida por aquella clase de amor sexual cuya existencia ya había olvidado. Ahora era difícil esperar nada del mañana.

Podía oír el ruido de los niños en el patio de juegos cercano, el vocerío, los chillidos y las peleas; y envidió la gran trivialidad de sus vidas. Se vio a sí mismo cuando era escolar, con su chaqueta negra y los pantalones cortos y grises, cruzando los cinco kilómetros de caminos rurales de Dorset para ir a la escuela primaria de una sola clase. Fue el alumno más brillante que tuvieron allí, aunque eso no era decir mucho. Pero le enseñaron aritmética y le consiguieron una plaza en el Instituto y eso era todo lo que necesitaba.

En el Instituto había prosperado, recordaba. Fue el líder del grupo, el que organizaba juegos y rebeliones en las aulas. Hasta que tuvo que ponerse gafas.

Fue entonces; había intentado recordar cuándo había sentido anteriormente una desesperación parecida; ahora lo sabía. Había sido el primer día en que se puso las gafas para ir a clase. Al principio, los miembros de su pandilla habían quedado consternados, más tarde divertidos y finalmente se burlaron. Cuando llegó la hora del recreo le seguía una multitud entonando «Cuatro-ojos». Después del almuerzo intentó organizar un partido de fútbol, pero John Wilcott había dicho: Tú no juegas. Tim puso las gafas en el estuche y le dio un puñetazo a Wilcott en la cabeza; pero Wilcott era grandote, y Tim, que solía dominar por la fuerza o la personalidad, no era luchador. Tim acabó en los lavabos restañando la sangre de su nariz mientras Wilcott escogía los equipos.

Intentó recuperar el prestigio durante la clase de Historia, enviando bolitas de papel entintadas a Wilcott ante las narices de Miss Percival, conocida como la buena de Percy. Pero la buena de Percy, normalmente indulgente, decidió dar un escarmiento aquel día, y Tim tuvo que ir a ver al director como uno de los seis peores. Camino de casa tuvo otra pelea, perdió de nuevo, y se rasgó la chaqueta; su madre cogió el dinero para comprarle una chaqueta nueva de los ahorros que Tim estaba haciendo para comprarse un receptor con detector de cristal, lo que le atrasó seis meses más. Fue el día más negro en la vida del joven Tim, y sus aptitudes de líder quedaron ahogadas hasta que fue a la Universidad y se unió al Partido.

Una pelea perdida, una chaqueta rasgada, y entre los seis peores: ahora le gustaría tener problemas como aquéllos. Sonó un silbato en el patio de juegos próximo al apartamento, y el ruido de los niños cesó bruscamente. Si yo pudiera terminar mis problemas con la misma rapidez, pensó Tim; y la idea le encantó.

¿Para qué vivía yo ayer?, se preguntó. Un buen empleo, mi reputación, un gobierno próspero; hoy parecía que ninguna de esas cosas tenía importancia. El silbido de la escuela significaba que ya eran más de las nueve. Tim hubiera debido estar presidiendo un comité para discutir la productividad de los diferentes tipos de

centrales eléctricas. ¿Cómo he podido estar alguna vez interesado en algo tan sin sentido? Pensó en su proyecto favorito, una previsión de las necesidades de energía de la industria británica en el año dos mil. Ahora no podía sentir ningún entusiasmo por eso. Pensó en sus hijas, y se asustó ante la idea de tener que verlas. Todo se convertía en cenizas en su boca. ¿Qué importaba quién ganase las próximas elecciones? La suerte de Gran Bretaña estaba decidida por fuerzas que escapaban al control de sus líderes. Siempre había sabido que era un juego, pero ahora ya no quería los premios.

No había nadie con quien pudiera hablar, nadie. Imaginaba la conversación con su esposa: «Cariño, he sido estúpido e infiel. Una puta me sedujo, una chica hermosa y agradable, y después me han hecho extorsión...» Julia se mostraría inflexible. Podía ver su cara, asumiendo una expresión de asco mientras huía de cualquier contacto emocional. Él tendería la mano, y ella diría: «No me toques.»

No, no podía contárselo a Julia; no podía hacerlo hasta estar seguro que sus propias heridas se habían curado, y no creía poder sobrevivir tanto tiempo.

¿Alguien más? Los colegas del gabinete le dirían: «Dios mío, Tim, amigo mío... lo siento terriblemente...», inmediatamente empezarían a pensar en un puesto discreto para que él lo ocupase en el momento en que todo se supiera. Tendrían mucha precaución en no relacionarse con nada de lo que él patrocinara y en que les viesen frecuentemente con él; incluso podrían hacerle un sermón moralista para dejar sentadas sus credenciales puritanas. Tim no les odiaba por la conducta que preveía en ellos: su previsión se basaba en lo que él mismo haría en una situación semejante.

Su agente se había acercado mucho a ser amigo suyo, en una o dos ocasiones. Pero el hombre era joven; podía no saber cuánto dependía de la fidelidad en un matrimonio de veinte años de duración; cínicamente, quizá le recomendaría correr un velo prudentemente y olvidar el daño ya hecho al alma de un hombre.

¿Su hermana, entonces? Una mujer vulgar, casada con un carpintero, que siempre había envidiado un poco a Tim. Se revolcaría de gusto. Era impensable, decidió Tim.

Su padre estaba muerto, su madre estaba senil. ¿Tan escaso andaba de amigos? ¿Qué había hecho con su vida que ahora no le quedaba nadie que le amase, en los buenos momentos y en los malos? Quizás ese tipo de compromiso tenía dos direcciones y él había tenido gran cuidado en no comprometerse con nadie a quien no pudiera abandonar en caso de convertirse en un riesgo.

No podía encontrar ninguna ayuda. Disponía únicamente de sus propios recursos. ¿Qué hacemos, pensó malhumoradamente, cuando perdemos las elecciones en una derrota arrolladora? Nos reagrupamos, planeamos el escenario para los años venideros en la oposición, comenzamos a podar desde la base y usamos nuestra ira y nuestra desilusión como combustible para la lucha. Buscó dentro de

Librodot

sí mismo valor, odio y amargura que le permitieran negarle la victoria a Tony Cox, y solamente encontró cobardía y despecho. Otras veces había perdido batallas y sufrido humillaciones, pero era un hombre y los hombres tenían fuerzas para seguir luchando, ¿no es cierto?

Su fuerza siempre se había originado en cierta imagen de sí mismo: un hombre civilizado, constante, digno de confianza, leal y audaz; capaz de ganar con orgullo y de perder con gracia. Tony Cox le había mostrado una imagen nueva: lo bastante ingenuo para dejarse seducir por una chica ligera de cascos; lo bastante débil para traicionar su confianza ante la primera amenaza de extorsión; y lo bastante arrastrarse por el suelo pidiendo misericordia.

Se restregó con fuerza los ojos, pero la imagen seguía invadiendo su mente. Permanecería con él durante el resto de su vida.

Pero su vida no tenía por qué ser larga.

Finalmente se movió. Se sentó en el borde de la cama, y después se levantó. En la sábana había sangre, su sangre, un vergonzoso recuerdo. El sol se había elevado en el cielo y su luz brillante penetraba ahora por la ventana. Le hubiera gustado cerrarla, pero el esfuerzo era excesivo. Salió cojeando de la habitación, cruzó la salita y se dirigió a la cocina. La tetera y el bote del té estaban allí donde ella los había dejado, después de preparar la infusión. Había esparcido descuidadamente algunas hojas de té por la superficie de formica y no se había molestado en volver a poner la botella de leche dentro del pequeño frigorífico.

El botiquín de primeros auxilios estaba en un armario alto, cerrado con llave, donde los niños no pudieran alcanzar. Tim arrastró un taburete por el suelo de mosaico Marley y se subió en él. La llave estaba encima del armarito. Abrió la puerta y sacó un pequeño bote de metal con una fotografía de la catedral de Durham en la tapa.

Bajó del taburete y dejó el bote. Dentro encontró vendas, un rollo de vendaje, tijeras, crema antiséptica, agua medicinal para cólicos infantiles, un tubo equivocado de «Ambré Solaire» y un gran frasco lleno de píldoras para dormir. Sacó las píldoras y volvió a tapar el frasco. Buscó después un vaso en otro armario.

Se esforzó en no hacer cosas: en no guardar la leche, en no limpiar las hojas de té dispersas, en no meter en el botiquín la lata de primeros auxilios, en no cerrar la puerta del armario de la vajilla. No había necesidad alguna, se repetía constantemente.

Llevó el vaso y las píldoras a la sala de estar y los colocó encima del escritorio. No había nada más en la mesa excepto un teléfono: siempre la dejaba limpia al terminar el trabajo.

Abrió el armario de debajo del aparato de la televisión. Ahí estaba la bebida que había planeado ofrecerle a la chica. Había whisky, gin, jerez seco, un buen brandy y una botella intacta de eau de vie de ciruelas, que alguien le había traído de Dordoña. Tim escogió a ginebra, aunque no le gustaba.

Puso un poco en el vaso que tenía sobre el escritorio, y después se

Librodot

sentó en la butaca de alto respaldo.

No tenía voluntad para esperar, quizá durante años, la venganza que le devolviera su autoestima. Sin embargo, en esos momentos no podía perjudicar a Cox sin perjudicarse él mismo mucho más. Denunciar a Cox significaba denunciar a Tim.

Pero los muertos no sentían dolor alguno.

Podía destruir a Cox y morir.

En las presentes circunstancias parecía la única salida.

10

A Derek Hamilton le recibió en la Estación de Waterloo otro chófer, esta vez con un «Jaguar». El «Rolls-Royce» presidencial había desaparecido en el camino de la economía; por desgracia, los sindicatos no habían apreciado ese gesto. El chófer se llevó la mano a la gorra y mantuvo la puerta abierta, y Hamilton entró sin pronunciar palabra.

Mientras el coche se alejaba tomó una decisión. No iría directamente a la oficina. Ordenó:

-Llévame a la oficina de Nathaniel Fott... ¿Sabes dónde es?

-Sí, señor -respondió el chófer.

Cruzaron el puente de Waterloo y giraron hacia el Aldwych, camino de la City. Hamilton y Fett habían ido a la Westminster School. Nathaniel Fett senior había averiguado que su hijo no sufriría allí por el hecho de ser judío, y Lord Hamilton había creído que la escuela no haría de su hijo un medio idiota de la clase alta, frase exacta del Lord.

Los dos muchachos procedían de ambientes parecidos. Ambos tenían padres ricos y dinámicos y hermosas madres; ambos procedían de hogares intelectuales donde los políticos iban a comer; ambos habían crecido rodeados de buenas pinturas y un sinfín de libros. Sin embargo, a medida que la amistad crecía y los dos jóvenes iban a Oxford -Fett a Baliol y Hamilton a Magdalen-, la casa Hamilton había perdido por comparación. Derek por creer que la intelectualidad de su padre era superficial. El viejo Fett discutía con tolerancia sobre pintura abstracta, comunismo y jazz be-bop, y después los descuartizaba con una minuciosidad quirúrgica. Lord Hamilton tenía las mismas opiniones conservadoras, pero las expresaba en los atronadores clichés de un discurso en la Cámara de los Lores.

Derek sonrió para sí en la parte trasera del vehículo. Había sido demasiado duro con su padre; quizá los hijos son siempre así. Pocos hombres habían sabido más sobre las escaramuzas políticas; la inteligencia del viejo le había conferido un auténtico poder, mientras que el padre de Nathaniel había sido demasiado sensato para influir realmente en los asuntos de Estado.

Nathaniel había heredado esa prudencia y había hecho de ella una

carrera. La firma de agentes de Bolsa propiedad de seis generaciones de primogénitos que llevaban el nombre de Nathaniel Fett se había convertido, al recibirla la séptima, en un Banco mercantil. La gente solía acudir en busca del consejo de Nathaniel, ya en la escuela. Ahora Nathaniel aconsejaba sobre fusiones, emisiones de valores y absorciones de compañías.

El coche se detuvo.

-Espérame, por favor -dijo Hamilton.

Las oficinas de Nathaniel Fett no eran impresionantes; la firma no tenía que demostrar su riqueza. Había una pequeña placa con el nombre en la parte exterior de la puerta de la calle, contigua al Banco de Inglaterra. La entrada estaba flanqueada por una tiendecita de bocadillos en un lado y un estanco en el otro. El observador casual hubiera pensado que se trataba de una compañía pequeña, poco próspera, de seguros o fletes; pero no hubiera sabido hasta dónde llegaba el espacio ocupado a ambos lados por la empresa.

El interior era confortable más que opulento, con aire acondicionado, iluminación indirecta y alfombras que habían envejecido sin gran deterioro y que llegaban casi hasta las paredes. El mismo observador casual hubiera podido creer que los cuadros que colgaban de las paredes eran caros. Hubiera podido tener razón y estar también equivocado: eran caros pero no colgaban de las paredes. Estaban encajados entre ladrillos detrás de un cristal blindado y sobre el papel de la pared únicamente estaban colgados los marcos falsos.

Hamilton fue llevado directamente al despacho de Fett en la planta baja. Nathaniel estaba sentado en su sillón y leía el Financial Times. Se levantó para estrecharle las manos.

-Nunca te había visto sentado a esa mesa -le dijo Hamilton-. ¿Es para decorar?

-Siéntate, Derek. ¿Té, café, jerez?

-Un vaso de leche, por favor.

-¿Quieres hacer el favor, Valerie? -Fett hizo un gesto a su secretaria y ella salió-. El escritorio, no... nunca lo uso. Todo lo que escribo es al dictado. Nada de lo que leo es demasiado pesado para no sostenerlo con las manos. ¿Por qué habría de sentarme al escritorio como un escribiente de Dickens?

-De modo que sirve como decoración.

-Ha estado ahí mucho más tiempo que yo. Es demasiado grande para hacerlo pasar por la puerta y demasiado valioso para hacerlo astillas. Yo creo que construyeron esto alrededor de esa mesa.

Hamilton sonrió. Valerie entró con la leche y volvió a salir. Hamilton bebía a pequeños sorbos y observaba entretanto a su amigo. Fett y su despacho se complementaban: ambos eran pequeños pero no enanos, severos pero no melancólicos, relajados sin llegar a la frivolidad. El hombre usaba gafas de gruesa armadura y brillantina en el pelo. Llevaba una corbata del club, un signo de aceptación social: era lo único que delataba que era judío, pensó Hamilton irónicamente.

Librodot

Dejó su vaso y dijo:

-¿Estabas leyendo algo sobre mí?

-Solamente por encima. Una reacción previsible. Diez años atrás unos resultados como esos de una compañía como Hamilton hubieran causado un oleaje, desde las acciones de audio hasta los precios del cinc. Hoy sólo es otra sociedad en apuros. Hay un término para definirlo: recesión.

Hamilton suspiró.

-¿Por qué lo hacemos, Nathaniel?

-Perdona, ¿qué has dicho? -Fett estaba desconcertado.

Hamilton se encogió de hombros.

-¿Por qué exigirnos un esfuerzo excesivo, perder horas de sueño, arriesgar fortunas?

-Y acabar con úlceras. -Fett sonrió, pero en su actitud se había introducido un cambio sutil. Detrás de las lentes de cristal de roca de sus gafas, sus ojos se estrecharon y se alisó el cabello hirsuto de la parte posterior de la cabeza haciendo un gesto que Hamilton reconoció como defensivo. Fett estaba retrocediendo a su papel de consejero cuidadoso, un consejero amistoso con un punto de vista objetivo. Pero su respuesta fue calculadamente indiferente-. Para hacer dinero. ¿Para qué si no?

Hamilton sacudió la cabeza. Antes de entrar en materia siempre tenía que insistir un par de veces con su amigo.

-Economía sexta forma -dijo irónicamente-. Hubiera conseguido más beneficios si hubiera vendido mi herencia y la hubiera invertido en Correos. La mayoría de la gente que posee un gran negocio podría vivir cómodamente durante el resto de su vida si hiciera eso. ¿Por qué conservamos nuestras fortunas e intentamos aumentarlas? ¿Es por avaricia, ansia de poder o aventura? ¿Es que todos somos jugadores por naturaleza?

-Supongo que Ellen te habrá estado diciendo eso mismo a ti -dijo Fett.

Hamilton se echó a reír.

-Tienes razón, pero me entristece que me creas incapaz de reflexionar sobre todo eso por mí mismo.

-Oh, no dudo de tu sinceridad y convicción. Sólo que Ellen suele decir de cierta manera lo que tú estás pensando. Sea como fuere, no me repetirías estas cosas si no te hubieran tocado una fibra sensible. -Hizo una pausa-. Derek, anda con cuidado para no perder a Ellen.

Se miraron fijamente un momento y después los dos desviaron la vista. Siguió un silencio. Habían llegado hasta el límite de intimidad que les permitía su amistad.

Fett dijo por fin:

-Dentro de los próximos días es posible que recibamos una oferta descarada.

Hamilton quedó sorprendido.

-¿Por qué?

Librodot

-Alguien puede pensar que le será posible comprar a precio de ganga, mientras tú te sientes deprimido y asustado por los resultados actuales.

-¿Y qué me aconsejarías en ese caso? -preguntó Hamilton meditativo.

-Depende de la oferta. Pero probablemente yo te aconsejaría «Espera». Hoy deberíamos saber ya si has ganado el permiso para el campo de petróleo.

-Shield.

-Sí. Gana eso y tus acciones se fortalecerán.

-Todavía tenemos perspectivas pobres en cuanto a beneficios.

-Pero material ideal para un ave de rapiña.

-Es interesante -murmuró Hamilton-. Un jugador haría hoy la oferta, antes de la declaración del Ministerio. Un oportunista la haría mañana, si ganamos la licencia. Un inversor genuino esperaría hasta la próxima semana.

-Y un hombre prudente les diría que no a los tres.

Hamilton sonrió.

-El dinero no lo es todo, Nathaniel.

-¡Dios mío!

-¿Es una herejía?

-De ninguna manera. -Fett estaba divertido y los ojos le centelleaban detrás de las gafas-. Hace años que lo sé. Lo que me sorprende es que tú lo digas.

-También me sorprende a mí. -Hamilton hizo una pausa-. Cuestión de curiosidad: ¿crees que conseguiremos el permiso?

-No podría decirlo. -Repentinamente, el rostro del agente era otra vez impenetrable-. Depende de si el ministro cree que ha de concedérselo a una compañía próspera, como un premio, o a una empresa enferma, como un salvavidas.

-Vaya; no estoy entre ninguna de ellas, sospecho. Recuerda que solamente encabezamos el sindicato: el paquete total es lo que cuenta. La sección Hamilton, al control, proporciona contactos en la City y dirección experta. «Levantamos» el dinero más que suministrarlo de nuestro propio bolsillo. Otros del equipo ofrecen ingeniería experta, experiencia en petróleo, facilidades de mercado y así sucesivamente.

-De modo que tienes una buena posibilidad.

Hamilton volvió a sonreír.

-Sócrates.

-¿Por qué?

-Siempre hace que la gente responda a sus propias preguntas. -Hamilton levantó su pesado corpachón de la butaca-. Debo irme.

Fett le acompañó hasta la puerta.

-Derek, en cuanto a Ellen, espero que no te importe que lo haya mencionado...

-No. -Se estrecharon la mano-. Me importa tu opinión.

Fett asintió y abrió la puerta.

Librodot

-Hagas lo que hagas, no te asustes.

-Okey-dokey. -Al salir, Hamilton se dio cuenta de que no había usado esa expresión desde hacía treinta años.

11

Dos policías motorizados estacionaron sus máquinas a ambos lados de la entrada posterior al Banco. Uno de ellos sacó una tarjeta de identidad y la sostuvo contra la ventanilla de al lado de la puerta. El hombre de dentro leyó cuidadosamente la tarjeta y después cogió un teléfono rojo por el que habló.

Una furgoneta negra, sin marcas, fue a estacionarse entre las motocicletas y se detuvo con el morro hacia la puerta. Las ventanas laterales de su cabina tenían rejilla metálica en el interior y los dos hombres de dentro llevaban uniformes semejantes a los policiales con cascos de seguridad y visores transparentes. El cuerpo de la furgoneta no tenía ventanas a pesar del hecho de que dentro había un tercer hombre.

Dos motocicletas más de la Policía se acercaron por detrás a la furgoneta completando el convoy.

La puerta de acero que daba entrada al edificio se alzó suavemente, sin ruido, y la furgoneta entró. Se hallaba en un corto túnel, iluminado brillantemente con tubos fluorescentes. Su paso estaba bloqueado por otra puerta idéntica a la primera. La furgoneta se detuvo y la puerta de atrás se cerró. Los policías de las motocicletas permanecieron en la calle.

El conductor de la furgoneta bajó la ventanilla y habló a través de la rejilla metálica por un micrófono que había fuera, en un soporte.

-Buenos días -dijo alegremente.

En una pared del túnel había una gran ventana acristalada. Detrás de la ventana, que era a prueba de balas, un hombre de mirada avispada habló por otro micrófono. Sus palabras amplificadas resonaron en el limitado espacio.

-Palabra clave, por favor.

El conductor, que se llamaba Ron Biggins, dijo:

-0badiah. -El Controlador que hoy había preparado el recorrido era diácono de una iglesia baptista.

El hombre en mangas de camisa apretó un gran botón rojo que había en la pared blanca detrás de él, y la segunda puerta de acero se deslizó hacia arriba. Ron Biggins murmuró:

-Miserable cabrón... -E hizo avanzar la furgoneta. Nuevamente, la puerta de acero se cerró detrás de él.

Se hallaba ahora en una estancia sin ventanas en las entrañas del edificio. La mayor parte del suelo estaba ocupada por una placa giratoria. No había más en esa estancia. Ron se colocó cuidadosamente en las vías señaladas y desconectó el motor. La placa

giratoria dio una sacudida y la furgoneta se movió lentamente ciento ochenta grados y después se detuvo.

Las paredes posteriores estaban ahora frente al ascensor, en la pared del fondo. Mientras Ron observaba por el espejo retrovisor, se abrieron las puertas del ascensor y salió un hombre con gafas vestido con pantalones a rayas y chaqueta negra. Llevaba una llave que sostenía delante de él como si fuese una antorcha o un arma. Abrió con la llave las puertas posteriores de la furgoneta y entonces se abrieron también desde dentro. El tercer guardia salió.

Del ascensor salieron dos hombres más cargando entre los dos una formidable caja metálica del tamaño de una maleta. La metieron en la furgoneta y regresaron en busca de más.

Ron miró a su alrededor. La estancia estaba vacía, aparte de sus dos entradas, tres hileras paralelas de luces fluorescentes y un respiradero para el aire acondicionado. Era pequeña y no totalmente rectangular. Ron suponía que pocas personas de las que trabajaban en el Banco sabían que aquella estancia existía. El ascensor seguramente subía tan sólo hasta la caja fuerte, y la puerta de acero de la calle no tenía relación aparente con la entrada principal, a la vuelta de la esquina.

El guardián que se había quedado dentro, Stephen Younger, se acercó al lado izquierdo de la furgoneta y el acompañante del conductor, Max Fitch, bajó su ventanilla.

-Uno gordo, hoy -dijo Stephen.

-Para nosotros es lo mismo -dijo Ron amargamente. Miró hacia atrás por el espejo. Habían terminado de cargar. Stephen le dijo a Max:

-A ese tío le gustan las del Oeste.

-Ah, ¿sí? -Max estaba interesado. No había estado allí anteriormente y el empleado con los pantalones a rayas no le parecía un fan de John Wayne-. ¿Cómo lo sabes? -preguntó.

-Tu obsérvalo. Aquí viene.

El empleado llegó junto a la ventana de Ron y gritó:

-¡A... delante!

Max estalló en una risa que intentó disimular; Stephen dio la vuelta hacia la parte de atrás de la furgoneta, y entró. El empleado le encerró dentro.

Los tres empleados del Banco desaparecieron en el ascensor. Durante dos o tres minutos no sucedió nada; después la puerta de acero se levantó. Ron conectó el motor y entró en el túnel. Esperaron a que se cerrara la puerta interior y se abriera la exterior. Antes de alejarse, Max habló por el micrófono:

-Hasta pronto, sonrisas.

La furgoneta salió a la calle.

La escolta de motocicletas estaba a punto. Tomaron sus posiciones, dos delante y dos detrás, y el convoy emprendió el camino hacia el Este.

Librodot

En un cruce importante, al este de Londres, la furgoneta tomó la A11 Fue observada por un hombre corpulento que llevaba un abrigo gris con cuello de terciopelo, que inmediatamente se dirigió a una cabina telefónica.

-Adivina a quién acabo de ver -dijo Max Fitch.

-Ni idea.

-A Tony Cox.

La expresión de Ron era indiferente.

-¿Y quién es ése cuando está en casa?

-Fue boxeador. Era bueno. Le vi noquear a Kid Vittorio en Bethnal Green Baths, hará ahora unos diez años. Un muchacho formidable.

Max, realmente, quería haber sido detective, pero había fallado en el examen de inteligencia de la Policía y había entrado en seguridad. Leía muchas novelas de crímenes y por consiguiente trabajaba con la ilusión de que el arma más potente del departamento de investigación criminal era la deducción lógica. En casa hacía cosas como encontrar una colilla con manchas de carmín en el cenicero y anunciar solemnemente que tenía motivos para suponer que Mrs. Ashford, la vecina, había estado en casa.

Se agitó inquieto en su asiento.

-Esas cajas contienen billetes viejos, ¿no es verdad?

-Sí -respondió Ron.

-Así que debemos dirigirnos a la planta de destrucción de Essex -dijo Max orgullosamente-. ¿No es cierto, Ron? Ron miraba a los motoristas que iban delante de la camioneta y fruncía el ceño. Como miembro más veterano del equipo era el único a quien comunicaban el destino. Pero no estaba pensando en la ruta, ni en el trabajo, ni tan siquiera en Tony Cox, el ex boxeador. Estaba intentando imaginar por qué su hija mayor se había enamorado de un hippie.

12

La oficina de Felix Laski, situada en Poultry, no exhibía su nombre en ninguna parte. Era un viejo edificio, flanqueado por otros dos de diferente diseño. Si hubiera conseguido el permiso para derribarlo y construir un rascacielos, hubiera ganado millones. En vez de eso se alzaba como vivo ejemplo de la manera en que tenía bloqueada su fortuna. Pero confiaba que a largo plazo se anularían por simple presión las restricciones planificadoras; y él un hombre paciente en cuanto se refería a los negocios.

La mayor parte del edificio estaba subarrendada. La mayoría de los inquilinos eran bancos extranjeros menores que necesitaban de una dirección cerca de la calle Threadneedle, y sus nombres estaban claramente expuestos. La gente solía pensar que Laski tenía intereses en esos bancos y Laski mantenía ese error en todos los aspectos sin incurrir en una negativa directa. Además, él era el propietario de uno

de los Bancos.

El mobiliario del interior era adecuado pero barato; antiguas y sólidas máquinas de escribir, muebles de archivo deteriorados, escritorios de segunda mano y una alfombra raída que cubría un mínimo espacio del suelo. Como todos los hombres maduros y prósperos, a Laski le gustaba explicar su éxito con aforismos; uno de sus favoritos era: «Nunca gasto dinero; lo invierto.» Era más cierto que la mayoría de dichos de este tipo. Su propia casa, una pequeña mansión en Kent, había estado subiendo de valor desde que la compró poco después de la guerra; sus comidas a menudo eran a cargo de la empresa y por motivos de negocio; e incluso las pinturas que poseía -guardadas en una caja fuerte, no colgadas de las paredes- habían sido compradas porque su especialista en arte le había dicho que se valora-rían. Para él, el dinero era como los billetes de Banco, que se jugaban en el Monopoly; lo quería, no por lo que podía comprar con él, sino porque lo necesitaba para seguir en el juego.

A pesar de todo, su estilo de vida era cómodo. Un maestro de la escuela primaria o la esposa de un obrero del campo hubieran creído que Felix Laski vivía con un lujo imperdonable.

La habitación que utilizaba como despacho era pequeña. Había una mesa escritorio con tres teléfonos, una butaca giratoria detrás, dos butacas más para los visitantes, y un largo sofá tapizado arrimado a la pared. El estante junto a la caja fuerte sostenía montones de pesadas obras sobre impuestos y la ley empresarial. Era una habitación sin personalidad; no había fotografía de personas queridas sobre la mesa, ni cuadros en las paredes, recipiente ridículo de plástico regalado por un nieto bien intencionado, cenicero procedente de Clovelly o robado al «Hilton».

La secretaria de Laski era una muchacha eficiente, regordeta, que llevaba faldas demasiado cortas. Laski comentaba frecuentemente:

«Cuando estaban repartiendo el atractivo sexual, Carol estaba en alguna otra parte consiguiendo una ración extra de cerebro.» Era un buen chiste, un chiste inglés, de esos que los directores suelen contarse en la cantina de los ejecutivos. Carol había llegado a las nueve y veinticinco y encontró la bandeja de «salidas» de su patrón llena de trabajo que no había estado allí la noche anterior. A Laski le gustaba hacer cosas parecidas: causaba impresión en el personal y ayudaba a contrarrestar la envidia. Carol no había tocado los papeles hasta haberle preparado un café. También eso le gustaba a Laski.

Estaba sentado en el sofá, escondido detrás del Times, con el café cerca de él, en el brazo de la butaca, cuando entró Ellen Hamilton.

Ellen cerró la puerta silenciosamente y cruzó de puntillas la alfombra, de modo que Laski no la vio hasta que ella empujó el periódico hacia abajo y le miró por encima del papel. El repentino crujido le sobresaltó.

-¡Mr. Laski! -dijo ella.

-¡Mrs. Hamilton! -dijo él.

Librodot

Ella se levantó la falda hasta la cintura y dijo:

-Dame un beso de buenos días.

Debajo de la falda llevaba medias al viejo estilo, sin bragas. Laski se inclinó y frotó con su cara el vello púbico, áspero y oloroso. El corazón le latió un poco más aprisa y se sintió deliciosamente pícaro, como se había sentido la primera vez que besó la vulva de una mujer.

Volvió a sentarse y alzó la mirada hacia Ellen.

-Lo que me gusta de ti es tu manera de hacer que el sexo parezca impuro -dijo. Dobló el periódico y lo dejó caer al suelo.

Ellen se bajó la falda y dijo:

-Es que algunas veces me siento cachonda.

Laski sonrió comprensivamente, y dejó que su mirada le recorriera el cuerpo. Ellen tenía casi cincuenta años, y era muy delgada, con pequeños pechos puntiagudos. Su complexión madura estaba disimulada por un bronceado profundo que ella nutría todo el invierno bajo una lámpara ultravioleta. Su cabello era negro, liso y estaba cortado; y los cabellos grises que de vez en cuando aparecían eran eliminados rápidamente en un lujoso salón de belleza de Knightsbridge. Llevaba un conjunto color crema muy elegante, muy caro y muy inglés. Laski pasó su mano subiendo por el interior del muslo de Ellen, por debajo de la falda de impecable corte. Con íntima insolencia hurgó con los dedos entre las nalgas de ella. Se preguntó si alguien creería que la solemne esposa del honorable Derek Hamilton andaba por ahí sin bragas para que Felix Laski pudiera sobarle el trasero cada vez que a él le apeteciera.

Ella se retorcía con deleite, y después se alejó ligeramente y se sentó al lado de él, en el sofá donde durante los últimos meses había complacido las fantasías sexuales más caprichosas de Felix Laski.

La intención de él había sido la de convertir a Mrs. Hamilton en un personaje menor dentro de su gran escenario, pero ella había resultado ser una prima muy agradable.

La había conocido en una fiesta. Los anfitriones eran amigos de los Hamilton, no amigos de Felix; pero consiguió una invitación fingiendo estar interesado en la compañía del anfitrión, una empresa de ingeniería. Ocurrió en julio, en un día muy caluroso. Las mujeres llevaban vestidos veraniegos y los hombres chaquetas de algodón; Laski llevaba un traje blanco. Con su figura alta y distinguida y su ligero aspecto de extranjero, causaba impresión, y él lo sabía.

Había croquet para los invitados maduros, tenis para los jóvenes y una piscina para los niños. Los anfitriones ofrecían champán inacabable y fresas con nata. Laski realizó su trabajillo con el anfitrión -hasta su afectación era minuciosa- y sabía que aquél difícilmente podía estar de acuerdo. Sin embargo, le habían invitado, de mala gana, solamente porque él lo había solicitado más o menos. ¿Por qué una pareja que tenía dificultades monetarias ofrecía una fiesta sin objeto para personas que no necesitaba? La sociedad inglesa le desconcertaba. Sí, conocía sus normas y comprendía su lógica; pero

Librodot

nunca sabría por qué la gente seguía el juego.

La psicología de las mujeres de mediana edad era algo que comprendía mucho más profundamente. Cogió la mano de Ellen Hamilton insinuando una inclinación cortés y vio una chispa en los ojos de ella. Aquello, y el hecho de que su marido fuese ordinario, mientras ella seguía siendo hermosa, fue suficiente para indicarle que ella respondería a un coqueteo. Una mujer como ella seguro que pasaba mucho tiempo pensando si todavía podía excitar el deseo en un hombre. También era posible que pensara si alguna vez volvería a conocer el placer sexual.

Laski se lanzó a desempeñar el papel del conquistador europeo como un viejo galán empalagoso. Le fue a buscar una silla, llamaba a los camareros para que le llenaran la copa, y la tocaba discreta pero frecuentemente; su mano, su brazo, sus hombros, su cadera. Presentía que no había motivo par la sutileza; si ella deseaba ser seducida, él podía enviar el mensaje de su disponibilidad con toda la claridad posible; y si ella no deseaba ser seducida, nada de lo que él hiciera la haría cambiar de opinión.

Cuando ella hubo terminado las fresas -él no comió ninguna: rehusar manjares sabrosos demostraba tener clase-, comenzó a guiarla alejándola de la casa. Fueron de un grupo a otro, deteniéndose allí donde la conversación les interesaba y dejando atrás rápidamente las murmuraciones de sociedad. Ella le presentó a algunas personas, y él pudo presentarla a dos agentes de Bolsa que conocía ligeramente. Contemplaron a los niños jugueteando en el agua y Laski le susurró al oído:

-¿Ha traído usted su biquini? -Ella soltó una risita. Se sentaron a la sombra de un gran roble y contemplaron a los jugadores de tenis que eran aburridamente profesionales. Recorrieron un sendero de grava que serpenteaba por un pequeño bosquecillo; y cuando nadie les veía, él le tomó la cara y la besó. Ella abrió los labios para él e introdujo sus manos debajo de la chaqueta para acariciarle, clavándole los dedos en el pecho con una fuerza que sorprendió a Laski; después Ellen se separó y miró furtivamente a ambos lados del sendero.

Felix le dijo entonces al instante:

-¿Cenarás conmigo? ¿Pronto?

-Pronto -respondió ella.

Después regresaron a la fiesta y se separaron. Ella se marchó sin despedirse de él. Al día siguiente él reservó una suite en un hotel en Park Lane y allí le ofreció una cena y champán y después la llevó a la cama. Fue en el dormitorio donde Laski descubrió lo equivocado que había estado acerca de ella. Esperaba que estuviera ansiosa. Y que quedara fácilmente satisfecha. Pero se encontró con que las preferencias sexuales de ella eran por lo menos tan singulares como las de él. Durante las semanas siguientes hicieron todas las cosas que dos personas pueden hacerse y, cuando las ideas se les terminaron, Laski hizo una llamada telefónica y llegó otra mujer para descubrirles

Librodot

toda una nueva serie de permutaciones. Ellen lo hacía todo con la minuciosidad encantada de un niño en una feria donde de repente todas las atracciones son gratuitas.

Laski la miraba, sentada a su lado en el sofá de su oficina, mientras recordaba; y se sintió invadido por un sentimiento que pensó que la gente probablemente llamaría amor.

-¿Qué es lo que te gusta de mí? -le preguntó. -¡Vaya una pregunta egocéntrica!

-Yo te he dicho lo que me gusta de ti. Vamos, satisface mi ego. ¿Qué es?

Ella bajó la vista al regazo de él.

-Te doy tres oportunidades.

Laski se echó a reír.

-¿Quieres tomar café?

-No, gracias. Voy a ir de compras. Solamente he entrado para un rápido manoseo.

-Eres una vieja maleta desvergonzada.

-Qué expresión tan rara.

-¿Cómo está Derek?

-Es otra cosa rara que me lo preguntes. Está deprimido. ¿Por qué te interesa?

Laski se encogió de hombros.

-Ese hombre me interesa. ¿Cómo ha podido poseer un premio -como Ellen Hamilton y permitir que se le escapase entre los dedos?

Ella desvió la mirada.

-Habla de otra cosa.

-De acuerdo. ¿Eres feliz?

Ella sonrió de nuevo.

-Sí. Sólo espero que dure.

-¿Y por qué no habría de durar? -dijo él ligeramente.

-No lo sé. Te he conocido y estoy jodiendo como... como...

-Como una coneja.

-¿Qué?

-Joder como una coneja. Ésta es la adecuada expresión inglesa.

Ella abrió la boca y después se echó a reír.

-Viejo tonto... Te quiero cuando eres tan prusiano y tan correcto. Sé que lo haces solamente para divertirme.

-Muy bien, así es: nos conocimos y jodemos como conejos y tú no crees que esto pueda durar.

-No puedes negarme que todo este asunto tiene cierto aire transitorio.

-¿Te gustaría que fuese de otra manera? -preguntó él cuidadosamente.

-No lo sé.

Era la única respuesta que ella podía darle. Laski se daba cuenta.

-¿Te gustaría a ti? -preguntó ella.

Laski escogió con cuidado su respuesta:

-Ésta es la primera vez que he tenido ocasión de reflexionar sobre la permanencia o la fugacidad de nuestra relación.

-Deja de hablar como el Informe Anual del Presidente.

-Sólo si tú dejas de hablar como la heroína de una novelita romántica. Y hablando de los Informes del Presidente, supongo que por eso se sentirá deprimido Derek.

-Sí. Él supone que es su úlcera lo que le hace sentirse mal, pero yo sé que es otra cosa.

¿Crees que vendería la empresa?

-Me gustaría que lo hiciera.

-Miró fijamente a Laski-. ¿La comprarías tú?

-Puede ser.

Ella se quedó mirándole un largo momento. Laski sabía que ella estaba valorando lo que él había dicho, sopesando posibilidades, considerando sus motivos. Era una mujer inteligente.

Ellen decidió dejarlo correr.

-Debo irme -dijo-. Quiero estar en casa a la hora del almuerzo.

Se levantaron. Laski la besó en la boca y pasó las manos por el cuerpo de ella, con una familiaridad sensual. Ella le puso un dedo en la boca, y él lo chupó.

-Adiós -dijo ella.

-Te llamaré -le dijo Laski.

Cuando ella se hubo marchado, Laski se dirigió al estante y se quedó mirando fijamente, sin verlo, el lomo de The Directory of Directors. Ella había dicho sólo espero que dure, y él necesitaba pensar en ello. Ellen tenía un modo de decir las cosas que le hacía pensar. Ellen era una mujer sutil. ¿Qué querría ella entonces... matrimonio? Le había dicho que no sabía lo que quería y, aunque difícilmente hubiera podido decirle otra cosa, Laski tenía el presentimiento de que Ellen era sincera. De modo que, ¿qué es lo que yo quiero?, pensó. ¿Quiero casarme con ella?

Se sentó a su escritorio. Tenía mucho que hacer. Presionó el interfono y le dijo a Carol.

-Llama por teléfono al Departamento de Energía en mi nombre y descubre exactamente cuándo..., quiero decir a qué hora, piensan anunciar el nombre de la empresa que ha ganado el permiso para el campo petrolífero Shield.

-Muy bien -dijo ella.

-Después llama a «Fett y Compañía». Quiero hablar con Nathaniel Fett, el patrón.

-Bien.

Apretó el interruptor hacia arriba. Y pensó nuevamente: ¿quiero casarme con Ellen Hamilton?

Repentinamente supo la respuesta y quedó atónito.

DIEZ DE LA MAÑANA

13

El editor del Evening Post se hacía la ilusión de pertenecer a la clase dominante. Hijo de un empleado de ferrocarriles, había ascendido en la escala social muy rápidamente, en veinte años desde que acabó los estudios. Cuando necesitaba seguridad, se recordaba que era director de «Evening Post Ltd.» y un forjador de opiniones, y que sus ingresos le colocaban entre el grupo más alto del nueve por ciento de los cabezas de familia. No se le había ocurrido pensar que nunca se habría convertido en un forjador de opiniones a no ser que sus propias opiniones coincidieran exactamente con las del propietario del periódico; ni que su puesto de editor estaba a merced del propietario; ni que la clase dominante se definía más por su riqueza que por sus ingresos. Y no tenía ni idea de que su traje de confección, de Cardin, su acento afectado y tembloroso y su hogar de ejecutivo con cuatro habitaciones en Chislehurst le señalaba claramente, ante los envidiosos ojos de cínicos como Arthur Cole, como un pobre chico llegado a más: con mucha más evidencia que si hubiera llevado una gorra de paño y clips de ciclistas en los pantalones.

Cole llegó a la oficina del editor a las diez en punto, la corbata derecha, los pensamientos en orden y la lista mecanografiada. Al instante se dio cuenta de que aquello era un error. Hubiera debido irrumpir con dos minutos de retraso, en mangas de camisa para dar la impresión de que se había arrancado de su importante asiento en el centro de energía del periódico con el propósito de dar a conocer a miembros menos esenciales del personal un breve y rápido resumen de lo que ocurría en los departamentos realmente vitales. Pero siempre se le ocurrían esas cosas demasiado tarde: no servía para llevar una buena política en la oficina. Sería interesante observar cómo hacían su entrada los otros ejecutivos para asistir a la conferencia de la mañana.

La oficina del editor era elegante, moderna. Su escritorio era blanco y las butacas procedían de «Habitat». Las persianas venecianas verticales protegían la alfombra azul de la luz del sol y la librería de aluminio y melamina tenía puertas de cristal ahumado. En una mesita auxiliar había ejemplares de los periódicos de la mañana y una pila de las ediciones del Evening Post del día anterior.

El editor estaba sentado detrás del escritorio blanco, fumando un cigarro delgado y leyendo el Mirror. Al verle, Cole sintió el deseo de fumar un cigarrillo. Como sustituto, puso en su boca una pastilla de menta.

Los otros entraron en grupo: el jefe de ilustración, con la camisa ajustada y el cabello largo hasta los hombros, que muchas mujeres envidiarían; el cronista deportivo, con una chaqueta de tweed y camisa lila; el columnista, con su pipa y su ligera mueca permanente, y el encargado de circulación, un hombre joven, vestido

impecablemente con un traje gris, que había comenzado vendiendo enciclopedias y se había encumbrado a este alto puesto sólo en cinco años. La dramática entrada en el último momento la hizo el coordinador, que preparaba el diseño, un hombre bajo, con el cabello muy corto, que usaba tirantes. Llevaba un lápiz detrás de la oreja.

Cuando todos estuvieron sentados, el editor arrojó el Mirror encima de la mesa auxiliar y acercó más su butaca al escritorio.

-¿No hay primera edición todavía? -preguntó.

-No. -El coordinador miró su reloj-. Hemos perdido ocho minutos por interrupción de la red.

El editor pasó la mirada al encargado de circulación. -¿En qué os afecta?

El hombre estaba mirando también, su reloj.

-Si solamente son ocho minutos, y si se puede compensar en la próxima edición, podemos soportarlo.

-Parece que cada día tengamos que pasar por una puñetera interrupción -dijo el editor.

-Es a causa de, este periódico decadente que publicamos -dijo el coordinador.

-Bueno, tendremos que soportarlo hasta que empecemos otra vez a sacarle beneficios. -El editor cogió la lista anotada de noticias que Cole había dejado sobre su escritorio-. Aquí no hay nada para darle un buen empujón a la venta, Arthur.

-Ha sido una mañana tranquila. Con suerte, a mediodía tendremos una crisis de gabinete.

-Han perdido interés por este condenado gobierno. -El editor siguió leyendo la lista-. Me gusta esta noticia del Stradivarius.

Cole revisó la lista de arriba abajo, refiriéndose breve-mente a cada uno de los puntos. Cuando terminó, el editor le dijo:

-Nada espectacular entre todo esto. No me gusta desembocar todo el día en política. Se supone que hemos de cubrir todas las facetas de la vida londinense, según nuestra propia publicidad indica. ¿No podríamos convertir este Stradivarius en un violín de un millón de libras?

-Es una buena idea -dijo Cole-. Pero no creo que llegue a ese precio. De todos modos, podemos intentarlo.

-Si no funciona en esterlinas podemos intentarlo con el violín de un millón de dólares -dijo el coordinador-. O, mejor todavía, el fiddle de un millón de dólares. (Fiddle: término coloquial para designar un violín)

-Bien pensado -dijo el editor-. Busquemos en la biblioteca una fotografia de un fiddle parecido, y entrevistas con tres violinistas famosos sobre cómo se sentirían si perdieran su instrumento predilecto. -Hizo una pausa-. También quiero un buen artículo sobre el permiso del campo de petróleo. La gente está interesada por ese petróleo del mar del Norte; se supone que va a ser nuestra salvación económica.

Librodot

-El anuncio se hará a las doce y media -dijo Cole-. Entretanto ya tenemos preparado un borrador.

-Cuidado con lo que se dice. Nuestra propia compañía madre es uno de los aspirantes, por si no lo sabíais. Recordad que un pozo de petróleo no significa riqueza inmediata... Significa algunos años de grandes inversiones en primer lugar.

-Seguro -dijo Cole asintiendo.

El encargado de circulación se dirigió al coordinador.

-Preparemos unas fotos de la calle para esa historia del violín, y ese fuego en el East End...

La puerta se abrió ruidosamente y el encargado de circulación dejó de hablar. Todos alzaron la mirada y vieron a Kevin Hart de pie en la puerta, excitado y enrojecido. Cole gruñó interiormente.

-Siento interrumpir -dijo Hart-, pero creo que ésta es la gorda del día.

-¿Qué es? -preguntó suavemente el editor.

-Acabo de recibir una llamada de Timothy Fitzpeterson, un funcionario del...

-Sé quién es -dijo el editor-. ¿Qué te ha dicho? -Declara que dos personas llamadas Laski y Cox le están haciendo chantaje. Parecía muy excitado. Ha... El editor le interrumpió nuevamente.

-¿Conoces su voz?

El joven periodista parecía confuso. Obviamente había esperado un pánico repentino y no un interrogatorio.

-Nunca había hablado anteriormente con Fitzpeterson -dijo.

Cole intervino:

-Esta mañana alguien me ha llamado para darme una fea información sobre ese hombre. Lo comprobé después con él, y la ha negado.

El editor hizo una mueca.

-Huele mal -dijo.

El coordinador asintió con la cabeza. Hart parecía alicaído.

-Muy bien, Kevin -dijo Cole-, ya lo discutiremos cuando salga.

Hart salió y cerró la puerta.

-Un tipo excitable -comentó el editor.

-No es estúpido -dijo Cole-, pero todavía ha de aprender mucho.

-Pues enséñale -dijo el editor-. Vamos a ver qué tenemos preparado para el hueco.

14

Ron Biggins estaba pensando en su hija. No era correcto en aquel momento: hubiera debido estar pensando en la camioneta que conducía, en su cargamento de varios centenares de miles de libras en billetes; papel moneda; sucios, rotos, doblados, con anotaciones, y dignos solamente para ser destinados a la planta de destrucción del

Banco de Inglaterra en Loughton, Essex. Pero quizá su distracción era perdonable: para un hombre es más importante su hija que los billetes de Banco: y cuando, además, es su única hija, la chica es una reina; y cuando, además, es hija única, no tiene hermanos, bueno, en ese caso la hija llena toda su vida.

Después de todo, pensaba Ron, uno ha pasado la vida educándola, con la esperanza de que cuando sea mayor de edad pueda confiarla a un tipo seguro, de confianza, que cuidará de ella como antes lo había hecho su padre. No a un borracho, sucio, de pelo largo, fumador de droga, un jodido vagabundo sin empleo...

¿Qué? -dijo Max Fitch.

Ron volvió repentinamente al presente.

-¿He dicho algo?

-Estabas murmurando -le dijo Max-. ¿Te preocupa algo?

-Puede que sí, hijo -dijo Ron. Puede ser que quiera matar a alguien, pensó, pero sabía que no lo decía en serio.

Aceleró ligeramente para mantener la distancia reglamentaria entre la camioneta y los motoristas. Sin embargo, ya casi había agarrado a ese joven cerdo por el pescuezo cuando él le había dicho:

«Yo y Judy hemos pensado que podríamos vivir juntos, ¿sabe?, algún tiempo, para ver cómo va la cosa.»

Lo dijo con tanta indiferencia como si se tratase de ir a una matinal. El tipo tenía veintidós años, cinco años más que Judy. Gracias a Dios, ella era todavía una menor, estaba obligada a obedecer a su padre. El amiguito -se llamaba Lou- estaba sentado en la salita, con aspecto nervioso, con una camisa indescriptible, unos vaqueros mugrientos sujetos con un cinturón de cuero muy adornado, como un instrumento de tortura medieval, y sandalias abiertas que dejaban ver sus asquerosos pies sucios. Cuando Ron le preguntó en qué se ganaba la vida, él respondió que era un poeta sin empleo, y Ron sospechó que el muchacho estaba tomándole el pelo.

Después de decir lo de vivir juntos, Ron le echó de casa. A partir de entonces no habían cesado las peleas. Al principio, le había dicho a Judy que no debía vivir con Lou porque tenía que reservarse para su marido; entonces ella se echó a reír en su cara y le dijo que ya se había acostado con Lou por lo menos una docena de veces cuando creían que pasaba la noche con una amiga en Finchley. Ron le dijo que suponía que ella iba a decirle que ya estaba en el grupo de las preñadas; y ella le respondió que no fuese tan estúpido, que desde que cumplió los dieciséis había estado tomando la píldora, cuando su madre la había llevado a una clínica de planificación familiar. En ese momento fue cuando Ron casi pegó a su esposa por primera vez después de veinte años de matrimonio.

Ron le pidió a un compañero policía que comprobase datos sobre Louis Thurley, de veintidós años, sin empleo, de Barracks Road, Harringey. La Oficina de Archivos Criminales había informado de dos arrestos: uno por posesión de resina de cannabis en el festival pop de

Librodot

Reading y otro por haber robado comida de «Tesco's» en Muswell Hill. Esa información hubiera debido terminar ahí. Convenció a la mujer de Ron, pero Judy dijo solamente que ella ya conocía esos dos incidentes. La marihuana no tenía por qué ser un delito, declaró, y en cuanto se refería al robo, Ron y sus amigos simplemente se habían sentado en el suelo del supermercado y comieron empanadas de cerdo que cogían del estante hasta que les arrestaron. Lo habían hecho porque creían que la comida tenía que ser libre, y porque tenían hambre y estaban sin dinero. Judy parecía considerar esa actitud totalmente razonable.

Incapaz de hacerla entrar en razón, Ron le había prohibido finalmente que saliera por las noches. Ella lo había tomado con calma. Haría lo que él le ordenaba, y dentro de cuatro meses, cuando cumpliera los dieciocho, se trasladaría al estudio de Lou con sus tres compañeros y la muchacha que todos compartían.

Ron estaba derrotado. El problema le había estado obsesionando durante ocho días y aún no había podido encontrar un medio para rescatar a su hija de una vida de miseria, ya que era eso lo que significaba, sin ninguna duda. Ron ya lo había presenciado anteriormente. Una jovencita se casa con el hombre equivocado. Ella va a trabajar mientras él se queda en casa siguiendo las carreras en la televisión. De vez en cuando el hombre comete algún pequeño delito para poder beber cerveza y fumar. Ella tiene algunos hijos, a él le meten en la cárcel y permanece allí algún tiempo y de pronto la pobre chica sin marido se encuentra intentando levantar una familia con la ayuda de la Beneficencia.

Ron daría su propia vida por Judy -ya le había dado sus dieciocho años de vida- y todo lo que ella quería era arrojar por la borda todo aquello que Ron valoraba y escupirle en la cara. Ron hubiera llorado si hubiera recordado cómo hacerlo.

No podía apartar ese asunto de la mente, de modo que todavía seguía preocupado con eso a las 10.16 horas de la mañana de ese día. Por tal motivo no se dio cuenta antes de la emboscada. Pero su falta de concentración no supuso gran diferencia para lo que sucedió en los pocos segundos siguientes.

Giró por debajo de un arco del ferrocarril y entró en una carretera larga y sinuosa que tenía el río a la izquierda y un cementerio de coches a la derecha. Era un día claro y mientras seguía la suave curva vio sin dificultad el gran camión de transporte con su gran pila de coches destrozados y arrugados que giraba dificultosamente dentro del cementerio de vehículos.

Al principio parecía que el camión no entorpecería el camino del convoy cuando éste llegase. Pero el conductor, obviamente, había calculado mal el tiempo de su llegada pues se adelantó y bloqueó completamente la carretera.

Los dos motoristas de delante frenaron y se detuvieron y Ron avanzó con la furgoneta hasta situarse detrás de ellos. Uno de los motoristas apoyó la motocicleta en el suelo y saltó a la plataforma de

la cabina para avisar al conductor. El motor del transporte funcionaba ruidosamente y de su tubo de escape salían pequeñas nubecillas de humo negro.

-Informa de una parada no programada -dijo Ron-. Cumplamos con la rutina como indica el manual.

Max cogió el micrófono de la radio.

-Móvil a Control Obadiah.

Ron observaba el camión. Llevaba un surtido extraño de vehículos. Había una vieja furgoneta verde con el letrero de una «Carnicería Familia Cooper» pintado en un costado; un «Ford Anglia» hundido y sin ruedas; dos «Volkswagen Escarabajo» uno encima del otro; y en el piso superior un gran «Ford» australiano de color blanco con un autocar y un «Triumph» con aspecto de nuevo. El conjunto parecía algo incoherente, especialmente los dos Escarabajo en un abrazo de óxido como una pareja de insectos copulando. Ron volvió a mirar la cabina; el motorista estaba haciendo señales al conductor para que saliera del paso del convoy.

Max seguía repitiendo:

-Móvil a Control Obadiah. Conteste, por favor.

Debemos estar muy bajos, pensó Ron, tan cerca del río. Quizá la recepción es mala. Miró nuevamente los vehículos cargados en el transporte y se dio cuenta de que no estaban atados. Aquello era peligroso, ciertamente. ¿Cuánto debía haber recorrido el transporte con su carga insegura de chatarra?

Repentinamente lo comprendió.

-¡Da la alarma! -gritó.

Algo golpeó el techo de la furgoneta con gran estruendo. El conductor del camión saltó de su cabina abalanzándose contra el motorista. Por encima del muro que rodeaba el solar saltaron algunos hombres con medias cubriéndoles el rostro. Ron miró por el espejo retrovisor y vio que los dos motoristas que seguían a la camioneta eran derribados de sus máquinas.

La furgoneta dio una sacudida, y después, incomprensiblemente, pareció que se alzaba en el aire. Ron miró a su derecha y vio el brazo de una grúa que, pasando por encima de la pared, llegaba hasta el techo de la furgoneta. Le arrebató el micrófono al confuso Max mientras uno de los enmascarados corría hacia la camioneta. El hombre lanzó algo, pequeño y negro como una pelota de críquet, contra el parabrisas.

El segundo siguiente pasó despacio, en una serie de cuadros, como una película vista en imágenes congeladas: un casco protector volando por el aire: una porra de madera golpeando la cabeza de alguien; Max agarrando la palanca de velocidades mientras la furgoneta se inclinaba; el propio pulgar de Ron pulsando el botón para hablar por el micrófono mientras decía «Obadiah, alarm... »; la pequeña bomba que se parecía a una pelota de criquet golpeando el parabrisas y explotando, enviando al aire una lluvia de fragmentos de cristal

Librodot

endurecido; y después el golpe físico cuando la onda del golpe llegó a ellos y la oscuridad silenciosa de la inconsciencia.

El sargento Wilkinson oyó la señal «Obadiah» lanzada desde la furgoneta que transportaba el dinero, pero no hizo caso. Había sido una mañana muy atareada, con tres atascos importantes en el tráfico, la caza a través de Londres de un conductor que huyó después de un atropello, dos accidentes graves, el incendio de un almacén, y una manifestación improvisada de un grupo de anarquistas en Downing Street. Cuando llegó la llamada estaba tomando una taza de café instantáneo y un panecillo con jamón que le había dado una joven de las Indias Occidentales y estaba diciendo:

-¿Qué opina tu marido de que vengas a trabajar sin sostén?

La chica, que tenía abundante pecho, dijo:

-No se ha dado cuenta. -Y soltó una risita maliciosa. El agente Jones, al otro lado de la consola, comentó: -Bien, Dave, ahí lo tienes, aprovecha la insinuación. -¿Qué vas a hacer esta noche? -dijo Wilkinson.

Ella rió nuevamente, sabiendo que él no hablaba en serio.

-Trabajar -respondió.

La radió decía:

-Móvil a Control Obadiah. Responda, por favor.

-¿Otro empleo? ¿Qué es? -decía Wilkinson.

-Soy go-go en un pub.

-¿Topless?

-Tendrás que venir si quieres saberlo; ¿lo harás? -dijo la chica, y siguió empujando su carrito.

La radio decía:

-Al... -y se oyó un ruido ahogado, como un estallido de estática o una explosión.

La sonrisa se desvaneció rápidamente del rostro juvenil de Wilkinson. Maniobró un interruptor y habló al micrófono:

-Control Obadiah, responda, Mobile.

No hubo respuesta. Wilkinson llamó a su supervisor imprimiendo una nota de urgencia en la voz.

-¡Jefe!

El inspector «Harry» Harrison se acercó a Wilkinson. Era un hombre alto y había estado pasando los dedos entre sus cabellos escasos. Por ello parecía más turbado de lo que estaba en realidad. Respondió:

-¿Todo bajo control, sargento?

-Creo que he recibido una señal de alarma de Obadiah, jefe.

-¿Qué quiere decir que crees? -dijo airado Harrison. Wilkinson no había llegado a sargento admitiendo sus errores.

-Mensaje distorsionado, señor -dijo.

Harrison cogió el micrófono.

-Control Obadiah a Mobile, ¿me oyes? Cambio. -Esperó, y repitió el mensaje.

No hubo respuesta. Le dijo entonces a Wilkinson:

-Un mensaje con distorsión y después se interrumpe. Hemos de considerarlo como un atraco. Es todo lo que necesito. -Tenía el aire de un hombre con quien el Destino no ha sido solamente injusto sino positivamente vengativo.

-No he conseguido localizarles -dijo Wilkinson.

Ambos se volvieron para estudiar el gigantesco mapa de Londres pegado a la pared.

-Tomaron la ruta del río -dijo Wilkinson-. La última vez que hubo control estaban en Aldgate. El tránsito es normal, de modo que deberían estar en algún lugar cerca de Dagenham.

-Fantástico -dijo sarcásticamente Harrison. Estuvo pensando un momento-. Lanza una alerta a todos los coches. Después manda tres patrullas desde East London para que investiguen. Avisa a Essex y asegúrate de que aquellos cerdos perezosos sepan la cantidad de jodido dinero que transporta esa furgoneta. Vamos, adelante.

Wilkinson empezó a hacer las llamadas. Harrison permaneció un momento detrás de él, sumido en sus pensamientos.

-Deberíamos recibir alguna llamada, no puede tardar... Alguien ha de haber visto lo que ha sucedido -murmuró. Reflexionó un poco más-. Aunque, si ese colega es lo bastante inteligente para cerrar la radio antes de que los chicos puedan llamarnos, también lo es para hacer el trabajo en algún lugar tranquilo. -Hubo una pausa más prolongada. Finalmente Harrison dijo-: Personalmente, no creo que tengamos ni la más puñetera posibilidad.

Todo iba como en un sueño, pensó Jacko. La furgoneta del dinero había sido alzada por encima de la pared y depositada dulcemente junto al equipo de cortar. Las cuatro motocicletas de la Policía habían sido cargadas en el camión de transporte, que a su vez había retrocedido y entrado nuevamente en el solar. Los motoristas yacían alineados ordenadamente, todos esposados de pies y manos, y las puertas del local estaban cerradas.

Dos de los muchachos que llevaban gafas protectoras sobre sus máscaras de media, hicieron un agujero del tamaño de un hombre en un costado de la furgoneta del dinero mientras otra furgoneta de color azul se acercaba retrocediendo. Cayó un gran rectángulo de acero y de dentro salió un policía uniformado con las manos sobre la cabeza. Jesse le puso las esposas y le obligó a tumbarse junto a los policías de la escolta.

Apartaron rápidamente el equipo para cortar y otros dos hombres se metieron dentro de la furgoneta del dinero y empezaron a sacar cajas y a colocarlas inmediatamente en la segunda furgoneta.

Jacko les echó una ojeada a los prisioneros. Todos habían sido golpeados, pero no gravemente. Todos estaban conscientes. Jacko estaba sudando debajo de su máscara, pero no se atrevía a quitársela.

Hubo un grito de aviso desde la cabina de la grúa, en donde uno de

los muchachos estaba vigilando. Jacko alzó la mirada. Al mismo tiempo oyó el sonido de una sirena.

Miró a su alrededor. ¡No podía ser! El plan era que dejarían inconscientes a los guardias antes de que tuvieran tiempo de pedir auxilio por la radio. Lanzó una maldición. Los hombres le miraban esperando instrucciones.

Habían colocado el camión de transporte detrás de una pila de neumáticos, de modo que las motocicletas blancas no estaban a la vista. Las dos furgonetas y la grúa no daban motivo para la sospecha. Jacko gritó:

-¡Todo el mundo a cubierto!

Entonces recordó a los prisioneros. No quedaba tiempo para arrastrarlos y esconderlos. Vio una lona. La echó por encima de los cinco cuerpos y después se ocultó apresuramente detrás de una jaula.

La sirena se aproximaba. El vehículo viajaba muy de prisa. Oyó el chirrido de los neumáticos cuando giró por debajo del arco del ferrocarril, y el chillido del motor cuando el coche rozó los 120 km/h en tercera antes de cambiar. El sonido aumentó, y de pronto disminuyó el tono alto de la sirena y el ruido se fue alejando. Jacko suspiró aliviado y entonces oyó una segunda sirena.

-¡No os levantéis! -aulló.

Pasó un segundo coche y oyó un tercero. Se produjo el mismo chirrido debajo del arco, el mismo estallido de la tercera marcha después de la esquina, pero esta vez el auto fue parando junto a la entrada.

Todo parecía muy tranquilo. El rostro de Jacko estaba insoportablemente caluroso debajo del nailon. Se sentía a punto de ahogarse. Oyó un ruido como el de unas botas de policía rascando contra la puerta. Uno de ellos debía estar encaramándose para echar una ojeada. De pronto Jacko recordó que había dos guardias más en la cabina de la furgoneta. Esperó, por Cristo, que no se les ocurriera volver atrás en ese momento.

¿Qué demonios hacía ese policía? Ni había saltado, ni había retrocedido. Si entraban para echar una buena ojeada, se descubriría el pastel. No, no te asustes, pensó, diez de los nuestros pueden con un coche lleno de polis. Pero pasaría el tiempo, y podían haber dejado a uno dentro del coche que podía llamar por radio y pedir refuerzos...

Jacko casi tenía, la sensación de todo aquel dinero escurriéndosele entre los dedos. Quería arriesgar una ojeada al otro lado de la jaula, pero se dijo que no serviría de nada: sabría cuándo se marchaban por el ruido del coche.

¿Qué demonios estaban haciendo?

Miró otra vez la furgoneta del dinero. Jesús, uno de los tipos se estaba moviendo. Jacko levantó su pistola. Se estaba preparando una pelea. Susurró:

-¡Mierda...!

Hubo un ruido desde la furgoneta, un grito ronco. Jacko se puso en

pie y dio la vuelta a la jaula con la pistola a punto. Allí no había nadie.

Entonces oyó que el vehículo emprendía la marcha con un chirrido de los neumáticos. Empezó a oírse la sirena, que se perdió en la distancia.

Willie el Sordo salió de detrás del capó oxidado de un taxi «Mercedes». Juntos se dirigieron hacia la furgoneta.

-Buena diversión, ¿no crees? -dijo Willie.

-Sí -respondió Jacko-. Mejor que estar viendo la jodida televisión.

Miraron dentro de la furgoneta. El conductor gemía pero no parecía muy malherido.

-Sal de ahí, abuelo -dijo Jacko a través de la ventanilla rota-. Se acabó el descanso para el té.

La voz tranquilizó a Ron Biggins. Hasta aquel momento se había sentido aturdido y lleno de pánico. Le parecía oír mal, le dolía la cabeza, y cuando alzó la mano hasta su cara tocó algo pegajoso.

Ver a un hombre con una media haciendo de máscara era extrañamente vigorizante. Todo se aclaraba. Un asalto extraordinariamente eficiente; de hecho, Ron estaba algo atónito ante una operación tan suave. Conocían la ruta, y el horario de la furgoneta. Empezó a sentirse enfadado. Sin duda alguna un porcentaje del botín encontraría su camino hacia la cuenta secreta bancaria de un policía corrompido. Como la mayoría de policías y empleados de seguridad, odiaba más a los polis sobornados que a los delincuentes.

El hombre que le había llamado abuelo abrió la puerta después de pasar la mano por el cristal roto de la ventanilla lateral para maniobrar el cierre interior. Ron salió. El movimiento le hizo daño.

El hombre era joven; Ron pudo distinguir el cabello largo debajo de la media. Llevaba pantalones vaqueros y una pistola. Empujó despreciativamente a Ron y dijo:

-Extiende las manos, bien juntitas, papaíto. Podrás ir al hospital dentro de un minuto.

El dolor pareció aumentar en la cabeza de Ron, paralelamente a su ira. Reprimió el impulso de darle un puntapié a alguna cosa, y procuró recordar las instrucciones para el comportamiento a seguir en caso de asalto: No os resistáis, colaborad con ellos, dadles el dinero. Estamos asegurados y vuestra propia vida es más valiosa para nosotros, no queráis ser héroes.

Empezó a jadear. En su mente aturdida confundió al joven que sostenía la pistola con el policía corrompido y con Lou Thurley, jadeando y gruñendo encima de la inocente y virginal Judy, en alguna asquerosa cama en un sucio apartamento; y de pronto se dio cuenta de que era ese hombre que había malogrado su vida, la vida de Ron, y que quizá lo que hacía falta era un héroe para recuperar el respeto de su única hija; y que los malvados como ese policía corrompido que llevaba la cara cubierta con una media y estaba en la cama con Judy

Librodot

sin dejar la pistola era el tipo de gente que siempre había malogrado las vidas de las personas buenas como Ron Biggins; de modo que avanzó dos pasos y le dio un puñetazo en la nariz al asombrado joven, y el hombre vaciló y apretó los dos gatillos de su pistola y disparó, no contra Ron, sino contra otro hombre enmascarado que tenía al lado, que gritó, escupiendo sangre, y cayó al suelo; y Ron miró, fijamente, horrorizado, la sangre hasta que el primer hombre le asestó un gran golpe en la cabeza con la culata metálica de su pistola y Ron volvió a quedar inconsciente.

Jacko se arrodilló junto a Willie el Sordo y arrancó los jirones de la media del rostro del hombre mayor que él. La cara de Willie estaba horriblemente destrozada y Jacko palideció. Jacko y otros como él solían herir a sus víctimas, y herirse entre sí, con instrumentos cortantes; por consiguiente, Jacko no había visto nunca heridas de bala. Y dado que el entrenamiento en primeros auxilios no estaba en el programa de entrenamiento de Tony Cox, Jacko no sabía qué hacer realmente. Pero era capaz de pensar con rapidez.

Alzó la mirada. Los otros estaban en pie a su alrededor. Jacko vociferó:

-¡Vamos, continuad, bastardos gandules! -Todos dieron un salto.

Se inclinó un poco más hacia Willie y le dijo: -¿Puedes oírme, compañero?

El rostro de Willie se torció, pero Willie no pudo decir nada.

Jesse se arrodilló al otro lado de Willie.

-Hemos de llevarle al hospital -dijo.

Jacko ya se le había adelantado:

-Necesito un coche rápido -dijo. Señaló un «Volvo» azul estacionado cerca-. ¿De quién es?

-Es del propietario del local -dijo Jesse.

-Perfecto. Ayúdame a meter a Willie ahí dentro.

Jacko le cogió por los hombros y Jesse por las piernas. Lo llevaron al coche mientras él gemía y lo colocaron en el asiento posterior. Las llaves estaban en el contacto.

Uno de los hombres dio una voz desde la camioneta del dinero.

-Todo listo, Jacko.

Jacko hubiera querido golpear al hombre por haber pronunciado su nombre, pero estaba preocupado.

-¿Sabes a dónde vas a ir? -le preguntó a Jesse.

-Sí, pero tú has de venir conmigo.

-Déjalo. Yo llevaré a Willie al hospital como sea y me encontraré contigo en la granja. Dile a Tony lo que ha pasado. Y, ahora, conduce despacio, cuidado con las luces, párate en los pasos cebra, conduce como si estuvieras haciendo un jodido examen de conductor, ¿entendido?

-Sí -respondió Jesse. Corrió hacia la furgoneta de huida, y probó las puertas posteriores. Arrancó el papel marrón de las matrículas -su propósito había sido impedir que los guardias pudieran ver el número;

Librodot

Tony Cox pensaba en todo-, y subió y se sentó al volante.

Jacko puso en marcha el «Volvo». Alguien abrió la puerta de entrada al solar. El resto de los hombres ya estaban entrando en sus propios vehículos y se quitaban los guantes y las máscaras. Jesse salió con la furgoneta y dobló hacia la derecha. Jacko le siguió al salir, y giró hacia el otro lado.

Mientras aceleraba calle abajo miró su reloj: las diez y veintisiete minutos. El asunto se había realizado en once minutos. Tony tenía razón: había dicho que todos estarían fuera y a salvo en el tiempo que necesitaba un coche patrulla para llegar de la Comisaría de la calle Vine a la Isla de los Perros. Había sido un espléndido trabajo, excepto por ese accidente con el pobre Willie el Sordo. Jacko confiaba que viviría para poder gastarse su parte.

Se acercaba al hospital. Había pensado de qué manera lo haría, pero era preciso que a Willie no le vieran. -¿Will? ¿Puedes echarte en el suelo? -dijo.

Pero no hubo respuesta. Jacko echó una mirada hacia atrás. Los ojos de Willie tenían un aspecto tan lastimoso que palabras como «abiertos» o «cerrados» no tenían significado. Pero el pobrecillo debía estar inconsciente. Jacko alargó la mano hacia atrás y tiró del cuerpo del asiento al suelo. Cayó produciendo un lastimoso ruido sordo.

Entró en el área del hospital y estacionó en el aparcamiento. Salió del auto y siguió los indicadores de Accidentes. Justo en la entrada encontró un teléfono público. Abrió el listín y buscó el número del hospital.

Marcó el número, echó una moneda en la ranura y pidió por Accidentes. Un teléfono en un escritorio cerca de donde él estaba sonó un par de veces, y la enfermera lo cogió.

-Un momento, por favor -dijo ella. Y dejó el auricular sobre la mesa. Era una mujer regordeta, cuarentona, que llevaba un uniforme almidonado y tenía aire preocupado.

Anotó algo en una libreta y después volvió a coger el teléfono.

-Accidentes, ¿en qué puedo ayudarle?

Jacko habló con suavidad, vigilando el rostro de la enfermera.

-Hay un hombre con heridas de bala en la parte de atrás de un «Volvo» azul que está estacionado en el aparcamiento del hospital.

La impecable enfermera palideció.

-¿Quiere usted decir aquí?

Jacko se enfadó.

-Sí, vieja vaca perezosa, en su propio hospital. ¡Y ahora levante el culo de la silla y vaya a buscarle! -Tuvo intención de colgar el teléfono de un buen golpe, pero se contuvo y apretó el soporte dulcemente; si él podía ver a la enfermera, también ella podía verle a él. Sostuvo el teléfono mudo en la oreja mientras ella dejaba el suyo, se ponía en pie, llamaba a una enfermera y salía hacia el aparcamiento.

Jacko se adentró más en el hospital y salió por otra puerta. Miró hacia el otro lado desde la entrada principal y vio que del

Librodot

aparcamiento se estaban llevando una camilla. Había hecho todo lo posible por Willie.

Ahora necesitaba otro vehículo.

15

A Felix Laski le gustaba la oficina de Nathaniel Fett. Era una habitación confortable, con un decorado simple, un buen lugar en el que hacer negocios. No tenía ninguno de los trucos que Laski utilizaba en su propia oficina para ganar ventaja, como un escritorio junto a la ventana situado de modo que su cara quedara en la sombra, o las sillas bajas, inseguras, para los visitantes, o las valiosas tazas de café de fina porcelana que los visitantes temían horroriza-dos dejar caer. En la oficina de Fett el ambiente era el de un club para presidentes de consejo de administración; sin duda era algo deliberado. Laski observó dos cosas mientras estrechaba la mano larga y estrecha de Fett: primero, que había un gran escritorio que parecía poco usado; y, segundo, que Fett llevaba una corbata de club. Era algo curioso para un judío, pensó; después, pensándolo mejor, decidió que no era nada extraño. Fett la usaba por la misma razón que Laski usaba un bonito traje a rayas de Saville Road: como una etiqueta que decía: yo también soy inglés. Así que Laski pensó; incluso después de seis generaciones de Fetts en el mundo bancario, Nathaniel todavía se sentía algo inseguro. Era una información que podía aprovechar.

-Siéntese, Laski -dijo Fett-. ¿Quiere usted café?

-Estoy tomando café todo el día. Es malo para el corazón. No, gracias.

-¿Algo de beber?

Laski negó con la cabeza. Rehusar la hospitalidad era una de sus argucias para poner en desventaja a su anfitrión.

-Conocí muy bien a su padre -dijo Laski- hasta que se retiró. Su muerte fue una gran pérdida. Suele decirse lo mismo de mucha gente, pero en este caso es verdad.

-Gracias. -Fett se acomodó en una butaca frente a Laski y cruzó las piernas. Sus ojos eran inescrutables detrás de sus gruesas gafas-. Hace diez años -añadió.

-¿Tanto tiempo ya? Era mucho más viejo que yo, naturalmente, pero sabía que yo, como sus antepasados, procedía de Varsovia.

Fett asintió con la cabeza.

-El primer Nathaniel Fett cruzó Europa con un saquito de oro y un asno.

-Yo hice el mismo viaje en una moto robada a los nazis y con una maleta llena de marcos alemanes sin valor.

-Sin embargo su encumbramiento fue mucho más meteórico.

Con esa expresión le ponía en su lugar, pensó Laski: Fett le estaba diciendo: Nosotros podemos ser judio-polacos oportunistas, pero no

somos ni la mitad de oportunistas que tú. En aquel juego, el agente de Bolsa era un contrincante digno de Laski; y con aquellos gruesos cristales de sus gafas no necesitaba tener la luz a su espalda. Laski sonrió:

-Es usted como su padre. Uno nunca podía adivinar lo que estaba pensando.

-Todavía no me ha dado usted nada en lo que pensar.

-Vaya. -De modo que la cháchara ha terminado, pensó Laski-. Siento que mi llamada telefónica fuese algo misterioso. Ha sido usted muy amable al recibirme tan de prisa.

-Usted ha dicho que tenía una proposición de siete cifras para uno de mis clientes; ¿cómo podía yo no recibirle en seguida? ¿Quiere usted un cigarro? -Fett se levantó y tomó una caja de una mesa lateral.

-Gracias -dijo Laski. Se entretuvo escogiendo; después, mientras alargaba la mano para coger un cigarro, dijo-: Quiero comprarle «Hamilton Holdings» a Derek Hamilton.

El momento estaba calculado perfectamente, pero Fett no mostró la menor sorpresa. Laski había esperado que dejase caer la caja. Pero, naturalmente, Fett sabía que Laski escogería aquel momento para dejar caer la bomba; había creado aquel momento a propósito.

Cerró la caja y ofreció fuego a Laski sin responderle. Se sentó nuevamente y cruzó las piernas.

-«Hamilton Holdings», por siete cifras.

-Exactamente un millón de libras. Cuando un hombre vende el trabajo de toda su vida, tiene derecho a una cifra bonita y redonda.

-Ah, ya veo la psicología de su oferta -dijo Fett ligeramente-. Esto no es enteramente inesperado.

-¿Qué?

-No quiero decir que le esperase a usted. Esperábamos a alguien. El momento está maduro.

-Mi oferta es sustancialmente superior al valor de las acciones al precio actual.

-El margen es casi exacto -dijo Fett.

Laski extendió sus manos, las palmas hacia arriba, en un gesto de súplica.

-No discutamos -dijo-. Es una buena oferta.

-Pero muy inferior a lo que valdrán las acciones si el sindicato de Derek consigue el pozo de petróleo.

-Lo cual me conduce a mi única condición. La oferta depende de que el trato se cierre esta mañana.

Fett miró su reloj.

-Casi son las once. ¿Cree usted que esto podría hacerse realmente en una hora, incluso suponiendo que Derek estuviera interesado...

Laski dio unos golpecitos en su cartera de mano.

-Tengo aquí redactados todos los documentos necesarios.

-Casi no tendríamos tiempo de leerlos...

-Tengo también una carta de compromiso con los encabezamientos

Librodot

de los acuerdos. Con eso me contentaré.

-Hubiera debido suponer que vendría usted preparado. -Fett estuvo pensando un momento-. Naturalmente, si Derek no obtiene el permiso del pozo de petróleo, las acciones probablemente bajarán un poco.

-Soy un jugador. -Laski sonrió.

Fett continuó:

-En cuyo caso, usted venderá las propiedades de la compañía y cerrará las sucursales que no dan beneficio.

-De ninguna manera -mintió Laski-. Yo creo que tal como está ahora habría beneficios con una nueva dirección.

-Probablemente tiene usted razón. En fin, es una buena oferta; una oferta que me veo obligado a presentar a mi cliente.

-No se haga el remolón. Piense en la comisión sobre un millón de libras. -Sí -respondió Fett fríamente-. Llamaré a Derek. -Cogió un teléfono de una mesa auxiliar y dijo-: Derek Hamilton, por favor. Laski chupaba su cigarro disimulando la ansiedad. -Derek, aquí Nathaniel. Tengo en mi oficina a Felix Laski. Ha hecho una oferta. -Siguió una pausa-. Sí, lo hicimos, ¿verdad? Un millón en cifras redondas. Deberías..., de acuerdo. Estaremos aquí. ¿Qué? Ah, entiendo. -Soltó una risita levemente avergonzada-. Diez minutos. -Dejó el teléfono-. Bien, Laski va a venir. Leamos esos documentos que usted ha traído mientras le esperamos. Laski no pudo resistirse a hacer el comentario: -De modo que está interesado. -Pudiera ser. -Dijo algo más, ¿no es cierto? Fett volvió a reír levemente, con cierto disimulo. -Supongo que no hay nada malo en decírselo a usted. Ha dicho que si le entrega a usted la compañía al mediodía, quiere tener el dinero en la mano a las doce.

ONCE DE LA MAÑANA

16

Kevin Hart encontró la dirección que le habían dado en la redacción y aparcó en zona amarilla. Su coche era un «Rover» con dos años de antigüedad y un motor V8, ya que era soltero y el Evening-Post pagaba salarios de Fleet Street, de modo que era mucho más rico que la mayoría de los jóvenes a los veintidós años. Él lo sabía y se complacía en ello; y no era lo bastante viejo para ocultar esa complacencia, motivo por el cual los hombres como Arthur Cole no simpatizaban con él.

Arthur había salido molesto de la conferencia con el editor. Ocupó su lugar en la mesa de redacción y repartió un montón de encargos del modo acostumbrado, y después llamó a Kevin y le dijo que se acercara y se sentara en su puesto en la mesa: señal evidente de que iba a recibir lo que los periodistas llamaban un rapapolvo.

Librodot

Arthur le había sorprendido al hablarle, no de la manera en que había interrumpido bruscamente la conferencia, sino de la noticia.

-¿Cómo era la voz? -le había preguntado.

-Hombre de mediana edad -respondió Kevin-, acento home counties. Escogía cuidadosamente las palabras. Quizá con demasiada meticulosidad; podía estar borracho o perturbado.

-Esa no es la voz que yo he oído esta mañana -murmuró Arthur-. La mía era más joven, y cockney. ¿Qué te ha dicho la tuya?

Kevin leyó sus notas taquigráficas.

-Soy Tim Fitzpeterson y dos tipos llamados Laski y Cox me están haciendo chantaje. Quiero que crucifiquéis a esos bastardos cuando yo me haya ido.

Arthur sacudió la cabeza con incredulidad.

-¿Eso es todo?

-Bueno, le pregunté por qué motivo le hacían chantaje y él respondió: «Dios mío, todos sois lo mismo», y me colgó el teléfono. -Kevin hizo una pausa esperando una reprimenda-. ¿He hecho una pregunta inadecuada?

Arthur se encogió de hombros.

-Lo ha sido, pero no sabría indicarte otra mejor. -Cogió el teléfono, marcó y después le dio el auricular a Kevin-. Pregúntale si nos ha llamado por teléfono durante la última media hora.

Kevin escuchó un momento, y después dejó el auricular.

-Comunica.

-Eso no nos ayuda -dijo Arthur, palpándose los bolsillos en busca de los cigarrillos.

-Estás dejando de fumar -dijo Kevin, reconociendo los síntomas.

-Así es. -Arthur empezó a morderse las uñas-. Sabes, a un político con lo peor que pueden amenazarle es con denunciarle a los periódicos. Por lo tanto, los chantajistas no nos llamarían para darnos la historia. Con eso desperdiciarían su mejor triunfo. Y por la misma razón, ya que los periódicos son precisamente aquello que teme la víctima, él no nos llamaría para contarnos que le están haciendo chantaje. -Con el aire del que ha llegado a una conclusión final, acabó-: Por eso creo que todo este asunto es un engaño.

Kevin se dio por despedido. Se levantó.

-Volveré a la historia del petróleo.

-No -dijo Arthur-. Hemos de comprobarlo. Es mejor que vayas a verle y llames a su puerta.

-Oh, Dios mío.

-Pero la próxima vez que te des cuenta de que interrumpes una reunión con el editor, siéntate y antes de hablar cuenta hasta cien.

Kevin no pudo reprimir una sonrisa: -Seguro.

Pero cuanto más pensaba en ello menos creía en la solidez de la historia. El hombre era un conservador de modesto nivel. Se había graduado en economía y se decía que era inteligente, pero no parecía ser lo suficientemente avispado o imaginativo como para

Librodot

proporcionarles materia prima a los chantajistas. Kevin recordó una fotografía de la familia Fitzpeterson, una mujer sin atractivo y tres chicas desgarbadas, en una playa española. El político llevaba un horrible par de pantalones cortos de color caqui.

A primera vista, el edificio frente al cual se hallaba Kevin parecía un improbable nido de amor. Era un bloque de casas gris sucio, en una calle de detrás de Westminster. Si no hubiera estado tan cerca del Parlamento ahora ya sería un tugurio. Al entrar Kevin vio que los propietarios habían mejorado aquel lugar con un ascensor y un portero en la entrada; sin duda alguna debían calificar esos pisos de «apartamentos con servicio de lujo».

Sería imposible, pensó, tener aquí a una esposa y tres hijos; o, por lo menos, un hombre como Fitzpeterson lo creería imposible. Por consiguiente, se deducía que ese piso era un pied-á-terre, así que Fitzpeterson podía celebrar allí orgías homosexuales o con drogas.

Deja de especular, se dijo; lo sabrás dentro de un minuto.

No había manera de escapar del portero de la entrada.

Su garita estaba encarada hacia el único ascensor que había al otro lado de un estrecho vestíbulo. Era un hombre cadavérico, con un rostro pálido, hundido, como si estuviera encadenado al mostrador y no se le permitiera jamás ver la luz del sol. Al acercarse Kevin, el hombre dejó un libro titulado Cómo ganar tu segundo millón y se quitó las gafas.

Kevin señaló el libro.

-Me gustaría saber cómo puedo ganar el primero.

-Nueve -dijo el portero con voz aburrida y paciente.

-¿Qué?

-Usted es la novena persona que me lo ha dicho.

-Oh, lo siento.

-Después usted me preguntará por qué lo leo y yo le diré que un residente me lo ha prestado, y usted dirá que le gustaría hacer amistad con ese residente. Y ahora que ya hemos aclarado todo eso, ¿qué desea usted?

Kevin sabía cómo había que tratar a esos tipos listos. Indulgencia, indulgencia, se dijo. Y en voz alta, añadió:

-¿En qué apartamento está Mr. Fitzpeterson?

-Le llamaré. -El portero cogió el teléfono interior

-Un momento. -Kevin sacó su cartera y escogió dos billetes-. Me gustaría darle una sorpresa. -Guiñó un ojo y dejó el dinero encima del mostrador.

El hombre cogió el dinero y dijo en voz alta: -Ciertamente, señor, ya que es usted su hermano. Cinco C.

-Gracias.

Kevin cruzó al otro lado hasta el ascensor y apretó el botón. El guiño conspiratorio había conseguido su objetivo más que el soborno, pensó. Entró en el ascensor, apretó el botón del quinto piso y después mantuvo las puertas abiertas. El portero estaba a punto de coger el

teléfono interior. Kevin le dijo:

-Una sorpresa, ¿recuerda usted? -El portero volvió a coger su libro sin replicar.

El ascensor crujió al subir. Kevin experimentaba una sensación física familiar de exaltación. Siempre le ocurría lo mismo justo antes de llamar a una puerta en busca de una historia. Esa sensación no era desagradable, pero estaba invariablemente mezclada con un matiz de preocupación, por si fracasaba.

El rellano del piso superior estaba embellecido con una pequeña y delgada alfombra simbólica de nylon y algunas acuarelas descoloridas, insulsas, pero inofensivas. Había cuatro puertas, cada una con su campanilla, su buzón de cartas y su mirilla. Kevin encontró el 5C, aspiró profundamente e hizo sonar el timbre.

No hubo respuesta. Al cabo de un rato volvió a llamar, y acercó la oreja a la puerta para escuchar. No pudo oír nada. Su tensión se desvaneció, dejándole algo deprimido.

Pensando lo que podía hacer, cruzó el rellano y se acercó a la pequeña ventana para mirar hacia afuera. Al otro lado del camino había una escuela. Un grupo de muchachas jugaban al voleibol en el patio. Desde donde estaba Kevin no podía distinguir si eran lo bastante crecidas para sentir deseo por ellas.

Volvió junto a la puerta de Fitzpeterson y pulsó el timbre. El ruido del ascensor que llegaba le asustó. Si era un vecino, quizá podría preguntarle...

Al ver al joven y alto policía que salía del ascensor, se asombró. Se sentía culpable. Pero, ante su sorpresa, el agente le saludó.

-Usted debe ser el hermano del caballero -dijo el policía.

Kevin pensó con rapidez.

-¿Quién se lo ha dicho? -dijo.

-El portero.

Kevin contraatacó con otra pregunta.

-¿Y por qué está usted aquí?

-Comprobando que esté bien. Esta mañana no ha comparecido a una reunión, y tiene el teléfono mal colgado. Deberían tener guardaespaldas, ¿sabe usted?, pero estos secretarios no los tienen. -Miró hacia la puerta-. ¿No hay respuesta?

-No.

-¿Hay algo que usted sepa que indique que pueda estar... en fin, enfermo? ¿Ha llamado?

-Bueno -dijo Kevin-, esta mañana me ha llamado y parecía preocupado. Por eso he venido. -Estaba jugando un peligroso juego, Kevin lo sabía; pero todavía no había mentido, y de todos modos ya era demasiado tarde para retroceder.

-Quizá deberíamos pedirle la llave al portero -dijo el policía.

Kevin no quería eso. Añadió:

-Estoy pensando si no deberíamos echar abajo la puerta. Dios mío, si él está ahí dentro, enfermo...

Librodot

El policía era joven y no tenía experiencia, y la perspectiva de echar abajo un puerta parecía seducirle. De modo que dijo:

-¿Cree usted que puede ser algo tan malo?

-¿Quién sabe? Sólo por no estropear una puerta... Los Fitzpeterson no son una familia pobre.

-No señor. -El agente no necesitó más argumentos. Apoyó el hombro en la puerta a modo de prueba-. Un buen empujón...

Kevin se puso junto a él, y los dos hombres empujaron la puerta de un golpe al mismo tiempo. Hicieron más ruido que impacto.

-En las películas no ocurre así -dijo Kevin. Y después se mordió la lengua: la observación era inadecuadamente frívola.

El policía no pareció notarlo.

-Una vez más -dijo.

Esta vez los dos pusieron todo su peso al hacerlo. Se partió la puerta y la mitad de la cerradura se soltó y cayó al suelo al abrirse.

Kevin dejó que el policía entrara primero. Mientras le seguía por el recibidor, el hombre decía:

-No huele a gas.

-Pisos con todo eléctrico -dijo Kevin, adivinando.

En el pequeño recibidor había tres puertas. La primera conducía a un reducido cuarto de baño, en donde Kevin vislumbró una hilera de cepillos para los dientes y un espejo de cuerpo entero. La segunda estaba abierta y mostraba una cocina que parecía haber sido registrada recientemente. Cruzaron la tercera puerta y vieron inmediatamente a Fitzpeterson.

Estaba sentado en una silla de alto respaldo, junto a su escritorio, con la cabeza entre los brazos, como si se hubiera quedado dormido mientras trabajaba. Pero no había nada sobre su escritorio, excepto el teléfono, un vaso y un frasco vacío. El frasco era pequeño, de cristal oscuro, con un tapón blanco y una etiqueta blanca con algo escrito a mano; era el tipo de frasquito utilizado por los farmacéuticos para las píldoras somníferas.

A pesar de ser tan joven, el policía actuó con sorprendente rapidez.

-¡Mr. Fitzpeterson, señor! -dijo en voz muy alta; y sin detenerse un momento cruzó la habitación y metió la mano por debajo de la bata para auscultar el corazón del hombre postrado. Kevin permaneció muy quieto un momento. Finalmente el policía dijo-: Todavía vive.

El joven policía pareció tomar el mando. Hizo una señal a Kevin indicándole a Fitzpeterson:

-¡Háblele! -dijo. Y seguidamente sacó una radio del bolsillo de su chaqueta y habló por el micrófono.

Kevin cogió al político por el hombro. El cuerpo parecía extrañamente muerto debajo de la bata.

-¡Despierte! ¡Despierte! -le dijo.

El policía acabó su mensaje y se reunió con él.

-La ambulancia estará aquí en cualquier momento -dijo-. Hagámosle caminar.

Le cogieron cada uno por un brazo e intentaron hacer caminar al hombre inconsciente. Kevin preguntó;

-¿Es esto lo que usted cree que hay que hacer?

-Espero que sea esto.

-Desearía haber estado más atento en mis clases de primeros auxilios.

-Yo también quisiera.

Kevin estaba ansioso por coger un teléfono. Ya veía el titular: YO LE SALVÉ LA VIDA AL SECRETARIO. No es que fuese un joven insensible, pero desde hacía mucho tiempo sabía que la historia que le haría famoso probablemente sería una tragedia para otra persona. Y ahora que había sucedido quería aprovecharlo antes de que se le escurriera entre los dedos. Deseó que la ambulancia se diese prisa.

Fitzpeterson no reaccionó al tratamiento del paseo. El policía dijo:

-Háblele. Cuéntele quién es usted.

Eso ya era acercarse a terreno peligroso. Kevin tragó saliva con fuerza y dijo:

-¡Tim, Tim! Soy yo.

-Dígale su nombre.

A Kevin le salvó la ambulancia. Gritó por encima del ruido de la sirena:

-Llevémosle al rellano.

Arrastraron el cuerpo inerte por la puerta hacia afuera. Mientras esperaban el ascensor, el policía volvió a poner la mano sobre el corazón de Fitzpeterson.

-Demonios, no puedo sentir nada -dijo.

Llegó el ascensor y salieron dos camilleros. El más viejo echó una mirada y dijo:

-¿Sobredosis?

-Sí -respondió el policía.

-Entonces nada de camillas, Bill. Tenle de pie. El policía le dijo entonces a Kevin:

-¿Quiere usted ir con él?

Era lo último que Kevin deseaba.

-Preferiría quedarme y llamar por teléfono -dijo.

Los enfermeros de la ambulancia estaban en el ascensor, sosteniendo a Fitzpeterson entre los dos.

-Nos vamos -dijo el de más edad, y apretó el botón. El policía sacó nuevamente la radio y Kevin volvió a entrar en el apartamento. El teléfono estaba sobre el escritorio, pero no quería que el policía le oyese. Quizás habría una extensión en el dormitorio.

Fue para allá. Había un «Trimphone» gris sobre un pequeño estante al lado de la cama. Marcó el número del Post.

-Copia, por favor... Aquí Kevin Han. El Secretario del Gobierno Tim Fitzpeterson ha sido trasladado hoy al hospital urgentemente después de haber intentado suicidarse, punto, párrafo.

»He descubierto el cuerpo comatoso del jefe supremo del Ministerio

de la Energía para el petróleo después de haberme llamado él por teléfono, coma, histéricamente, coma, para comunicarme que le estaban haciendo chantaje, punto, párrafo. El Secretario... -Kevin se interrumpió.

-¿Estás ahí todavía? -preguntó el taquígrafo.

Kevin estaba silencioso. Acababa de ver la sangre en las sábanas que había junto a él y se sentía mareado.

17

¿Qué consigo yo con mi trabajo? Derek Hamilton se había estado haciendo esta pregunta toda la mañana mientras el efecto del medicamento se desvanecía y el dolor de su úlcera se hacía más agudo y más frecuente. Como aquel dolor, la pregunta surgía en momentos de tensión. Hamilton había empezado mal el día, en una reunión con el director contable que había propuesto un programa para reducir gastos que dejaba todo su plan reducido a la mitad. El plan no era bueno; incrementaría el movimiento del dinero pero acabaría con los beneficios. Hamilton, no obstante, no veía alternativa posible y el dilema le había enfurecido, y le había gritado al contable: «¡Le estoy pidiendo soluciones y usted me aconseja que cierre el jodido negocio!» Un comportamiento semejante con los directivos era absolutamente intolerable, ya lo sabía. Aquel hombre seguramente dimitiría, y no se le podría convencer de lo contrario. Después, su secretaria, una mujer casada, elegante y tranquila, que hablaba tres idiomas, le había molestado con una lista de trivialidades, y también a ella le había gritado. Siendo como era ella, probablemente la mujer pensaría que formaba parte de su trabajo aceptar aquel tipo de rudeza, pero eso no era una excusa, pensó Derek Hamilton.

Y cada vez que se maldecía, y maldecía a su personal y a su úlcera, acababa pensando: ¿qué estoy haciendo aquí?

Pensó en diversas respuestas posibles mientras el coche recorría la corta distancia que había entre su oficina y la de Nathaniel Fett. El dinero, como incentivo, no podía rechazarse tan fácilmente como él pretendía algunas veces. Era cierto que él y Ellen podían vivir confortablemente de su capital, o incluso de los intereses de su capital. Pero sus sueños iban más allá de una vida confortable. Un auténtico éxito en los negocios significaría un yate de un millón de libras y una villa en Cannes, y un embarcadero propio y la posibilidad de comprar los Picassos que le gustasen en vez de mirar solamente las reproducciones en libros satinados. Aquéllos eran sus sueños: o así habían sido. Probablemente era ya demasiado tarde. Hamilton Holdings no tendría unos beneficios sensacionales mientras él viviera.

En su juventud había deseado poder y prestigio, o así lo creía ahora. Había fracasado. No había prestigio alguno en ser el presidente de una empresa enferma, fuese cual fuese su importancia; y su poder

Librodot

no tenía valor alguno con las censuras de los contables.

No estaba seguro de lo que la gente quería decir al hablar de la satisfacción del trabajo. Era una expresión extraña, que sugería la imagen de un artesano construyendo una mesa con un trozo de madera, o un granjero conduciendo un rebaño de gordas ovejas al mercado. Los negocios no eran así: aunque uno consiguiera un éxito discreto, siempre había nuevas frustraciones. Y para Hamilton no había otra cosa que los negocios. Aunque lo hubiera querido, no tenía destreza para construir mesas o criar ganado, escribir libros de texto o diseñar bloques de oficinas.

Pensó en sus dos hijos. Ellen tenía razón: ninguno de ellos contaba con su herencia. Si les pidiera consejo, ellos le dirían seguramente: «Es vuestro dinero ¡gastadlo!» Sin embargo iba contra su instinto disponer del negocio que había enriquecido a su familia. Quizá, pensó, debería desobedecer a mi instinto ya que no me ha hecho feliz.

Por primera vez pensó en lo que haría si no tenía que ir a la oficina. No tenía ningún interés en la vida rural. Caminar hasta el pub tirando de un perro, como su vecino el coronel Quinton, aburriría a Hamilton. Los periódicos no tendrían interés alguno; ahora solamente leía las páginas de negocios y si él no tenía ningún negocio incluso ésas serían aburridas. Le gustaba cuidar de su jardín pero no podía imaginarse pasando todo el día arrancando malas hierbas y aplicando fertilizantes.

¿Qué era lo que solíamos hacer cuando éramos jóvenes? Le parecía, retrospectivamente, que Ellen y él habían dado grandes paseos en su dos plazas y algunas veces se encontraban con unos amigos para hacer una comida en el campo. ¿Por qué? ¿Por qué meterse en un coche, recorrer un largo camino, comer bocadillos y regresar a casa? Habían ido a espectáculos y restaurantes, pero eso por la noche. Sin embargo, parecía que siempre había habido un exceso de días libres que pasar juntos.

Bueno, quizás había llegado el momento en que él y Ellen tenían que redescubrirse mutuamente. Y un millón de libras compraría algunos de sus sueños. Podían comprar una villa, no en Cannes, quizá, pero sí en algún lugar del Sur. Podía comprar un yate lo bastante grande para recorrer el Mediterráneo y lo bastante pequeño para llevarlo el mismo. El embarcadero de propiedad estaba fuera de toda discusión, pero quedaría lo suficiente para comprar una o dos pinturas decentes.

Aquel individuo, Laski, estaba comprando un dolor de cabeza. Sin embargo, los dolores de cabeza parecían ser su especialidad. Hamilton sabía poco de ese hombre. No tenía antecedentes, ni educación, ni familia; pero tenía cerebro y dinero, y en tiempos difíciles esas cosas contaban más que la buena crianza. Posiblemente Laski y Hamilton Holdings eran merecedores el uno del otro.

Era algo raro lo que Hamilton le había dicho a Nathaniel Fett:

-Dígale a Laski que si le entrego la compañía al mediodía quiero

Librodot

tener el dinero en la mano a las doce.

Era una excentricidad pedir el dinero al contado como el propietario de una tienda de licores de Glasgow. Pero sabía por qué lo había hecho. La cuestión era dejar la decisión en otras manos: si Laski podía conseguir el dinero, se haría el trato; si no, no se haría. Incapaz de tomar una decisión, Hamilton había lanzado una moneda al aire.

De pronto deseó fervientemente que Laski pudiera conseguir el dinero. Derek Hamilton no deseaba volver jamás a la oficina.

El coche se detuvo delante de la oficina de Fett, y Hamilton salió.

18

Lo bueno de ser una tijereta, había descubierto Bertie Chieseman, era que uno podía hacer casi todo lo que quisiera mientras escuchaba la radio de la Policía. Y la tragedia, desde su punto de vista, era que no tenía ganas de hacer casi nada.

Esta mañana ya había barrido la alfombra -un proceso que consistía en levantar el polvo para dejarlo caer poco después-, mientras las ondas se llenaban de mensajes poco interesantes sobre el tráfico en Old Kent Road. También se había afeitado en el lavabo que había en un rincón, utilizando una maquinilla y agua caliente de Ascot; y había frito una loncha de tocino para desayunar en el fogón que tenía en la misma habitación. Comía muy poco.

Había llamado al Evening Post solamente una vez desde su primera información a las ocho en punto, avisándoles de que habían pedido una ambulancia para un bloque de pisos en Westminster. No se había mencionado el nombre del paciente, pero Bertie había supuesto, por la dirección, que posiblemente se trataría de alguien de importancia. Correspondía al periódico llamar por teléfono a la central de ambulancias y preguntar el nombre; y si la central conocía ese nombre, les darían la información. A menudo los enfermeros de las ambulancias no informaban a la central hasta que habían dejado al paciente en el hospital. Ocasionalmente, Bertie hablaba con los periodistas y siempre les preguntaba cómo utilizaban la información que él les daba y la convertían en noticias. Estaba muy informado sobre la mecánica del periodismo.

Aparte de aquello y del tráfico, solamente había habido casos de ratería, vandalismo menor, un par de accidentes, una pequeña manifestación en Downing Street y un misterio,

El misterio se había producido en East London, pero eso era todo lo que Bertie sabía. Había escuchado una alerta para todos los coches, pero el mensaje siguiente no había sido informativo: se pidió a todos los coches que buscasen una furgoneta azul con cierto número de matrícula. Podía haber sido robada con un cargamento de cigarrillos, o quizá la conducía alguien que la Policía quería interrogar, o podía haber participado en un robo. Habían utilizado la palabra «Obadiah»; Bertie desconocía el porqué. Inmediatamente después de la alerta, tres coches habían sido apartados de su patrulla normal para ir en busca

Librodot

de la furgoneta. Eso significaba muy poco.

Todo ese jaleo podía ser por nada; podía ser incluso por la fuga de la esposa de un inspector de la Patrulla Volante; Bertie sabía que eso ya había ocurrido antes. Por otra parte, podía tratarse de algo gordo. Estaba esperando más información.

La patrona subió mientras Bertie limpiaba su sartén con agua caliente y un trapo. Se secó las manos en el suéter y sacó el libro del alquiler. Mrs. Keeney, con delantal y rulos, contemplaba fijamente el equipo de radio, aunque lo veía todas las semanas.

Bertie le dio el dinero y ella firmó en el libro. Después le entregó una carta.

-No sé por qué no pone música agradable -dijo ella. Bertie sonrió. Nunca le había dicho el uso que daba a la radio, ya que no era legal escuchar la radio de la Policía. -No soy muy musical -le respondió.

Ella sacudió la cabeza resignadamente, y salió. Bertie abrió la carta. Era su cheque mensual del Evenig Post. Había tenido una buena racha: el cheque estaba extendido por quinientas libras. Bertie no pagaba impuestos. No sabía cómo gastar todo ese dinero. El trabajo le obligaba a vivir con bastante sencillez. Lo gastaba todo en pubs, y los domingos salía en su coche, su único lujo un «Ford Capri» nuevo y resplandeciente. Iba a todos los lugares, como un turista: había estado en la catedral de Canterbury, el castillo de Windsor, Beaulieu, St. Albans, Bath, Oxford; había visitado Safari parks, mansiones regias, antiguos monumentos, ciudades históricas, pistas de carreras y ferias con atracciones, todo con el mismo entusiasmo. Nunca había tenido mucho dinero en su vida. Había bastante para comprar todo lo que deseaba, y aún le quedaba un poco para ahorrar.

Puso el cheque en un cajón y acabó de limpiar la sartén. Mientras estaba guardándola se oyeron crujidos por la radio y un sexto sentido le aconsejó prestar atención.

-Eso es, un «Bedford» azul de seis ruedas. Alfa Charlie Londres dos cero tres madre. ¿Tiene qué? ¿Marcas especiales? Sí, si miras dentro verás algo muy poco corriente; seis grandes cajas de billetes de Banco usados.

Bertie frunció el entrecejo. El operador de la radio de la central estaba de broma, obviamente; pero lo que decía suponía que la furgoneta desaparecida llevaba una gran suma de dinero. Ese tipo de furgoneta no desaparecía accidentalmente. Debían haberla secuestrado.

Bertie se sentó a la mesa y cogió el teléfono.

19

Felix Laski y Nathaniel Fett se levantaron cuando Derek Hamilton entró en la habitación. Laski, el supuesto comprador, y Hamilton, el vendedor, se estrecharon brevemente las manos, como los boxeadores

antes de una pelea. Laski se dio cuenta, sorprendido, de que él y Hamilton llevaban trajes idénticos: azul oscuro con rayas. Incluso tenían una chaqueta igual, cruzada, sin cortes. Pero el corpachón de Hamilton suprimía toda la elegancia del traje. Sobre él, el traje más bonito hubiera parecido un pedazo de tela alrededor de un montón de jalea. Laski sabía, sin mirarse al espejo, que su propio traje tenía el aspecto de ser mucho más caro.

Se dijo que no debía sentirse superior. Una actitud negativa podría arruinar el trato.

-Encantado de verle otra vez, Hamilton -dijo. Hamilton asintió.

-¿Cómo está usted, Mr. Laski? -La butaca crujió al sentarse.

Laski se fijó en el uso del «Mr.». Hamilton solamente utilizaría el apellido a secas con gente de su nivel.

Laski cruzó las piernas y esperó a que Fett, el agente de negocios, diera inicio al asunto. Estudiaba a Hamilton con el rabillo del ojo. El hombre quizá fue atractivo en su juventud, decidió: tenía la frente ancha, una nariz recta brillantes ojos azules. En ese momento parecía relajado con las manos entrelazadas en el regazo. Y Laski pensó: ya ha tomado una decisión.

-Para hacer un repaso -dijo Fett-, Derek posee quinientas diez mil acciones de «Hamilton Holdings, Limited», una compañía pública. Diversos accionistas poseen cuatrocientas noventa acciones, y no existen otras acciones no emitidas. Mr. Laski, usted está ofreciendo comprar esas quinientas diez mil acciones por la suma de un millón de libras, con la condición de que la venta lleve fecha de hoy y sea firmada a las doce.

-O que una carta de compromiso en esas condiciones lleve esa fecha y sea firmada.

-Así es.

Laski se distrajo mientras Fett continuaba con su relación de formalidades en voz monótona. Estaba pensando que probablemente Hamilton merecía perder a su esposa. Una mujer tan vivaz y tan sensual como Ellen tenía derecho a una vida amorosa llena de pasión: su marido no tenía ningún derecho a abandonarse y echarse a perder.

Aquí estoy yo, pensó, robándole la esposa a un hombre y quitándole el trabajo de toda su vida, y él todavía hace que me retuerza llamándome Míster.

-Tal como yo lo entiendo -estaba concluyendo Fett-, el trato puede llevarse a cabo como Mr. Laski ha señalado. Los documentos son satisfactorios. Solamente queda la cuestión importante de si Derek venderá, y en qué condiciones. -Se arrellanó en su asiento con el aire del que ha cumplido un rito.

Hamilton miró a Laski.

-¿Qué planes tiene usted para el grupo? -preguntó.

Laski reprimió un suspiro. No tenía objeto alguno cualquier interrogatorio. Tenía toda la libertad de contarle a Hamilton un montón de mentiras. Y eso fue lo que hizo.

-El primer paso será una gran inyección de capital -dijo-, Después, una mejora en los servicios de dirección, una sacudida a nivel superior en las compañías operadoras y algunas reformas en los sectores laborales más bajos.

-Nada estaba más lejos de la verdad, pero si Hamilton quería recorrer todo el procedimiento, Laski no iba a defraudarle.

-Ha escogido usted un momento crucial para hacer su oferta.

-Realmente no -dijo Laski-. El pozo de petróleo, si se consigue, será un premio. Lo que estoy comprando es un conjunto de empresas fundamentalmente bueno que está pasando por un mal momento. Yo le sacaré beneficios sin intervenir en su infraestructura. Mi especialidad radica en ese aspecto. -Sonrió confiadamente-. A pesar de mi reputación, tengo interés en dirigir industrias reales, no en negociar valores.

Recibió una mirada hostil de Fett; el agente sabía que estaba mintiendo.

-¿Por qué, entonces, ese límite de las doce del mediodía?

-Creo que las acciones de Hamilton subirán a un precio desorbitarte si usted consigue el permiso. Y ésta podría ser mi última oportunidad de comprar a un precio razonable.

-Bastante lógico -dijo Hamilton, quitándole la iniciativa a Fett-. Pero yo también he fijado un límite. ¿Qué piensa usted de eso?

-Me parece muy bien -mintió Laski. A decir verdad, estaba desesperadamente preocupado. El deseo de Hamilton de ver el dinero «en su mano» en el momento de firmar el trato era algo inesperado. Laski había pensado en dejar un depósito hoy y entregar el saldo cuando se intercambiaran los contratos finales. Pero aunque la estipulación de Hamilton resultaba excéntrica, era perfectamente razonable. Cuando la carta se hubiera firmado, Laski podría comerciar con las acciones, ya fuese vendiéndolas o utilizándolas para conseguir un crédito. Lo que planeaba era utilizar las acciones, a su precio incrementado por el petróleo, y conseguir el dinero para cubrir la compra original.

Pero había caído en el pozo que él mismo había cavado.

Había tentado a Hamilton con un trato rápido, y el viejo había entrado fácilmente en el juego. Laski no sabía lo que iba a hacer, ya que no disponía de un millón de libras. Hubiera podido reunir las cien mil para el depósito. Pero sabía con certeza lo que no iba a permitir: no dejaría que el trato se le escapara de las manos.

-Me parece muy bien -repitió.

-Derek -dijo Fett-, quizá sea ahora el momento de que tú y yo tengamos una pequeña conversación privada...

-Me parece que no -interrumpió Hamilton-. A menos que estés pensando en decirme que este trato tiene alguna pega.

-Ninguna.

-En ese caso... -Hamilton se volvió hacia Laski-. Acepto.

Laski se levantó y le estrechó la mano a Hamilton. El hombre obeso

Librodot

se sintió algo confuso con el gesto, pero era un gesto en el que Laski confiaba. Los hombres como Hamilton siempre podían encontrar cláusulas de escape en un contrato, pero no soportaban echarse atrás después de un apretón de manos.

-Los fondos dijo Laski- están en el «Cotton Bank» de Jamaica, sucursal de Londres, claro está. Supongo que esto no presentará ningún problema. -Y sacó un talonario de cheques del bolsillo.

Fett frunció el ceño. Era un pequeño Banco, pero perfectamente respetable. Hubiera preferido un cheque extendido contra un Banco de compensación, pero le era difícil presentar objeciones en este punto sin parecer obstruccionista: Laski sabía que Fett pensaría de esa manera.

Laski rellenó el cheque y se lo entregó a Hamilton.

-No ocurre frecuentemente que un hombre se embolse un millón de libras -dijo.

Hamilton pareció volverse jovial. Sonrió:

-No ocurre con frecuencia que un hombre se las gaste. -Cuando tenía diez años -dijo Laski- murió nuestro viejo gallo y yo me fui con mi padre al mercado a comprar otro. Costó el equivalente a... bueno, tres libras. Pero mi familia había estado ahorrando durante un año para reunir aquel dinero. Para decidir la compra de aquel gallo hubo un interés mucho mayor que en cualquier trato financiero que yo haya realizado, incluyendo el presente. -Sonrió, sabiendo que les turbaba oír esa historia, que no les importaba-. Un millón de libras no es nada, pero un gallo puede salvar a toda una familia del hambre.

-Ciertamente -murmuró Hamilton.

Laski volvió a su actitud normal.

-Permítanme llamar al Banco para advertirles que este cheque está en circulación.

-Claro. -Fett le acompañó hasta la puerta y señaló-: Aquella habitación esta vacía. Valerie le dará línea.

-Gracias. Cuando vuelva podemos firmar los papeles.

Laski entró en la pequeña habitación y cogió el auricular. Al oír el tono de línea miró fuera de la pieza para asegurarse de que Valerie no estaba escuchando. La chica es taba junto al archivo. Laski marcó un número.

-«Cotton Bank» de Jamaica.

-Aquí Laski. Póngame con Jones.

Hubo una pausa.

-Buenos días, Mr. Laski,

-Jones, acabo de filmar un cheque por un millón de libras.

Al principio no hubo respuesta. Después Jones exclamó.

-Jesús, usted no tiene ese dinero.

-Da lo mismo, ustedes atenderán ese cheque.

-¿Pero qué hay con la calle Threadneedle? -La voz del banquero

estaba subiendo de tono-. ¡No disponemos de tanto dinero en el Banco!

-Cruzaremos ese puente cuando lleguemos a él.

-Mr. Laski, este Banco no puede dar su autorización para que de su cuenta en el «Banco de Inglaterra» transfiera un millón de libras a otra cuenta del «Banco de Inglaterra» porque este Banco no tiene un millón de libras, depositadas en el «Banco de Inglaterra». Me parece que puedo presentarle la situación con más claridad.

-Jones, ¿quién es el propietario del «Cotton Bank» de Jamaica?

Jones aspiró ruidosamente.

-Usted, señor.

-Sin duda. -Y Laski colgó el teléfono.

LAS DOCE DEL MEDIODÍA

20

Peter «Jesse» James estaba sudando. El sol de mediodía calentaba más de lo normal en la estación y el amplio cristal del parabrisas de la furgoneta aumentaba el calor, de modo que los rayos le estaban quemando los antebrazos desnudos, carnosos, y abrasaban las perneras de sus pantalones. Sentía un calor terrible.

Y, además de eso, estaba aterrorizado.

Jacko le había dicho que condujera despacio. La advertencia era superflua. A un kilómetro del cementerio de coches había entrado en un tráfico denso: y a partir de ese momento todo había sido un avance lento, cruzando la mitad del sur de Londres. No hubiera podido correr aunque hubiese querido.

Tenía abiertas las dos puertas correderas laterales de la furgoneta, pero esto no ayudaba mucho. No había viento cuando el vehículo estaba parado, y todo lo que conseguía al moverse era una ligera brisa del humo caliente de los tubos de escape.

Jesse creía que conducir un coche era una aventura. Adoraba los coches desde que robó su primera máquina, un «Zephyr-Zodiac» a la edad de doce años. Le gustaba correr para pasar las luces de tráfico, acelerar en las curvas y asustar a los conductores domingueros. Cuando otro conductor se atrevía a tocarle la bocina, Jesse lanzaba juramentos y agitaba el puño, simulando que le disparaba a aquel bastardo en la cabeza. En la guantera de su propio coche llevaba una pistola. Nunca la había usado.

Pero conducir no era divertido cuando detrás de ti llevabas una fortuna en dinero robado. Tenías que acelerar gradualmente y frenar con suavidad, hacer la señal convenida para reducir la marcha y ceder el paso a los peatones en los cruces. Se le ocurrió pensar que un buen comportamiento podía ser sospechoso; un policía inteligente, al ver a un tipo joven en una furgoneta avanzando como un abuelito en un

examen de conducción, podría oler gato encerrado.

Llegó a otro cruce en el interminable cinturón de ronda del sur. El semáforo pasó de verde a color ámbar. El instinto de Jesse fue el de pisar a fondo el acelerador y pasar la señal. Suspiró malhumoradamente, sacó el brazo por la ventanilla como un maldito imbécil y paró cuidadosamente.

Hubiera debido intentar no inquietarse, la gente nerviosa comete errores. Hubiera debido olvidarse del dinero, pensar en alguna otra cosa. Había conducido millares de kilómetros a través del exasperante tráfico de Londres sin que jamás le detuviera la ley: ¿por qué hoy tenía que ser diferente? Ni el Viejo Bill podía oler el dinero caliente.

Las luces cambiaron y él avanzó. La carretera se estrechaba en un centro comercial en donde los camiones de reparto se alineaban a lo largo de la acera y una serie de pasos de peatones obstaculizaban la circulación de los vehículos. Las estrechas aceras estaban llenas de compradores cuyo paso obstruían diversos vendedores ambulantes que exhibían bisutería de baja calidad y fundas para tablas de planchar.

Las mujeres llevaban vestidos veraniegos. Había algo en favor del tiempo caluroso. Jesse comenzó a fijarse en las estrechas camisetas, los deliciosos vestidos sueltos y las rodillas al aire mientras iba avanzando unos pocos metros cada vez. Le gustaban las chicas que tenían el trasero gordo, y buscó entre la multitud un ejemplar conveniente para desnudarlo con los ojos.

La descubrió a unos cincuenta metros de distancia. Llevaba un jersey azul de nylon y pantalones blancos muy ajustados. Probablemente la chica se creería demasiado llenita, pero Jesse le habría dicho lo contrario. Llevaba un sostén bonito, al viejo estilo, que daba a sus pechos aspecto de torpedos; y sus pantalones de cintura alta lucían sobre unas amplias caderas. Jesse la miró atentamente, confiando ver bailar sus pechos. Así ocurrió.

Lo que entonces le gustaría hacer era estar en pie detrás de ella, bajarle los pantalones poco a poco, y después...

El coche de delante de él avanzó unos veinte metros y Jesse le siguió. Era un «Marina» nuevo con techo de vinilo. A lo mejor podría comprarse uno igual con su parte. La hilera de coches se detuvo otra vez. Jesse tiró del freno de mano y buscó a la chica llenita.

No la descubrió hasta que el tráfico se movió otra vez. Al soltar la palanca la vio, parada ante el escaparate de una zapatería, dándole la espalda. Los pantalones eran tan ajustados que podía ver la orilla de sus bragas, dos líneas diagonales marcadas hacia la unión de sus caderas. Le gustaba poder ver las bragas debajo de los pantalones; le excitaba casi tanto como un culo desnudo. Después deslizaría sus bragas hacia abajo, pensó, y...

Hubo un estruendo de acero contra acero. La furgoneta se paró con una sacudida lanzando a Jesse contra el volante. Las puertas se cerraron con un doble golpe. Supo, antes de comprobarlo, lo que

Librodot

había hecho; y el sabor del miedo le hizo sentirse enfermo.

El «Marina» de delante había parado antes de lo necesario y Jesse, con la atención fija en la chica llenita con sus pantalones ajustados, había ido a dar directamente contra su parte posterior.

Salió de la furgoneta. El conductor del turismo ya estaba examinando los daños. Alzó la mirada hacia Jesse, rojo de ira. -Maldito loco bastardo -escupió-. ¿Qué coño eres....ciego o estúpido? - Tenía acento de Lancashire.

Jesse le ignoró y miró los parachoques de los dos vehículos, unidos en un beso de acero. Hizo un esfuerzo para conservar la calma.

-Lo siento, colega. Es culpa mía.

-¡Lo siente! Deberían expulsaros de la maldita carretera.

Jesse se quedó mirando al hombre. Era bajito y gordo, v llevaba traje. Su cara redonda era la imagen de la justa indignación. Tenía la agresividad rápida de la gente menuda, y la característica inclinación hacía atrás de la cabeza. Jesse sintió odio hacia él inmediatamente. Parecía un sargento mayor. A Jesse le hubiera gustado darle un puñetazo en la cara; o, mejor todavía, dispararle a la cabeza.

-Todos cometemos errores -le dijo con amabilidad forzada-. Intercambiemos nuestros nombres y lo que sea y sigamos. Sólo es una pequeña abolladura. No convierta esto en un caso federal.

Era lo peor que podía decir. El hombrecillo se puso todavía más colorado.

-No va usted a librarse tan fácilmente -dijo.

El tráfico de delante se había alejado, y los conductores de atrás se impacientaban. Algunos tocaban la bocina. Un hombre salió de su coche,

El conductor del «Marina» estaba anotando el número de la furgoneta en una pequeña libreta. Ese tipo de hombre siempre lleva una libretita y un lápiz en el bolsillo de la chaqueta, pensó Jesse.

Cerró la libreta.

-Jodida conducción irresponsable. Voy a llamar a la Policía.

El conductor de detrás dijo:

-¿Y qué les parece si quitan de en medio este pequeño lío y nos dejan pasar a los de atrás?

Jesse presintió un aliado.

-Nada me gustaría más, amigo, pero aquí este tipo quiere llamar a Kojak para que lleve el caso.

El hombre gordo agitó un dedo:

-Ya conozco a los de su calaña; conducen como gamberros y dejan que el seguro pague. Esta vez te he atrapado, muchacho.

Jesse avanzó un paso, apretando los puños; después se controló. Le estaba entrando pánico.

-La Policía ya tiene bastante que hacer -suplicó.

Los ojos del otro hombre se entornaron. Había adivinado el miedo de Jesse.

-Dejemos que ellos decidan si tienen cosas mejores que hacer. -Miró

Librodot

a su alrededor y descubrió una cabina de teléfonos-. Tú espérame aquí. -Y se alejó.

Jesse le agarró por el hombro. Ahora estaba asustado.

-Esto no tiene nada que ver con la Policía -dijo.

El hombre se volvió y apartó con brusquedad la mano de Jesse.

-Suéltame, miserable gamberrito...

Jesse le agarró por las solapas y le alzó del suelo, poniéndole de puntillas.

-Ya te daré yo eso de gamberrito...

De pronto se dio cuenta del gentío que se había agrupado a su alrededor y les observaba con interés. Habría una docena de personas. Las miró fijamente. En su mayoría eran amas de casa con sus cestas de la compra. La chica con los pantalones ajustados estaba en primera fila. Jesse pensó que lo estaba haciendo todo mal.

Y decidió acabar el asunto de una vez.

Soltó al hombre agraviado y se metió en la furgoneta. El hombre se quedó mirándole con expresión de incredulidad.

Jesse volvió a poner en marcha el motor y retrocedió. Se oyó un ruido estrenduoso cuando los vehículos se separaron. Jesse podía ver el parachoques del «Marina» suelto, colgante, y los intermitentes destrozados. Con cincuenta libras todo arreglado, pensó salvajemente, y si tú mismo te haces el trabajillo te basta con diez.

El hombrecillo gordo se colocó delante de la furgoneta inmóvil como Neptuno, agitando un dedo nervioso. -¡Tú no te mueves de aquí! -gritó.

El gentío iba creciendo a medida que la discusión se hacía más espectacular. Hubo un respiro en el tráfico y los coches empezaron a pasar de largo al lado del accidente.

Jesse buscó la primera velocidad y aceleró el motor. El hombre se mantuvo firme. Jesse dio un pisotón al acelerador y la furgoneta dio una sacudida y avanzó.

Demasiado tarde, el hombrecillo gordo se lanzó hacia la acera. Jesse oyó un golpe sordo del guardabarros más cercano mientras giraba. Un coche que venía detrás frenó con un chirrido de neumáticos. Jesse cambió la velocidad y se alejó velozmente sin mirar atrás.

La calle parecía más estrecha y más opresiva, como una trampa, a medida que se alejaba rápidamente, ignorando los pasos de peatones, girando y frenando. Intentaba desesperadamente pensar. Lo había enredado todo. El asalto había ido como una seda, y Jesse James se había dado un trastazo con el coche de la huida. Una furgoneta cargada de billetes de Banco en un encontronazo de cincuenta libras. Gilipollas.

Calma, se dijo. No sería un fracaso hasta que le encerraran. Todavía quedaba tiempo, si por lo menos pudiera pensar.

Disminuyó la velocidad de la furgoneta y salió de la calle principal. Tenía que evitar atraer de nuevo la atención. Recorrió una serie de callejuelas mientras reflexionaba sobre lo ocurrido.

¿Qué sucedería ahora? Uno de los mirones llamaría por teléfono a la

Policía, especialmente después del golpe que le había dado al hombrecillo gordo. El número de la matrícula de la furgoneta estaba anotado en la libretita; además, alguien entre el gentío también podía haber tomado nota. El caso quedaría registrado como atropello-y-fuga y el número de su matrícula sería comunicado por radio a los coches patrulla. Tardarían de tres a quince minutos en llegar a ese punto. Otros cinco minutos y darían una descripción de Jesse. ¿Qué llevaba? Pantalones azules y una camisa color naranja. Gilipollas.

¿Que le respondería a Tony Cox si estuviera ahí y pudiera preguntarle? Jesse recordó el rostro sano del jefe y oyó su voz. Plantéate cuál es el problema, ¿entiendes?

Jesse dijo en voz alta:

-La Policía tiene el número de la matrícula y una descripción mía.

Piensa lo que has de hacer para solucionar el problema. -¿Qué coño puedo hacer, Tony? ¿Cambiar el número de la matrícula y mi apariencia?

Pues hazlo, ¿entiendes?

Jesse frunció el ceño. El pensamiento analítico de Tony no llegaba más allá. ¿Dónde demonios podía conseguir placas de matrícula y cómo las colocaría?

Claro, eso era fácil.

Buscó una salida a una calle principal y siguió adelante hasta encontrar un garaje. Se detuvo en el patio.

Había un taller detrás de las bombas. Un camión cisterna estaba descargando en el otro lado.

El empleado se acercó, limpiándose las gafas con un trapo grasiento.

-Por cinco libras -dijo Jesse-. ¿Dónde está la mezquita?

-A la vuelta.

Jesse siguió la dirección del pulgar. Un camión de cemento iba a lo largo de un lado del garaje. Encontró una puerta rota con el letrero «Caballeros» y pasó de largo.

Detrás del garaje había un pequeño espacio de suelo árido en donde coches más o menos nuevos, que esperaban ser reparados, se codeaban con puertas oxidadas, guarda-barros torcidos y piezas de maquinaria desechadas. Jesse no veía lo que estaba buscando.

La entrada posterior al taller le invitaba a entrar con su espacio suficiente para dejar pasar un autobús. No servía de nada parecer furtivo. Entró sencillamente.

Tardó un momento en hacerse a la penumbra después de la luz del sol de fuera. El aire olía a aceite de motor y ozono. A la altura de la cabeza, en una rampa, había un «Mini», cuyas entrañas colgaban obscenamente. La parte frontal de un camión articulado estaba conectada a un tester Krypton. Un «Jaguar» sin ruedas estaba sobre unas cuñas. No había nadie por allí. Miró su reloj de pulsera: debían de estar comiendo. Miró a su alrededor.

Y descubrió lo que necesitaba:

Librodot

Un par de placas rojo-y-blanco colocadas sobre un depósito de petróleo, en un rincón. Cruzó la pieza y las cogió. Miró nuevamente alrededor y robó dos cosas más: un mono limpio que colgaba de una percha en la pared de ladrillo y un trozo de cordel sucio del suelo.

-¿Busca algo, hermano? -le dijo una voz.

Jesse se volvió de golpe, con el corazón en un puño. Un mecánico negro con un mono mugriento estaba en pie, al fondo de] taller, apoyado en el blanco y- reluciente guarda-barros del «Jaguar», con la boca llena de comida. Su corte de pelo «afro» se levantaba con el movimiento de su masticación. Jesse intentó ocultar las placas de matrícula con el mono.

-La mezquita -dijo-. Quiero cambiarme de ropa. -Contuvo la respiración.

El mecánico señaló.

-Ahí fuera -dijo. Tragó y dio otro mordisco al huevo escocés.

-Gracias -dijo Jesse, y se apresuró a salir.

-A su servicio -gritó el mecánico. Jesse se dio cuenta de que aquel hombre tenía acento irlandés. ¿Morenos irlandeses? Eso era nuevo.

El empleado de la gasolinera le esperaba junto a la furgoneta. Jesse entró y arrojó el mono y su contenido hacia atrás. El empleado miró con curiosidad el bulto. Jesse le dijo:

-Tenía el mono colgando en la puerta de atrás. Debe estar sucio. ¿Cuánto debo?

-Generalmente cobramos un fiver por el valor de cinco quids. No me he dado cuenta.

Se había alejado poco de su ruta, lo que era bueno. Aquella zona era más tranquila que los lugares por los que había viajado antes. En ambos lados había casas, bastante viejas, aisladas, separadas de la carretera. En las aceras se alineaban los castaños. Vio una parada de autobús de la Línea Verde.

Necesitaba un lugar tranquilo donde hacer el cambio. Comprobó de nuevo la hora. Debían haber transcurrido quince minutos desde el accidente. No quedaba tiempo para andar con remilgos.

Giró por la primera bocacalle. Era la Avenida Brook. Todas las cosas eran semi. ¡Necesitaba un lugar menos visible, por el amor de Dios! No podía cambiar las matrículas a la vista de sesenta amas de casa fisgonas.

Giró nuevamente, y otra vez, y encontró una pequeña carretera de servicio detrás de una hilera de tiendas. Se acercó a un lado y paró. Había garajes y cubos de basura y las puertas traseras por donde entraban las mercancías en las tiendas. Era lo mejor que podía desear.

Pasó por encima del asiento hacia la parte de atrás de la furgoneta. Hacía mucho calor. Se sentó en una de las cajas de dinero y se subió los pantalones del mono por las piernas. Jesús, casi había llegado: dame un par de minutos más, pensó, casi como una plegaria.

Se puso en pie, inclinándose, y se deslizó dentro de la prenda. Si

hubiera estropeado el asunto Tony me degollaría, pensó. Se estremeció. Tony Cox era un bastardo duro. Tenía algo de loco cuando se trataba de castigar.

Jesse subió la cremallera del mono. Sabía algo de las descripciones de los testigos. La Policía estaría ahora buscando a un tipo grandote, de aspecto malvado, con una mirada desesperada, que llevaba una camisa color naranja y pantalones vaqueros. Cualquiera que viese ahora a Jesse solamente vería un mecánico.

Cogió las placas de matrícula. No estaba el cordel; seguramente lo habría dejado caer. ¡Maldita sea, siempre hay algún pedazo de cuerda tirada por el suelo de una furgoneta! Abrió la caja de herramientas y encontró un trozo de bramante oleoso alrededor del gato.

Salió y se dirigió a la parte delantera de la furgoneta. Trabajaba cuidadosamente, temeroso de malograr el trabajo por apresuramiento. Ató la matrícula roja-y-blanca sobre la placa original, como solían hacerlo en los garajes cuando se llevaban un vehículo comercial para hacer una prueba de carretera. Se apartó, en pie, y examinó su trabajo. Parecía bueno.

Se dirigió a la parte de atrás de la furgoneta y repitió la tarea con la matrícula posterior. Ya estaba hecho. Respiraba con más facilidad.

-¿Cambiando las placas, eh?

Jesse dio un salto y se volvió. El corazón se le encogió. La voz pertenecía a un policía.

Para Jesse fue la última gota. Ya no le quedaban excusas, ni mentiras plausibles, ni truco ninguno. Su instinto le había abandonado. No supo pronunciar una sola palabra.

El policía se acercó a él. Era muy joven, con patillas de pelo rojizo y nariz pecosa.

-¿Algún problema?

Jesse se asombró al verle sonreír. En su cerebro petrificado penetró un rayo de sol. Encontró la voz.

-Las placas estaban flojas dijo-. Las he sujetado mejor.

El policía asintió.

-Yo solía llevar una de éstas -dijo amistosamente-. Es mejor que conducir un coche. Están bien construidas.

Por la mente de Jesse cruzó la idea de que el hombre podía estar jugando sádicamente al gato y el ratón, sabiendo perfectamente bien que Jesse era el conductor de la furgoneta huida del atropello pero fingiendo ignorancia para darle un susto en el último momento.

-Es fácil cuando andan bien -dijo. Sentía un sudor frío en la cara.

-Bueno, ya lo ha hecho. Váyase ahora, está entorpeciendo el paso.

Jesse entró en la furgoneta como un sonámbulo y puso en marcha el motor. ¿Dónde estaba el coche del policía? ¿Tenía la radio desconectada? ¿Le habrían engañado las placas y el mono?

Si caminase hasta la parte delantera de la furgoneta, dándole la vuelta y viese la abolladura que había hecho el parachoques del «Marina»...

Jesse emprendió la marcha lentamente por la carretera de servicio. Se paró al final y miró a ambos lados. En su espejo retrovisor vio al policía, al otro extremo del camino, que entraba en un coche patrulla.

Jesse se metió en la calle principal y perdió de vista el coche patrulla. Se secó la frente. Estaba temblando. -Dios. ¡La madre que...! -murmuró.

21

Evan Jones estaba bebiendo whisky antes del almuerzo por primera vez en su vida. Había un motivo. Tenía un Código y lo había quebrantado, también por primera vez. Estaba explicándoselo a su amigo Arny Matthews, pero no lo hacía muy bien, ya que no estaba acostumbrado al whisky y el primer doble ya le estaba llegando al cerebro.

-Es mi educación, ya sabes -dijo con su musical acento galés-. Capilla estricta. Vivíamos según el Libro. Bueno, un hombre puede cambiar un Código por otro, pero no puede eliminar el hábito de la obediencia, ¿sabes?

-Entiendo -dijo Arny, que no entendía nada absolutamente.

Evan era el gerente de la sucursal bancaria del «Cotton Bank» de Jamaica, y Arny era actuario de seguros senior en «Eire and General Marine Insurance», y vivían en casas contiguas, imitación Tudor, en Woking, Sur-rey. Su amistad era superficial, pero permanente.

-Los banqueros tienen un código -continuó Evan-. ¿Sabes? Armé un buen jaleo cuando les dije a mis padres que quería ser banquero. En Gales del Sur se espera que los chicos de Grammar School se hagan maestros, o clérigos, o empleados de Coal Board, o funcionarios de sindicato, pero no banqueros.

-Mi madre ni siquiera sabía lo que era un actuario -dijo Arny comprensivamente, sin comprender lo que le decía el otro.

-No estoy hablando de los principios de una buena tarea bancaria, la ley del menor riesgo, el colateral para cubrir sobradamente el préstamo, interés más altos para plazos más largos... No me refiero a nada de eso.

-No. -Arny, ahora, no tenía ni idea de lo que quería decir Evan. Pero tenía el presentimiento de que Evan iba a ser indiscreto, y como cualquiera de la City disfrutaba con las indiscreciones ajenas-. ¿Quieres otro? -Y cogió los vasos.

Evan asintió con la cabeza y contempló a Arny mientras éste se dirigía al mostrador. Los dos se reunían frecuentemente en el salón de «Pollard's» antes de subir al tren que les llevaba a casa. A Evan le gustaban los asientos de terciopelo, y la tranquilidad y los camareros ligeramente serviles. No tenía interés alguno por el nuevo tipo de pub que estaba surgiendo en Square Mile: moderno, salas llenas con música estridente para los muchachos geniales de cabello largo, con

Librodot

sus trajes de tres piezas y sus corbatas chillonas, que bebían cerveza en jarra o aperitivos continentales,

-Estoy hablando de integridad -resumió Evan cuando Arny regresó-. Un banquero puedo ser un lobo y sobrevivir, si es honesto; pero si no tiene integridad...

-Absolutamente.

-Ahora, fíjate en Felix Laski Ahí tienes a un hombre sin ninguna integridad.

-Ése es el hombre que se hizo cargo de tu negocio. -Con gran pena por mi parte, así es. ¿Quieres que te cuente cómo consiguió el control?

Arny se inclinó hacia delante en su asiento, deteniendo a medio camino el cigarrillo que se estaba llevando a los labios.

-De acuerdo.

-Teníamos un cliente llamado «South Middlesex Properties». Sabíamos que estaban atados por un compromiso de pago y nosotros queríamos dar salida a una cantidad de dinero a largo plazo. El préstamo era demasiado grande en realidad para la compañía propietaria, pero el aval era importante. Para resumir una larga historia, fallaron en los pagos.

-Pero vosotros teníais la propiedad -dijo Arny-. Seguramente los títulos de propiedad estaban en vuestras arcas.

-Sin valor. Lo que nosotros teníamos eran copias... y también las tenían muchos otros acreedores.

-Un fraude evidente.

-Ciertamente, aunque de alguna manera consiguieron hacerlo parecer como pura incompetencia. Sin embargo, estábamos en un aprieto. Laski nos sacó del apuro a cambio de una mayoría de acciones.

-Astuto.

-Más astuto de lo que crees, Arny. Laski controlaba prácticamente «South Middlesex Propendes». Debo aclarar que no era el director, pero tenía acciones y ellos le habían contratado como asesor, y los directivos eran débiles...

-De modo que compró «Cotton Bank» con el dinero que había pedido prestado y cuyos plazos no pagó.

-Así parece, ¿no crees?

Arny sacudió su cabeza.

-Me resulta muy difícil creerlo.-No te resultaría difícil si conocieras a ese individuo.

Dos hombres con togas de abogado se habían sentado en la mesa contigua con unos vasos de cerveza y Evan bajó la voz.

-Un hombre sin ninguna integridad -repitió.

-Vaya golpe... -En la voz de Arny había un matiz de admiración-. Hubieras podido dirigirte a los periódicos..., si ese asunto es cierto.

-¿Y quién demonios lo publicaría, si no es el Private Eye? Pero es verdad, muchacho. No hay abismo al que el hombre no descienda. -Tomó un buen trago de whisky-. ¿Sabes lo que ha hecho hoy?

-No puede ser peor que ese trato con el «South Middlesex» -insinuó Arny.

-¿No puede serlo? ¡Ja! -La cara de Evan estaba un poco enrojecida y el vaso le temblaba en la mano. Habló lenta y deliberadamente-. Me ha dado instrucciones, instrucciones, insisto, de dar conformidad a un cheque de rebote de un millón de libras. -Y dejó el vaso en la mesa con un floreo.

-Pero, y ¿qué hay de la calle Threadneedle?

-¡Exactamente lo que yo le dije! -Los dos abogados se volvieron y Evans se dio cuenta de que había gritado-. Mis palabras exactas. Nunca podrás creer lo que me respondió. Me dijo: «¿Quién es el propietario del "Cotton Bank" de Jamaica?» Y después me colgó el teléfono.

-¿Y tú qué hiciste entonces?

Evan se encogió de hombros.

-Cuando el tomador me llamó por teléfono yo le confirmé que el cheque era bueno.

Arny soltó un silbido.

-Lo que tú digas no afecta en lo más mínimo. Es el «Banco de Inglaterra» el que deberá hacer la transferencia. Y cuando descubran que no tienes el millón...

-Ya le he dicho todo eso. -Evan se dio cuenta de que estaba a punto de llorar y se sintió avergonzado-. Nunca, en treinta años de dedicación a la Banca, desde que empecé detrás del mostrador del «Banco Barclays» en Cardiff, he pasado un cheque sin fondos. Hasta hoy. -Vació su vaso y se quedó mirándolo con pesimismo-. ¿Quieres otro?

-No. Y tú tampoco deberías tomarlo. ¿Piensas dimitir?

-Debo hacerlo. -Sacudió la cabeza de un lado a otro-. Treinta años. Vamos, tomemos otro.

-No -dijo Arny firmemente-. Deberías irte a casa. -Se levantó y cogió a Evan por el codo.

-De acuerdo.

Los dos hombres salieron del bar a la calle. El sol estaba alto y quemaba. En los cafés y las tiendas de bocadillos se empezaban a formar las hileras de gente de la hora del almuerzo. Una pareja de lindas secretarias pasó por su lado comiendo unos cucuruchos de helado.

Arny dijo:

-Hace buen tiempo, para ser esta época del año.

-Hermoso -respondió Evan lúgubremente.

Arny bajó de la acera y llamó un taxi. El vehículo negro cruzó y se acercó con un chirrido de neumáticos.

-¿Dónde vas a ir? -preguntó Evan.

-Yo no. Tú vas a ir. -Arny abrió la puerta y le dijo al conductor-: Estación de Waterloo.

Evan entró dando un traspiés y se sentó atrás.

-Vuelve a casa antes de que estés demasiado borracho para caminar -le dijo Arny. Y cerró la puerta.

Evan abrió la ventanilla.

-Gracias -dijo.

-El mejor lugar está en casa.

Evan asintió.

-Me gustaría saber qué voy a decirle a mi Fanny...

Arny se quedó mirando el taxi hasta que desapareció: después se encaminó hacia su oficina, pensando en su amigo. Evan estaba acabado como banquero. La reputación de honradez se ganaba con mucha lentitud en la City pero se perdía con gran rapidez. Evan perdería la suya con tanta seguridad como si hubiera intentado robar algo del bolsillo del ministro de Hacienda. Quizá le concederían una pensión decente, pero nunca conseguiría un nuevo empleo. Arny estaba seguro, aunque no le sobraba el dinero: justo lo opuesto de la situación de Evan. Ganaba un buen salario pero había pedido dinero prestado para ampliar su sala de estar y tenía dificultades con los pagos. Percibía un medio de ganar algo con la desgracia de su amigo. Pero le parecía desleal. Sin embargo, se dijo, Evan ya no podía perder más. Entró en una cabina de teléfonos y marcó un número. Se oyó la señal y metió una moneda en la ranura.

-¿Evening Post?

-¿Qué departamento?

-Editor de la City,

Siguió una pausa, y después oyó otra voz:

-Sección de la City.

-¿Mervyn?

-Soy yo.

-Aquí Arnold Matthews.

-Hola, Arny. ¿Qué hay de nuevo?

Arny hizo una profunda inspiración.

-El «Cotton Bank» de Jamaica tiene problemas.

22

Doreen, la esposa de Willie el Sordo, estaba sentada muy tiesa en la parte delantera de coches de Jacko, agarrando fuertemente un bolso en su regazo. Tenía la cara pálida y los labios torcidos en una extraña expresión, una mezcla de furia y de temor. Era una mujer de esqueleto grande, muy alta, caderas anchas y con tendencia a engordar a causa de la afición de Willie por las patatas fritas. Iba pobremente vestida y esto se debía a la afición de Willie por la cerveza negra. Tenía la mirada fija delante de ella y hablaba con Jacko por un lado de la boca.

-Entonces ¿quién le ha llevado al hospital?

Librodot

-No lo sé, Doreen -le mintió Jacko-. Quizás ha sido algún trabajillo y no querían que yo supiese quiénes eran, sabes. Todo lo que sé es que me han telefoneado, Willie el Sordo está en el hospital, díselo a su mujer, bang. -Hizo el gesto de un teléfono volviendo a su soporte.

-Mentiroso -dijo Doreen sin alterarse.

Jacko permaneció silencioso.

En la parte trasera del coche, Billy, el hijo de Willie, miraba sin ver por la ventanilla. Su cuerpo estirado y torpe estaba encogido en el pequeño espacio. Normalmente a Billy le gustaba ir en coche, pero hoy su madre estaba muy tensa y él sabía que había sucedido algo malo. Lo que era en concreto, lo ignoraba; todo estaba confuso. Ma parecía estar enfadada con Jacko, pero Jacko era un amigo. Jacko había dicho que Papá estaba en el hospital, pero no había dicho que estuviera enfermo; y, ciertamente, ¿cómo podía estarlo? Porque se encontraba bien cuando había salido aquella mañana de casa.

El hospital era un gran edificio de ladrillos, levemente gótico, que en otro tiempo había sido residencia del alcalde Southwark. Se habían añadido algunos edificios de tejado plano y los aparcamientos con cubiertas alquitranadas habían invadido el resto del terreno.

Jacko se detuvo cerca de la entrada de Urgencias. Nadie dijo nada mientras salían del vehículo y se dirigían hacia la puerta. Pasaron junto al conductor de una ambulancia, con una pipa en la boca, apoyado en el cartel de no fumar del costado de su vehículo.

Del calor del aparcamiento pasaron al ambiente fresco del hospital. El olor familiar de antiséptico provocó cierta náusea de pánico en el estómago de Doreen. A lo largo de las paredes se alineaban sillas de plástico verde y en el centro de la pieza había una mesa, frente a la entrada. Doreen vio a un muchachito al que asistían por un corte de vidrio, un joven con el brazo apoyado en un cabestrillo improvisado y una chica con la cabeza entre las manos. En algún lugar cercano gemía una mujer.

Doreen sintió pánico.

La enfermera que estaba en la mesa, una joven de las Indias Occidentales, hablaba por teléfono. Esperaron a que terminase y entonces Doreen le preguntó:

-¿Han ingresado ustedes esta mañana a un hombre llamado William Johnson?

La enfermera no la miró.

-Un momento -dijo-, por favor. -Tomó una nota en un bloc de papel y después alzó la mirada en el momento en que llegaba una ambulancia al hospital-. ¿Quieren ustedes sentarse, por favor? -dijo. Dio la vuelta a la mesa y se encaminó hacia la puerta.

Jacko se apartó, como si fuera a sentarse, pero Doreen le agarró fuertemente del brazo.

-¡Quédate aquí! -le ordenó-. No voy a estar esperando ahí durante malditas horas... Me quedo aquí hasta que ella me lo diga.

Vieron cómo entraban una camilla. La figura tumbada iba envuelta

en una manta manchada de sangre. La enfermera acompañó a los camilleros a través de un par de puertas basculantes.

Por otra puerta entró una mujer blanca y regordeta, con el uniforme de enfermera jefe, y Doreen la abordó.

-¿Por qué no puedo saber si mi marido está aquí? -dijo con voz chillona.

La enfermera se detuvo y les echó una rápida ojeada a los tres. La enfermera negra regresó.

-Se lo he preguntado y ella no me ha respondido -dijo Doreen.

-Enfermera -dijo la enfermera jefe--, ¿por qué no han sido atendidas estas personas?

-Me ha parecido que el caso del accidente de carretera con dos piernas cortadas tenía peor aspecto que esta señora.

-Ha hecho lo que debía, pero no es necesario que ironice. -La enfermera regordeta se volvió hacia Doreen-. ¿Cómo se llama su marido?

-William Johnson.

La enfermera revisó un registro.

-Aquí no tenemos ese nombre. -Hizo una pausa-. Pero tenemos un paciente no identificado. Varón, blanco, complexión media, de media edad, con heridas de bala en la cabeza.

-Es ése -dijo Jacko.

-¡Oh, Dios mío! -exclamó Doreen.

La enfermera cogió el teléfono.

-Es mejor que le vea, para saber si se trata de su marido. -Marcó un solo número y esperó un momento-. Ah, doctor, aquí la jefe Rowe, en Urgencias. Tengo a una mujer que podría ser la esposa del paciente con disparos. Sí. Lo haré..., nos encontraremos allí. -Colgó el teléfono y dijo-: Síganme, por favor.

Doreen se esforzó por controlar su desesperación mientras recorrían presurosos los corredores del hospital. Había temido que ocurriera esto desde el día en que, hacía más o menos quince años, descubrió que se había casado con un delincuente. Siempre lo había sospechado; Willie le había dicho que estaba metido en negocios, y ella no había preguntado nada más ya que en los tiempos de su noviazgo la chica que quería un marido sabía que no debía presionar demasiado. Pero en el matrimonio no era fácil guardar secretos. Hubo una llamada a la puerta, cuando el pequeño Billy iba todavía en pañales, y Willie había mirado por la ventana y había visto un policía. Antes de abrir la puerta le dijo a Doreen:

-Anoche hubo una partida de póquer en casa: yo, Harry el escocés y Tom Webster, y el viejo Gordon. Comenzó a las diez y duró hasta las cuatro de la mañana.

Doreen, que había estado en vela la mitad de la noche en una casa vacía, intentando que Billy se durmiera, había asentido tontamente; y cuando el Viejo Bill le preguntó, ella respondió lo que Willie le había ordenado decir. Desde entonces siempre había estado preocupada.

Librodot

Cuando solamente se trata de una sospecha, una puede decirse que no hay motivo de inquietud; pero cuando sabes que tu marido anda por ahí, y entra a robar en una fábrica o en una tienda, o incluso en un Banco, no puedes evitar preguntarte si alguna vez podría no regresar a casa.

No estaba segura de por qué sentía tanta rabia y tanto miedo. No amaba a Willie, no en el sentido familiar de esa palabra. Tenía un marido bastante golfo; siempre fuera de casa por las noches, escaso proveedor de dinero y muy pobre en el amor. El matrimonio había pasado de ser tolerable a ser miserable. Doreen había tenido dos abortos, y después nació Billy; después de eso dejaron de intentarlo. Seguían juntos a causa de Billy, y ella suponía que no eran los únicos, la única pareja que hacía aquello. No era que Willie arrimase demasiado el hombro en la carga de criar a un niño atrasado, pero eso parecía hacerle sentir la culpa suficiente para seguir casado. El muchacho quería a su padre.

«No, Willie, no te quiero -pensó-. Pero te necesito y quiero que estés conmigo: me gusta tenerte a mi lado, en la cama, y sentado junto a mí, viendo la televisión, y rellenando tus quinielas en la mesa; y si a todo eso se le llama amor, entonces diría que te quiero.»

Se había detenido y la enfermera jefe estaba hablándoles:

-Les haré entrar cuando el doctor lo indique -dijo. Desapareció en la sala y cerró la puerta tras de sí.

Doreen se quedó mirando fijamente la pared desnuda de color crema, intentando no pensar lo que había detrás. Ya se había encontrado en la misma situación una vez, después del asunto de la nómina de «Componiparts». Pero entonces había sido diferente; habían ido a casa diciendo:

-Willie está en el hospital, pero está bien... Solamente sin sentido. -Había colocado demasiada gelignita en la puerta de la caja fuerte y había perdido el oído de un lado.

Ella había ido al hospital -otro hospital- y esperó; pero sabía que estaba bien.

Después de aquel asunto Doreen había intentado, por primera y única vez, que él viviera honradamente. Parecía que él estaba dispuesto a complacerla, hasta que salió del hospital y tuvo que enfrentarse con la perspectiva de tener que hacer algo al respecto. Estuvo rondando por la casa algunos días, y cuando se le acabó el dinero hizo otro trabajillo. Más adelante se le escapó decir que Tony Cox le había hecho entrar en su grupo. Willie estaba orgulloso y Doreen estaba furiosa.

A partir de entonces Doreen odió a Tony Cox. Tony también lo sabía. Había estado una vez en casa de Willie, comió un plato de patatas fritas y habló con Willie sobre boxeo. De pronto alzó la mirada hacia Doreen y le preguntó;

-¿Qué es lo que tienes contra mí, muchacha?

Willie pareció molesto y dijo:

-Tranquilo, Tony.

Doreen sacudió la cabeza y respondió:

-Eres un malvado.

Tony se echó a reír al oír aquello enseñando un bocado de patatas a medio masticar. Después dijo:

-También lo es tu marido..., ¿no lo sabías? -Después de aquello volvieron a hablar de boxeo.

Doreen nunca había tenido respuestas rápidas para personas listas como Tony, de modo que no dijo nada más. De todos modos, su opinión no servía de nada. Nunca se le ocurrió a Willie pensar en el hecho de que si a ella no le gustaba una persona ése era un buen motivo para no llevarla a casa. Era la casa de Willie, aunque Doreen tuviera que pagar el alquiler con lo que ganaba cada dos semanas con las ventas por correo.

Hoy Willie había ido a un trabajo de Tony Cox. Doreen lo supo por la mujer de Jacko; Willie no se lo hubiese dicho nunca. Si Willie se muere, pensó, juro por Dios que haré colgar a Tony Cox. Oh, Dios mío, haz que esté bien...

Se abrió la puerta y la hermana asomó la cabeza.

-¿Quieren ustedes entrar, por favor?

Doreen entró la primera. Un médico bajo, de piel morena y cabello espeso y negro, estaba en pie cerca de la puerta. Ella le ignoró y se fue directamente hacia la cama.

Al principio quedó confusa. La figura que había en aquella alta cama de metal estaba cubierta hasta el cuello con una sábana y desde la barbilla hasta lo alto de la cabeza con vendas. Doreen había esperado ver un rostro y saber al instante que era Willie. Por un momento no supo qué hacer. Después se arrodilló y suavemente apartó la sábana.

-Mrs. Johnson -dijo el médico-, ¿es éste su marido?

-Oh, Dios, Willie -dijo Doreen-, ¿qué te han hecho? -Su cabeza cayó lentamente hasta apoyarse en el hombro desnudo de su marido.

En la distancia, oyó que Jacko decía:

-Es él, es William Johnson. -Y siguió dando datos de la dirección y la edad de Willie.

Doreen se dio cuenta de que Billy estaba en pie, muy cerca de ella. Transcurridos unos momentos, el muchacho colocó su mano en el hombro de su madre. Su presencia la obligaba a no dejarse abatir por la pena, o, por lo menos, a posponerla. Compuso sus facciones y se levantó.

El doctor tenía la expresión grave.

-Su marido vivirá -dijo.

Ella rodeó a su hijo con el brazo.

-¿Qué le han hecho?

-Perdigones de escopeta. Desde muy cerca.

Doreen agarraba fuertemente el hombro de Billy. No iba a llorar.

-Pero, ¿se pondrá bien?

-Ya le he dicho que vivirá, Mrs. Johnson. Pero posiblemente no podrá salvar la vista.

-¿Qué?

-Quedará ciego.

Doreen cerró fuertemente los ojos y gritó:

-No!

Todos la rodearon rápidamente; habían estado esperando la histeria. Ella les rechazó. Vio la cara de Jacko delante de ella, y vociferó:

-¡Tony Cox ha hecho esto, bastardo! -Y golpeó a Jacko-. ¡Eres un bastardo!

Oyó sollozar a Billy y se calmó inmediatamente. Se volvió hacia el muchacho y lo acercó a ella, abrazándole. Billy era algunos centímetros más alto que ella.

-Calma, calma, Billy -murmuró-. Papá está vivo, alégrate de ello.

-Debería usted ir a casa -le dijo el médico-. Dénos un número de teléfono donde podamos llamarla...

-Yo la llevaré -dijo Jacko-. Es mi teléfono, pero vivo cerca.

Doreen se apartó de Billy y se acercó a la puerta. La enfermera jefe la abrió. Fuera había dos policías.

-¿Qué pasa? -dijo Jacko. Parecía ofendido.

-En casos como éste -dijo el médico- estamos obligados a avisar a la Policía.

Doreen vio que uno de los policías era una mujer. Le invadió un gran deseo de contar que Willie había recibido los disparos haciendo un trabajo para Tony Cox; con eso perjudicaría a Tony. Pero había adquirido el hábito de engañar a la Policía después de quince años de matrimonio con un ladrón. Y sabía, tan pronto como se le ocurrió aquella idea, que Willie nunca le perdonaría ser una soplona.

No podía contárselo a la Policía. Pero, de pronto, supo a quién podía contárselo.

-Quiero llamar por teléfono -dijo.

UNA DE LA TARDE

23

Kevin Hart subió corriendo la escalera y entró en la redacción del Evening Post. Uno de los Muchachos, con una camisa «Brutus» y zapatos de alto tacón, pasó junto a él cargado con un montón de periódicos; la edición de la una. Kevin cogió uno de la pila y se sentó detrás de su mesa.

Su historia estaba en la primera página.

El titular decía: MIEMBRO DEL GOBIERNO SE DERRUMBA. Kevin estuvo contemplando un momento las encantadoras palabras: «Por Kevin Hart.» Después leyó.

«Mr. Tim Fitzpeterson, Secretario del Gobierno, ha sido encontrado inconsciente hoy en su piso de Westminster. »Junto a él había un frasco de píldoras vacío..

»Mr. Fitzpeterson, funcionario del Departamento del Ministerio de la Energía responsable de la política del petróleo, fue llevado al hospital en una ambulancia.

»Cuando yo estaba llamando a su puerta para hacerle una entrevista, llegó el agente Ron Bowler, que había sido enviado para saber por qué el ministro no había comparecido a una reunión del comité.

»Encontramos a Mr. Fitzpeterson inconsciente sobre su escritorio. Se llamó a una ambulancia inmediatamente.

»Un portavoz del Departamento de Energía nos ha dicho: "Al parecer Mr. Fitzpeterson ha tomado accidentalmente una sobredosis. Se realizará una investigación."

»Tim Fitzpeterson tiene 41 años. Está casado, con tres hijas.

»Un portavoz del hospital comunicó después: "Está fuera de peligro."»

Kevin releyó nuevamente todo el artículo, no pudiendo creer lo que estaba leyendo. La noticia que él había dictado por teléfono se había rectificado y era irreconocible. Se sentía vacío y amargado. Este tenía que haber sido su momento de gloria y algún subdirector sin corazón la había manipulado.

¿Qué había ocurrido con el soplo anónimo de que Fitzpeterson tenía una amiguita? ¿Y qué había sucedido con la llamada telefónica del propio Fitzpeterson, declarando que le estaban haciendo chantaje? Se suponía que los periódicos contaban la verdad, ¿no era así?

Su ira crecía por momentos. El no había entrado en esa profesión para convertirse en un gacetillero estúpido. La exageración era una cosa, y él estaba dispuesto a convertir una riña de borrachos en una guerra de pandillas por el bien de una noticia en un día tranquilo, pero suprimir hechos importantes, especialmente concernientes a políticos, eso no formaba parte del juego.

Si un periodista no podía insistir en la verdad, ¿quién demonios podía hacerlo?

Se levantó, dobló el periódico, y se acercó a la mesa de redacción.

Arthur Cole estaba dejando el teléfono. Alzó la mirada hacia Kevin.

Kevin arrojó el periódico delante de Cole.

-¿Qué es esto, Arthur? Tenemos un político chantajeado y que se suicida, y el Evening Post dice que es una sobredosis accidental.

Cole desvió la mirada hacia lo lejos.

-Barney -llamó-. Ven aquí un minuto.

Kevin insistió:

-¿Qué está ocurriendo, Arthur?

Librodot

Cole le miró entonces.

-Oh, vete a la mierda, Kevin -dijo.

Kevin se quedó mirándole.

Cole le dijo al reportero llamado Barney:

-Llama a la Policía de Essex y pregunta si han recibido instrucciones para buscar la furgoneta huida.

Kevin dio media vuelta, totalmente confuso. Se había preparado para una discusión, para argumentar, incluso para una pelea; pero no para que le despidieran tan groseramente. Se sentó otra vez al fondo de la sala, dando la espalda a la mesa de redacción, mirando fijamente, sin verlo, el periódico. ¿Era esto de lo que le advertían los veteranos provincianos cuando le daban consejos acerca de Fleet Street? ¿Era esto lo que aquellos locos universitarios de izquierda querían decir al declarar que la Prensa era una puta?

No es que yo sea un maldito idealista, pensó. Yo defiendo nuestra salacidad y nuestro sensacionalismo y diré con los mejores de la profesión que la gente recibe los periódicos que merece. Pero no soy un cínico total, todavía no, por el amor de Dios. Creo que estamos aquí para descubrir la verdad y después imprimirla.

Comenzó a preguntarse si realmente quería ser periodista. La mayor parte del tiempo era un trabajo aburrido. Se producía algún momento cumbre ocasional, cuando algo iba bien, y una noticia se hacía interesante y conseguías notoriedad; o cuando estallaba una gran noticia y seis o siete periodistas llamaban inmediatamente por teléfono haciendo carreras con la competencia y entre ellos; algo como lo que ahora estaba sucediendo, un robo de dinero, pero Kevin estaba al margen. Aparte de eso, nueve partes de cada diez de tu tiempo lo pasabas esperando; esperando que los detectives salieran de las comisarías, esperando que los jurados regresaran con el veredicto, esperando que llegasen celebridades, esperando sencillamente que se produjera la noticia.

Kevin había creído que Fleet Street sería diferente del periódico de la tarde en Midlands, en donde había entrado al dejar la universidad. Se había sentido satisfecho, como periodista en prácticas, entrevistando a concejales estúpidos y presuntuosos, publicando las quejas exageradas de los inquilinos de las viviendas protegidas y escribiendo artículos sobre actores aficionados, perros perdidos y oleadas de pequeño vandalismo. De vez en cuando había hecho cosas de las que se sentía orgulloso: una serie de artículos sobre los problemas de los inmigrantes en la ciudad; una crónica de denuncia sobre el dinero malgastado por el Ayuntamiento; el seguimiento de una investigación larga y complicada. El traslado a Fleet Street, había pensado con entusiasmo, significaría escribir noticias importantes a nivel nacional, dejando a un lado enteramente las noticias triviales. En vez de eso, se había encontrado con que todos los temas importantes, política, economía, industria, las artes, estaban en manos de los especialistas; y que esos trabajos de especialidad estaban confiados a personas

brillantes y con talento, precisamente como Kevin Hart.

Necesitaba algún medio para lucirse, algo que hiciera que los ejecutivos del Post advirtieran su presencia y dijesen: «El joven Hart es bueno... ¿Estamos sacándole todo el provecho?» Una buena oportunidad podía ser la ocasión: un soplo importante, una entrevista en exclusiva, un trabajo de espectacular iniciativa.

Creía que hoy precisamente había dado con lo que le convenía, pero se había equivocado. Y ahora se preguntaba si su sueño iba a cumplirse algún día.

Se levantó y se dirigió a los lavabos de caballeros. ¿Qué otra cosa podía hacer?, pensó. Siempre podría dedicarme a los ordenadores, o a la publicidad, o a relaciones públicas, o a dirigir un pequeño negocio. Pero quiero dejar el periodismo teniendo un éxito y no un fracaso.

Mientras estaba lavándose las manos entró Arthur Cole.

El hombre se dirigió a Kevin por encima del hombro. Ante el asombro de Kevin dijo:

-Siento lo de ahí fuera, Kevin. Ya sabes cómo van las cosas algunas veces en la mesa de redacción.

Kevin tiró de un fragmento de toalla. No sabía qué responder.

Cole se acercó al lavabo.

-¿Sin rencores?

-No estoy ofendido -respondió Kevin-. No me importan sus palabrotas. No me importarían aunque usted me llamase el mayor bastardo de la tierra. -Vaciló. No era eso lo que quería decir. Se miró un momento al espejo, y después se lanzó-: Pero cuando mi historia aparece en el periódico y se han censurado la mitad de los hechos, empiezo a preguntarme si no hubiera debido convertirme en programador de ordenadores.

Cole llenó el lavabo con agua fría y se salpicó la cara. Buscó a tientas la toalla y se secó.

-Deberías saberlo, pero te lo diré de todos modos -comenzó-. La noticia que hemos publicado en el periódico consiste en lo que nosotros sabemos y solamente en lo que sabemos. Sabemos que Fitzpeterson fue hallado inconsciente y fue trasladado al hospital, y sabemos que había un frasco vacío junto a él, porque tú viste todo eso. Estabas en el lugar adecuado en el momento justo, lo cual, debo decir, es una habilidad importante para un reportero. Ahora bien, ¿qué más sabemos? Sabemos que recibimos un informe anónimo diciendo que ese hombre había pasado la noche con una mujerzuela; y que alguien llamó declarando ser Fitzpeterson y que Laski y Cox le estaban haciendo chantaje. Pues bien, si imprimimos esos dos hechos, sola-mente nos queda deducir que están relacionados con la sobredosis; ciertamente, que tomó la sobredosis porque le hacían chantaje por el asunto con la puta.

-Pero -dijo Kevin- ¡esa derivación es tan obvia que estamos engañando a la gente si no la publicamos!

-¿Y si las llamadas eran fraudulentas, y las píldoras eran para la

indigestión, y el hombre está en coma diabético? ¿Y si arruinamos su carrera?

-¿No es un tanto improbable?

-Puedes apostarlo, Kevin. Tengo un noventa por ciento de seguridad de que la verdad es como tú la escribiste en la historia original. Pero no estamos aquí para publicar sospechas. Y ahora volvamos al trabajo.

Kevin siguió a Arthur fuera de los lavabos y a través de la sala de redacción. Se sentía como la heroína de una película que dice: «Estoy tan confundida que no sé qué hacer.» Se sentía medio inclinado a pensar que Arthur tenía razón; pero también creía que las cosas no tenían que ser de aquella manera.

Sonó un teléfono en una mesa desatendida y Kevin lo cogió.

-Sala de redacción.

-¿Es usted periodista? -Era voz de mujer.

-Sí, señora. Me llamo Kevin Hart. ¿En qué puedo servirla?

-Han disparado contra mi marido y quiero justicia.

Kevin suspiró. Una riña doméstica significaba un caso para el tribunal, lo cual, a su vez, significaba que el periódico no podía hacer mucho con la noticia. Creyó que la mujer iba a decirle quién había disparado contra su marido y a pedirle que lo publicase. Pero era el jurado el que decidía quién había disparado contra quién y no los periódicos. De modo que le dijo:

-¿Quiere usted darme su nombre, por favor?

-Doreen Johnson, número cinco de Yew Street, uno este. Mi Willie recibió unos disparos en ese robo de dinero.-La voz de la mujer se quebró-. Le han dejado ciego. -Entonces comenzó a gritar-. Ha sido obra de Tony Cox, así que ¡ya puede usted publicarlo! -La línea quedó muda.

Kevin dejó el teléfono poco a poco, intentando comprender lo que le acababan de decir.

¡Vaya día endemoniado de llamadas telefónicas! Cogió su bloc de notas y se acercó a la mesa de redacción.

-¿Tienes algo? -le preguntó Arthur.

-No lo sé -respondió Kevin-. Una mujer acaba de llamar. Me ha dado su nombre y su dirección. Me ha dicho que su marido ha estado en ese robo del dinero, y que le dispararon a la cara y le han dejado ciego, y que era un trabajo de Tony Cox.

Arthur se quedó mirándole.

-¿Cox? -preguntó-. ¿Cox?

-¡Arthur! -gritó alguien.

Kevin alzó la vista, molesto por la interrupción. La voz pertenecía a Mervyn Glazier, el subdirector de la City; un hombre joven y corpulento con zapatos de ante gastados y una camisa manchada de sudor.

Glazier se aceró y dijo:

-Esta tarde quizá tenga una historia para vuestras páginas. Posible

colapso de un Banco. Es el «Cotton Bank» de Jamaica, y el propietario es un hombre llamado Felix Laski.

Arthur y Kevin se miraron.

-¿Laski? -dijo Arthur-. ¿Laski?

-¡Dios mío! -exclamó Kevin.

Arthur frunció el entrecejo, se rascó la cabeza y dijo mediatabundo:

-¿Qué demonios está pasando?

24

El «Morris» de color azul seguía todavía a Tony Cox. Lo descubrió en el aparcamiento del pub cuando él salía. Confiaba que no intervinieran tontamente y quisieran analizarle el aliento: había bebido tres pintas de cerveza con los bocadillos de salmón ahumado.

Los detectives cruzaban la salida pocos segundos después detrás del «Rolls». A Tony no le preocupaba. Ya les había perdido hoy una vez y podía hacerlo de nuevo. El método más sencillo sería encontrar un trecho rápido de carretera y apretar el acelerador. Sin embargo, prefería que ellos no supieran que le habían perdido, justo como esa mañana.

No sería difícil.

Cruzó el río y entró en el West End. Mientras escogía su camino a través del tráfico pensó en los motivos que tenía el Viejo Bill para seguirle. Debía ser sencillamente una simple cuestión de causarle molestias, estaba seguro. ¿Cómo lo llamaban los informes? Hostigamiento. Imaginaban que si le seguían el tiempo suficiente él se impacientaría o se descuidaría y haría algo estúpido. Pero eso era solamente la justificación; el motivo real probablemente radicaba en la política de Scotland Yard. Quizás el Subjefe de la Policía (Sección Crimen) había amenazado con quitarle al C 1 a Tony Cox y dárselo a la Patrulla Volante, de modo que el C 1 había organizado la vigilancia para poder decir que estaban haciendo algo.

A Tony no le importaba mientras no se lo tomasen demasiado en serio. Lo habían tomado seriamente una vez, hacía algunos años. En aquel tiempo la empresa de Tony había estado bajo el ojo atento del CID en la Central del West End. Tony había hecho un trato con el inspector de detectives que se ocupaba de su caso. Llegó una semana en que el inspector rehusó el dinero acostumbrado de Tony y le dijo que el trato había terminado. El único medio que tuvo Tony para arreglarlo fue el sacrificio de algunos de sus hombres. El y el detective habían hecho caer en la trampa a cinco delincuentes de poca monta acusados de chantaje. Los cinco habían ido a prisión, la Prensa había elogiado al CID por haber roto la presión de la pandilla sobre la ciudad y las cosas siguieron como de costumbre. Desgraciadamente, ese inspector se hundió por sí mismo, por suministrarle cannabis a un estudiante; un triste final para una carrera prometedora, pensó Tony.

Entró en el aparcamiento de varios pisos del Soho. Se detuvo en la entrada, pasando largo rato para sacar la tarjeta de máquina mientras vigilaba al «Morris» azul por el retrovisor. Uno de los detectives saltó del auto y corrió al otro lado de la calle para cubrir la salida de peatones. El otro encontró un espacio para estacionar en un parquímetro, a pocos metros de distancia, en una posición que le permitía ver los coches que salían del edificio. Tony asintió, satisfecho. Condujo hasta la primera planta y detuvo el «Rolls» junto a la oficina. A un lado vio a un joven al que no conocía.

-Soy Tony Cox -le dijo-. Quiero que me aparques el coche y me consigas uno de esos que siempre están aquí..., alguno que probablemente nadie utilice hoy.

El hombre frunció el ceño. Tenía el cabello rizado, alborotado, y llevaba unos pantalones vaqueros manchados de grasa y con los bajos deshilachados.

-No puedo hacer eso, amigo -respondió.

Tony dio unos golpes impacientes con el pie.

-No me gusta tener que repetir las cosas, muchacho. Soy Tony Cox.

El hombre joven se echó a reír. Se levantó, dejando a un lado una revista ilustrada, y dijo:

-No me importa quién pueda ser usted. Usted...

Tony le golpeó en el estómago. Su puño grande hizo un ruido sordo al chocar. Fue como un puñetazo contra un almohadón de plumas. El empleado se dobló, gimiendo y luchando por respirar.

-Tengo prisa, chico -dijo Tony.

Se abrió la puerta del despacho.

-¿Qué sucede aquí? -Se acercó un hombre maduro con una gorra de béisbol-. Ah, eres tú, Tony. ¿Algún problema?

-¿Dónde estabas, fumando en el retrete? -dijo Tony groseramente-. Quiero un coche con el que no me puedan seguir el rastro, y llevo prisa.

-No hay problema -dijo el hombre maduro. Descolgó un manojo de llaves de un gancho que había en la .pared de amianto-. Tengo un bonito «Granada», que estará aquí toda la quincena. Tres litros, automático, bonito color de bronce...

-Me importa un bledo el color del coche. -Tony cogió las llaves.

-Está allí. -El hombre señaló-. Yo aparcaré el tuyo.

Tony salió del despacho y entró en el «Granada». Se ajustó el cinturón de seguridad y se alejó. Hizo una pausa al lado de su auto, que el hombre de la gorra estaba estacionando.

-¿Cómo te llamas? -preguntó Tony.

-Me llamo Davy Brewster, Tony.

-De acuerdo, Davy Brewster. -Tony sacó su cartera y sacó dos billetes de diez libras-. Asegúrate de que el chico no abra la boca, ¿comprendido?

-No hay problema. Muchas gracias. -David cogió el dinero.

Tony se alejó. Mientras se marchaba se puso las gafas de sol y la

gorra de tela. Al salir a la calle, vio que el «Monis» azul estaba un poco más allá, a su derecha. Colocó el codo derecho al borde de la ventanilla, disimulando su rostro, y condujo con la mano izquierda. El segundo detective, a la izquierda de Tony, daba la espalda a la calle para observar la salida de peatones. El hombre fingía estar mirando el escaparate de una tienda de artículos religiosos.

Tony les miró por el espejo retrovisor al acelerar alejándose. Ninguno de ellos le había visto.

-Tranquilo -dijo Tony en voz alta. Y se dirigió hacia el Sur.

Era un vehículo agradable, con cambio automático y dirección asistida. Tony buscó entre los cassetes, encontró uno de los «Beatles» y lo colocó. Después encendió un cigarro.

En menos de una hora estaría en la granja contando el dinero.

Había merecido la pena cultivar la relación con Felix Laski, pensó Tony. Se habían conocido en el restaurante de uno de los clubes de Tony. Los casinos de Cox servían la mejor comida de Londres. Tenían que hacerlo. El lema de Tony era: si sirves cacahuetes, tus clientes serán monos. Y él quería gente rica en sus clubes de juego, no advenedizos que bebieran cerveza y pidieran fichas de cinco peniques. A él personalmente no le gustaba la comida lujosa, pero la noche que conoció a Laski estaba comiendo una gran chuleta, poco hecha, en una mesa próxima a la del financiero.

Había conseguido el chef quitándoselo a «Pincher's». Tony ignoraba lo que aquel hombre hacía con las chuletas, pero el resultado era sensacional. El hombre de la mesa contigua, alto y elegante, le había llamado la atención: un hombre con un excelente aspecto considerando su edad. Estaba con una joven que Tony inmediatamente clasificó como furcia.

Tony había terminado la chuleta y estaba comiendo vorazmente un bizcocho borracho cuando sucedió el accidente. El camarero estaba sirviéndole canelones a Laski y de alguna manera tumbó una botella medio llena de clarete. La furcia dio un grito y se apartó de un salto, y algunas gotas de vino salpicaron la inmaculada camisa blanca de Laski.

Tony actuó inmediatamente. Se levantó, arrojando su servilleta sobre la mesa y llamó a tres camareros y al maitre. Primero se dirigió al camarero autor del accidente.

-Vaya a cambiarse. Y el viernes recoja sus papeles.

Se dirigió a los otros.

-Bernardo, un paño. Giulio, otra botella de vino. Monsieur Charles, otra mesa, y no presente la cuenta al caballero. -Finalmente habló con los comensales-. Soy el propietario, Tony Cox. Por favor, les pido que acepten la invitación de la casa, y les presento mis excusas. Confío que escojan los platos más caros del menú, y empezando con una botella de «Dom Pérignon».

Laski habló entonces.

- Estas cosas no pueden evitarse. -Su voz era grave y tenía leve

Librodot

acento-. Pero resulta agradable recibir una excusa tan a la antigua y tan generosa. -Sonrió.

-Por poco me arruina el vestido -dijo la chica. Su acento confirmó la suposición de Tony en cuanto a su profesión: procedía de la misma parte de Londres que él.

El maitre dijo:

-Monsieur Cox, la sala está llena. No dispongo de otra mesa.

Tony señaló su propia mesa.

-¿Y qué hay de malo con esa? Despéjela, rápido.

-No, por favor -dijo Laski-. No nos gustaría privarle a usted de su lugar.

-Insisto en ello.

-En ese caso, únase a nosotros.

Tony les miró. A la furcia era obvio que no le gustaba la idea. ¿El hombre lo decía de verdad, o simplemente se mostraba cortés? Bueno, Tony casi había terminado, de modo que si la reunión no resultaba podría dejar la mesa muy pronto.

-No quisiera molestar...

-Nada de eso -dijo Laski-. Y podrá decirme cómo se puede ganar a la ruleta.

-De acuerdo -respondió Tony.

Permaneció con ellos toda la velada. Él y Laski se entendieron perfectamente, y muy pronto se evidenció que lo que la chica pudiera opinar no tenía importancia. Tony contó historias de villanías en el mundo del juego y Laski se emparejó con él, anécdota por anécdota, contándole historias de prácticas fraudulentas en la Bolsa. Se adivinaba que Laski no era jugador, pero le gustaba llevar invitados al club. Cuando entraron en el casino compró fichas por valor de cincuenta libras y se las entregó todas a la chica. La velada acabó cuando Laski, entonces muy bebido, dijo:

-Supongo que ahora debería llevarla a casa y joder con ella.

Después de aquel día se encontraron algunas veces -nunca cita previa- en el club, y siempre acababan emborrachándose juntos. Al cabo de algún tiempo Tony permitió que el otro se enterase de que era homosexual, y Laski no reaccionó al respecto, motivo por el cual Tony sacó la conclusión de que el financiero debía ser un heterosexual tolerante.

A Tony le complacía saber que podía relacionarse amistosamente con alguien de la clase de Laski. La escena en el restaurante había sido de lo más fácil y muy bien ensayada: los grandes gestos, el tono de mando, la cortesía insistente y una moderación consciente de su acento. Pero mantener la relación con alguien tan cerebral, tan rico y tan acostumbrado a moverse en círculos casi aristocráticos, como era el caso de Laski, le parecía a Tony todo un éxito.

Fue Laski quien primero dio un paso hacia una relación más profunda. Habían estado haciendo bravatas, borrachos los dos durante la madrugada de un domingo y Laski hablaba del poder del

dinero.

-Con suficiente dinero -dijo- puedo descubrir cualquier cosa de la City... hasta la combinación de la caja del sótano del «Banco de Inglaterra».

-El sexo es mejor -le dijo Tony.

-¿Qué quieres decir?

-Que el sexo es un arma mejor. Yo puedo descubrir cualquier cosa en Londres utilizando el sexo.

-Mira, eso lo dudo -respondió Laski, cuyos impulsos sexuales estaban bajo buen control.

Tony se encogió de hombros.

-De acuerdo. Desafíame.

Fue entonces cuando Laski dio su paso.

-El permiso de explotación para el campo petrolífero Shield. Descúbreme quién lo ha conseguido... antes de que el Gobierno lo dé a conocer.

Tony percibió el brillo en los ojos del financiero y adivinó que aquella conversación había sido planeada.

-¿Por qué no me pides algo difícil? -replicó-. Los políticos y los funcionarios son demasiado fáciles.

-Eso bastará -dijo Laski sonriendo.

-De acuerdo. Pero yo también tengo que desafiarte. Laski entornó los ojos.

-Adelante.

Tony dijo lo primero que se le ocurrió.

-Descúbreme el programa para las entregas de los billetes de Banco usados a la planta de destrucción de moneda del «Banco de Inglaterra».

-Eso ni siquiera me costará dinero -dijo Laski confiadamente.

Y así fue como había comenzado. Tony sonrió alegremente mientras cruzaba el sur de Londres en el «Ford». No sabía cómo se las había arreglado Laski para cumplir con su parte del trato; la parte de Tony había sido por pura chochez. ¿Quién tiene la información que necesitamos? El Secretario. ¿Cómo es? Lo más parecido a una virgen; un marido fiel. ¿Satisface sus necesidades con la mujer? No mucho. ¿Caerá en la trampa del truco más antiguo? Como en un sueño.

Acabó la cinta y le dio la vuelta. ¿Se preguntaba cuánto dinero habría en la furgoneta... cien de los grandes? A lo mejor había un cuarto de millón. Mucho más que eso sería molesto. No se podía entrar en el «Barclays Bank» con sacos llenos de billetes de cinco libras usados sin despertar sospechas. Ciento cincuenta de los grandes sería lo ideal. Cinco gordos para cada uno de los muchachos, algunos más para gastos y unos cincuenta mil añadidos furtivamente a las ganancias de esa noche de varios negocios legales. Los clubes de juego eran más útiles para ocultar ingresos ilícitos.

Los muchachos sabían qué hacer con cinco de los grandes. Pagar algunas deudas, comprarse un coche de segunda mano, colocar unos

Librodot

pocos cientos en unas cuentas de dos o tres Bancos, comprar un abrigo nuevo para la mujer, prestarle a la suegra un par de chelines, pasar una noche en el pub, y ¡bang! todo terminado. Pero, dales veinte mil, y todos empiezan a tener ideas estúpidas. Cuando se sabía que trabajadores en paro y hombres dedicados a trabajillos diversos hablaban de villas en el sur de Francia, la ley empezaba a sospechar.

Tony sonrió para sí. Debería estar preocupándome por tener demasiado dinero. Los problemas del éxito son los que me gustan. No cuentes los pollitos antes de hacer los huevos, decía Jacko algunas veces. La furgoneta podía haber estado llena de monedas usadas de medio penique destinadas a la fundición.

Eso sí que sería una buena broma.

Casi había llegado. Empezó a silbar.

25

Felix Laski estaba sentado en su oficina, viendo una pantalla de televisión y rasgando un sobre en tiras estrechas. El circuito cerrado de televisión era el equivalente moderno de la cinta de cotizaciones; y Laski se, sentía como el agente de Bolsa en una vieja película, inquieto por la crisis económica del 1929. El aparato mostraba continuamente noticias del mercado y movimiento de precios en acciones, mercancías y monedas. No había habido mención del permiso de explotación. Las acciones de Hamilton habían bajado cinco puntos desde el día anterior y el movimiento era moderado.

Acabó de rasgar el sobre y dejó caer los restos en una papelera de metal. El permiso para el petróleo se tenía que haber anunciado una hora antes.

Cogió el teléfono azul y marcó el 123.

-A la tercera señal, será la una, cuarenta y siete minutos y cincuenta segundos.

Más de una ahora de retraso en anunciarlo. Llamó al Departamento de Energía y pidió por la Oficina de Prensa. Una mujer le dijo:

-El Secretario de Estado ha sufrido un retraso. La conferencia de Prensa empezará en cuanto llegue y el anuncio se hará tan pronto como se inicie la conferencia.

A la mierda con tus retrasos, pensó Laski; tengo una fortuna pendiente en este asunto.

Apretó el intercomunicador:

-¿Carol? -No hubo respuesta. Vociferó-: ¡Carol! La muchacha asomó la cabeza por la puerta.

-Lo siento, estaba archivando.

-Tráeme un poco de café.

-En seguida.

Cogió de su bandeja de «entradas» una carpeta marcada: Tubería de Precisión - Informe de Ventas, Primer Trimestre. Era una muestra de

espionaje rutinario de una firma de la que planeaba apoderarse. Laski tenía la teoría de que era bueno invertir capital cuando la baja tocaba fondo. Pero ¿tendrá «Precisión» posibilidades de expansión? se preguntó.

Miró la primera página del informe, frunció el ceño ante la prosa indigerible del jefe de ventas y arrojó la carpeta a un lado. Cuando se arriesgaba y perdía, lo aceptaba con ecuanimidad. Lo que le enfurecía era lo que no daba buen resultado por motivos desconocidos. Sabía que ahora no podría concentrarse en nada hasta que estuviera resuelto el asunto «Shieki».

Pasó el dedo por la raya bien planchada de sus pantalones y pensó en Tony Cox. Sentía simpatía por el joven delincuente, a pesar de su obvia homosexualidad, ya que adivinaba en él aquello que los ingleses denominan un espíritu afín. Igual que Laski, Cox había salido de la pobreza con decisión, oportunismo, implacabilidad. Y también, igual que Laski, intentaba de modo sutil pulir sus modales de clase baja; Laski lo hacía mejor, pero solamente porque se había dedicado a ello mucho antes. Cox quería ser como Laski, y lo conseguiría; cuando llegase a cincuentón sería un caballero de la City, distinguido y de cabello canoso.

Laski se dio cuenta de que no tenía ni un solo motivo convincente para confiar en Cox. Naturalmente tenía su instinto, que le decía que el joven era sincero con las personas que conocía: pero los Tony Cox de este mundo solían estafar por costumbre. ¿Habría inventado acaso todo ese asunto sobre Tim Fitzpeterson?

La pantalla de televisión volvió a mostrar los precios de «Hamilton Holdings»; habían bajado otro punto. Laski deseó que no utilizaran aquel maldito modelo de ordenador, todo rayas horizontales y verticales: le dolían los ojos. Empezó a calcular lo que perdería si «Hamilton» no había conseguido el permiso.

Si pudiera vender las 510.000 acciones en este momento solamente perdería algunos millares de libras. Pero no sería posible vender todo el lote al valor de mercado. Y el precio seguía bajando. Digamos una pérdida de veinte mil libras más o menos. Y un fracaso psicológico; daño para su reputación de ganador.

¿Arriesgaba algo más? Seguro que Cox planeaba algo criminal con la información que le había dado Laski. Sin embargo, puesto que Laski no sabía nada de ello, a él no podrían acusarle de complicidad. Ahí estaba aún el Decreto Británico sobre Secretos Oficiales, moderado según las normas europeas, pero una formidable pieza legislativa. Era ilegal acercarse a un funcionario civil para obtener datos confidenciales. Demostrar que Laski había hecho eso sería difícil, pero no imposible. Había preguntado a Peters si le esperaba un día atareado, y Peters había respondido:

-Es uno de esos días.

Después Laski había dicho a Cox: -Hoy es el día.

Bien, si se pudiera convencer a Cox y a Peters para que testificaran

Librodot

contra él, Laski saldría condenado. Pero Peters ni siquiera sabía que había dado a conocer un secreto, y nadie atinaría a preguntárselo. ¿Y si arrestasen a Cox? La Policía británica tenía medios para arrancar información de la gente, aunque no utilizasen bates de béisbol. Cox po-dría decir que había obtenido la información de Laski, y entonces ellos comprobarían los movimientos de Laski aquel día, y podrían descubrir que había tomado café con Peters...

Era una posibilidad bastante remota. Laski estaba más preocupado por concluir el trato con «Hamilton». Sonó el teléfono. Laski respondió:

-¿Diga?

-Es la calle Threadneedle ... Mr. Ley -dijo Carol.

Laski hizo un sonido de desaprobación.

-Probablemente es para el asunto del «Cotton Bank». Pásaselo a Jones.

-Ya ha llamado al «Cotton Bank» y Mr. Jones no está, se ha ido a su casa.

-¿Se ha ido a su casa? De acuerdo, hablaré con él. Oyó que Carol decía:

-Le paso a Mr. Laski.

-¿Laski? -La voz era aguda, y su acento tenía cierto deje aristocrático.

-Sí.

-Aquí Ley, del «Banco de Inglaterra».

-¿Cómo está usted?

-Buenas tardes. Ahora, escuche, amigo mío. -Laski hizo rodar los ojos al oír esta frase-: le ha extendido usted un cheque bastante importante a «Fett and Company».

Laski palideció.

-Dios mío, ¿ya lo han presentado?

-Sí, bueno, me ha parecido que la tinta todavía estaba húmeda.

-Ahora, la cuestión es que va a cargo del «Cotton Bank», como usted sabe obviamente, y el pobrecillo del «Cotton Bank» no puede cubrirlo. ¿Me sigue usted?

-Naturalmente que le sigo. -Ese tipo condenado le estaba hablando como si él fuese un crío. No había nada que molestase más a Laski-. Está claro que mis instrucciones en cuanto a lo necesario para cubrir esos fondos no se han cumplido. Sin embargo, quizá pueda excusarlo pensando que mi personal habrá pensado que disponía de algo de tiempo para realizarlas.

-Hum... Realmente, es más agradable que los fondos estén disponibles antes de firmar ese maldito talón, sabe usted, sólo para pisar terreno seguro, ¿no cree?

Laski pensó con rapidez. Maldita sea, esto no hubiera sucedido si se hubiera hecho el anuncio a tiempo. Y ¿dónde demonios estaba Jones?

-Habrá usted adivinado que el cheque es un pago de un interés de control en «Hamilton Holdings». Yo creo que esas acciones podrían ser un aval de seguridad

-Oh, ay, ay, no -interrumpió Ley-. Eso realmente no puede ser. El «Banco de Inglaterra» no está en el negocio para financiar especulaciones en la Bolsa de Valores.

Quizá no, pensó Laski; pero si ya se supiera, si vosotros ya supierais que «Hamilton Holdings» tenía ahora el permiso para el petróleo, no estarías armando este jaleo. Se le ocurrió pensar que quizá ya lo sabían, y «Hamilton» no había conseguido el permiso; por eso le habían llamado por teléfono. Se enfadó.

-Oiga, ustedes son un Banco -dijo-. Les pagaré el interés de veinticuatro horas por ese dinero...

-El Banco no está acostumbrado a mezclarse en el mercado de dinero.

Laski elevó la voz.

-¡Usted sabe jodidamente bien que yo puedo cubrir fácilmente el importe de ese cheque, sólo necesito un poco de tiempo! Si usted lo devuelve, mi reputación se va a la mierda. ¿Va usted a arruinarme por un maldito millón una sola noche y por una tradición estúpida?

La voz de Ley se hizo muy fría.

-Mr. Laski, nuestras tradiciones existen específicamente con el propósito de arruinar a las personas que firman cheques que no pueden pagar. Si este importe no queda cubierto hoy mismo le diré al portador que lo vuelva a presentar. Eso significa, por tanto, que dispone usted de una hora y media para hacer un depósito de un millón de libras esterlinas en dinero en la calle Threadneedle. Buenos días.

-Maldito seas -dijo Laski, pero la línea estaba muda.

Devolvió el auricular al soporte, rompiendo el plástico del teléfono. Su mente se desbocó. Era preciso encontrar un medio para reunir inmediatamente un millón... ¿Cómo podía hacerlo?

Su café había llegado mientras hablaba por teléfono. No había observado que Carol había entrado. Lo probó e hizo una mueca.

-¡Carol! -gritó.

Ella abrió la puerta.

-¡Dígame!

Con la cara enrojecida y tembloroso, Laski arrojó la delicada taza de porcelana a la papelera donde se rompió ruidosamente. Vociferó:

-¡El jodido café está frío!

La chica dio media vuelta y huyó.

DOS DE LA TARDE
26

El joven Billy Johnson estaba buscando a Tony Cox, pero se olvidaba continuamente de ello.

Había salido de casa muy de prisa después de regresar del hospital. Su madre gritaba mucho, había algunos policías por allí, y se habían

llevado Jacko a la Comisaría para ayudarles en la investigación. Los vecinos y los parientes que pasaban por la casa sin parar hacían que se sintiese más confuso. A Billy le gustaba la tranquilidad.

Nadie parecía estar dispuesto a prepararle el almuerzo o a prestarle atención, de modo que comió un paquete de galletas de jengibre y salió a la calle por la puerta de atrás diciéndole a Mrs. Glebe, que vivía tres puertas más abajo, que iba a casa de su tía para ver la televisión en color.

Había estado meditando las cosas mientras caminaba. Caminar le ayudaba a pensar. Cuando se sentía desconcertado, podía mirar los autos y las tiendas y la gente pobre un rato, para descansar la mente.

Primero se dirigió hacia la casa de su tía, hasta que recordó que realmente no era allí donde quería ir; solamente lo había dicho para evitar que Mrs. Glebe creara problemas. Entonces tuvo que recordar hacia dónde iba. Se detuvo, miró el escaparate de una tienda de discos, leyendo dificultosamente los nombres de las extravagantes fundas e intentando acoplarlos a canciones que había oído por la radio. Tenía un tocadiscos pero nunca disponía de dinero para comprar discos, y los gustos de sus padres no eran como los de él. A mamá le gustaban las canciones sentimentales, a papá le gustaban las bandas musicales y a, Billy le gustaba el rock-and-roll. La única persona que conocía a quien le gustase también el rock-and-roll era Tony Cox...

Era eso. Estaba buscando a Tony Cox.

Se encaminó hacia lo que creía que era más o menos la dirección de Bethnal Green. Conocía muy bien el East End, cada calle, cada tienda, todas las bombas de incendios, los solares de tierra estéril, canales y parques; pero lo conocía de forma fragmentaria. Pasó junto a un lugar de demolición, y recordó que la abuelita Parker había vivido ahí, y se había sentado, testaruda, en su habitación del frente mientras derribaban las casas de ambos lados de la suya, hasta que había cogido una pulmonía y se había muerto, solucionando al «London Borough of Tower Hamlets» el problema de lo que debían hacer con ella. Billy había seguido con interés la historia: era como algo en la televisión. Si, él conocía cada partícula del paisaje del East London; pero no podía conectarlas en su mente. Conocía el Commercial Road y también el Mile End Road, pero no sabía que se unen en Aldgate. A pesar de ello casi siempre encontraba el camino de casa, aunque algunas veces tardaba más de lo que esperaba; y si realmente se perdía, el Viejo Bill le llevaba de regreso a casa en un coche patrulla. Todos los polis conocían a su papá.

Cuando llegó a Wapping había olvidado otra vez su destino; pero creyó que era probable que fuese a ver los barcos. Se metió por el agujero de una valla; el mismo agujero que había utilizado con Snowy White y Tubby Toms aquel día, cuando atraparon una rata y los otros le dijeron a Billy que la llevara a casa para su madre porque ella estaría contenta y la cocinaría para él té. Ella se mostró contenta,

Librodot

naturalmente; dio un salto y un grito y dejó caer una bolsa de azúcar y más tarde lloró y dijo que no tenían que burlarse de Billy. La gente le engañaba con frecuencia, pero a él no le importaba porque era agradable tener compañeros.

Estuvo errando algún tiempo. Tenía el presentimiento de que ahí solía haber más barcos en los tiempos de su niñez. Hoy solamente veía uno. Era un barco grande, muy hundido en el agua, con un nombre en el costado que no podía leer. Los hombres habían colocado un tubo desde el barco hasta un almacén.

Estuvo mirando un rato, y después le preguntó a uno de los hombres:

- ¿Qué hay ahí?

El hombre, que llevaba gorra de tela y chaleco, le miró.

-Vino, amigo.

Billy quedó sorprendido.

-¿En el barco? ¿Todo es vino? ¿Todo?

-Sí, amigo. «Château Morocco», cosecha aproximadamente del jueves pasado. -Todos los hombres se echaron a reír al oírlo, pero Billy no lo entendió. También se echó a reír. Los hombres siguieron trabajando un rato, y después el que había hablado dijo-: Bueno, y tú, ¿qué haces aquí?

Billy estuvo pensándolo un momento y dijo finalmente:

-Lo he olvidado.

El hombre le miró fijamente y le murmuró algo a uno de los otros. Billy oyó parte de la respuesta:

-...podría caer en la condenada bebida. -El primer hombre entró en el almacén.

Al cabo de un rato, llegó un policía del puerto. Preguntó a los hombres:

-¿Es éste el muchacho? -Ellos asintieron y el policía se dirigió a Billy-: ¿Te has perdido?

-No -dijo Billy.

-¿A dónde vas?

Billy estaba a punto de decir que no iba a ninguna parte pero eso parecía una respuesta equivocada. De pronto lo recordó:

-Bethnal Green.

-De acuerdo, ven conmigo y yo te indicaré el camino. Siempre deseoso de seguir la línea de menor resistencia,

Billy caminó al lado del policía hasta la puerta del muelle.

-¿Dónde vives?

-Yew Street.

-¿Y tu madre ya sabe dónde estás?

Billy decidió que el policía era otra Mrs. Glebe y que era preciso contarle una mentira.

-Sí, voy a casa de mi tía.

-¿Seguro que conoces el camino?

-Sí.

Librodot

Estaban en la puerta. El policía le miró especulativamente, y después tomó una decisión.

-Muy bien, entonces, vete. No andes vagando por los muelles... Es más seguro quedarse fuera.

-Gracias -dijo Billy. Cuando dudaba le daba las gracias a la gente. Se alejó de allí.

Ahora era más fácil recordar. Papá estaba en el hospital. Iba a quedarse ciego y era por culpa de Tony Cox. Billy conocía a un hombre ciego... bueno, a dos, si incluía a Squint Thatcher, que solamente era ciego cuando iba al Oeste de Londres con su acordeón. Pero ciego de verdad, solamente Hoperaft, que vivía solo en una casa maloliente en la Isla de los Perros y llevaba un bastón de color blanco. ¿Tendría que llevar papá unas gafas oscuras y caminar muy despacio dando golpecitos en el bordillo de la acera con su bastón? Este pensamiento sacó de quicio a Billy.

La gente solía pensar que Billy era incapaz de alterarse porque nunca lloraba. Así fue como descubrieron que era diferente, siendo todavía un bebé: se hacía daño pero nunca lloraba. Mamá decía algunas veces: «Siente las cosas, pero nunca lo demuestra.»

Papá acostumbraba a decir que mamá ya se alteraba por los dos con demasiada frecuencia.

Cuando sucedían cosas realmente terribles, como la broma de la rata que le hicieron Snowy y Tubby, Billy se sentía furioso por dentro y quería hacer algo drástico, como gritar, pero nunca lo conseguía.

Había matado a la rata, y eso le ayudó. La había sostenido con una mano y con la otra le golpeó en la cabeza con un ladrillo hasta que dejó de retorcerse.

A Tony Cox también le haría algo parecido.

Se le ocurrió que Tony era más grande que una rata, y, además, mayor que Billy. Eso le desconcertaba, de modo que lo apartó de su mente.

Se detuvo al final de una calle. La casa de la esquina tenía una tienda en la planta baja; una de las viejas tiendas en que vendían montones de cosas. Billy conocía a la hija del propietario, una chica bonita con el cabello largo que se llamaba Sharon. Un par de años antes ella le dejó palparle las tetas, pero después huyó de él corriendo y no le dirigió más la palabra. Durante muchos días después de ese hecho, Billy no había pensado en nada sino en los pequeños bultos redondos debajo de la blusa de Sharon y en la manera en que él se había sentido cuando la tocó. Finalmente se dio cuenta de que aquella experiencia era una de esas cosas agradables que nunca suceden dos veces.

Entró en la tienda. La madre de Sharon estaba detrás del mostrador y llevaba una bata de nylon a rayas. No reconoció a Billy.

Billy sonrió y dijo:

-Hola.

-¿Puedo ayudarte? -La mujer estaba incómoda.

-¿Cómo está Sharon? -inquirió Billy.

-Bien, gracias. No está en casa en este momento. ¿La conoces?

-Sí. -Billy miró alrededor por la tienda, el surtido de alimentos, quincalla, libros, artículos de fantasía, tabaco y golosinas. Deseaba decir: ella me dejó tocarle las tetas una vez, pero sabía que no estaría bien-. Solía jugar con ella.

Parecía ser la respuesta que la mujer deseaba: se mostró aliviada. Sonrió y Billy vio que sus dientes estaban manchados de marrón, como los de su padre.

-¿Puedo servirte algo? -le preguntó ella.

Hubo ruido de pisadas sobre unos peldaños y Sharon entró en la tienda por la puerta de detrás del mostrador. Billy quedó sorprendido: parecía mucho más vieja. Llevaba el cabello corto, y sus tetas eran muy grandes y se balanceaban debajo de su camiseta. Tenía unas piernas largas enfundadas en unos pantalones vaqueros ajustados.

-Adiós, madre -dijo ella. Se marchaba corriendo.

-¡Hola, Sharon! -dijo Billy.

Ella se detuvo y le miró. Su cara reflejó que le había reconocido.

-Oh, Billy, hola. No puedo entretenerme. -Y se marchó.

Su madre parecía avergonzada.

-Lo siento... había olvidado que aún estaba arriba...

-Está bien. Yo me olvido de montones de cosas.

-Bueno, ¿quieres algo? -repitió la mujer.

-Quiero un cuchillo.

Eso había aparecido en la cabeza de Billy desde ninguna parte, pero Billy supo en seguida que era lo acertado. No servía de nada golpearle en la cabeza con una piedra a un hombre fuerte como Tony Cox; él devolvería los golpes. De modo que era preciso clavarle un cuchillo en la espalda, como un indio.

-¿Para ti o para tu madre?

-Para mí.

-¿Para qué es?

Billy sabía que no tenía que decírselo. Frunció el ceño y dijo:

-Para cortar cosas. Cordel, cosas así.

-Ah. -La mujer metió la mano en el escaparate y sacó un cuchillo dentro de una funda, del tipo de los que tenían los Boy Scouts.

Billy sacó todo el dinero que llevaba en el bolsillo de los pantalones. El dinero era algo que no entendía; siempre dejaba que el vendedor cogiera lo necesario.

La madre de Sharon miró y le dijo:

-Pero solamente tienes ocho peniques.

-¿Es bastante?

Ella suspiró.

-No, lo siento.

-Bueno; entonces, ¿puedo comprar un poco de goma de mascar?

La mujer volvió a colocar el cuchillo en el escaparate y sacó un paquete de goma de mascar de un estante.

-Seis peniques.

Billy ofreció su puñado de monedas y la mujer cogió algunas.

-Gracias -dijo Billy.

Salió a la calle y abrió el paquete. Le gustaba ponérselo todo a la vez en la boca. Caminó, masticando con entusiasmo. De momento había olvidado el lugar adonde iba.

Se detuvo para mirar a unos hombres que abrían un hoyo en el pavimento. Las cimas de sus cabezas estaban al nivel de los pies de Billy. Vio, interesado, que la pared de la trinchera cambiaba de color a medida que profundizaban en ella. Primero había pavimento, después algún material negro, como alquitrán, y después tierra suelta, de color marrón, y después arcilla húmeda. En el fondo había un tubo de cemento nuevo y limpio. ¿Por qué ponían tubos debajo del pavimento? Billy no tenía ni idea. Se inclinó y preguntó:

-¿Por qué están colocando un tubo debajo del pavimento?

Uno de los obreros alzó la cabeza y le dijo:

-Estamos escondiéndolo de los rusos.

-Ah -respondió Billy, asintiendo como si lo comprendiera. Transcurrido un momento siguió su camino.

Tenía hambre, pero debía hacer algo antes de ir a casa a comer. ¿Comer? Se había comido un paquete de galletas porque papá estaba en el hospital. Eso tenía algo que ver con el motivo de que él estuviera aquí, en Bethnal Green, pero no podía encontrar la relación.

Dio vuelta a una esquina, miró el nombre de la calle en un letrero pegado alto en la pared, y vio que estaba en la calle Quill. Ahora lo recordaba. Ahí era donde vivía Tony Cox... en el número diecinueve. Llamaría a la puerta...

No. No sabía bien por qué, pero estaba seguro que tenía que deslizarse por la puerta de atrás. Había un camino detrás del patio. Billy lo recorrió hasta llegar a la parte posterior de la casa de Tony.

Su goma de mascar ya había perdido todo el sabor, de modo que la sacó de la boca y la tiró antes de abrir sigilosamente la puerta posterior y entrar sin hacer ningún ruido.

27

Tony Cox conducía lentamente, siguiendo el camino fangoso marcado con roderas, más para su propia comodidad que por consideración hacia el propietario del coche «prestado». Aquella carretera rural, que no tenía nombre, llevaba desde una carretera de segundo orden hasta una granja con granero. El granero, la casa en ruinas y el acre de tierra yerma que los rodeaba eran propiedad de una compañía llamada «Land Development Ltd.»; que a su vez era propiedad de un jugador que debía a Tony Cox un montón de dinero. El granero se utilizaba ocasionalmente para almacenar partidas de artículos dañados por el fuego comprados a precio de saldo, de modo

que no era anormal que una furgoneta, y un coche se acercaran al patio de la granja.

La puerta de cinco tablones del final del camino estaba abierta y Tony la cruzó. No se veía por ninguna parte la furgoneta azul, pero Jesse estaba apoyado en la pared de la granja fumando un cigarrillo. Cruzó el patio para abrirle la puerta del coche a Tony.

-No ha sido todo tan suave, Tony -dijo inmediatamente.

Tony salió del auto.

-¿Está aquí el dinero?

-En la furgoneta. -Jesse hizo una señal con la cabeza indicando el vehículo-. Pero las cosas no han ido bien.

-Entremos... Hace demasiado calor aquí fuera.

Tony dio un empujón a la puerta del granero y entró. Jesse le siguió. Algunas cajas de embalaje ocupaban una tercera parte del suelo. Tony leyó las etiquetas de un par de cajas: contenían uniformes y chaquetas del Ejército. La furgoneta azul estaba frente a la puerta. Tony observó que sobre las placas originales de la matrícula había unas placas atadas con un cordel.

-¿A qué has estado jugando? -preguntó con incredulidad.

-Oh, maldita sea, Tony, espera a oír lo que he tenido que hacer.

-Bueno, ¡dímelo de una puñetera vez!

-Bueno, he tenido un encontronazo, sabes... no mucho, sólo un pequeño golpe. Pero el tío sale de su coche y quiere llamar a la Policía. De modo que me largo, verás. Pero él se queda en medio, y yo le atropello.

Tony lanzó un juramento por lo bajo.

El miedo se expresó ahora en la cara de Jesse.

-Bueno, yo sabía que la ley me buscaría, ya sabes. De modo que me paro en un garaje, y doy la vuelta, al retrete, y estiro un par de placas y este mono. -Asintió ansiosamente, como si se autoaprobara por lo que había hecho-. Y después vengo aquí.

Tony se quedó mirándole asombrado y después estalló en una risotada.

-¡Loco bastardo! -dijo entre risas.

Jesse parecía aliviado.

-Lo he hecho lo mejor que podía, ¿eh?

Tony fue aplacando su risa.

-Loco bastardo -repitió-. Aquí estás tú, con una fortuna en dinero que quema en la furgoneta, y te paras... -Se le infló el pecho, y estalló en nuevas risas-. ¡Y te paras en un garaje para robar un mono!

Jesse sonrió también, no por diversión, sino por el placer de ver desaparecer su miedo. Después se puso serio de nuevo.

-Pero hay noticias malas de verdad, sí.

-Maldita sea, ¿qué más hay?

-El conductor de la furgoneta ha querido ser un héroe.

-¿No le habrás matado, verdad? -preguntó Tony ansiosamente.

-No, sólo un culatazo en la cabeza. Pero la pipa de Jacko se disparó

con todo ese jaleo -pronunció mal la palabra-, y Willie el Sordo se la cargó. En la jeta. Está mal, Tony.

-Oh, cojones. -Tony se sentó de golpe en un taburete de tres patas-. Oh, pobre Willie. ¿Le habréis llevado al hospital, verdad?

Jesse asintió con la cabeza.

-Por eso no está Jacko aquí. Él lo ha llevado. Aunque, si ha llegado vivo…

-¿Tan mal estaba?

Jesse asintió.

-Oh, mierda. -Permaneció silencioso un momento-. Willie el Sordo no tiene suerte. Primero pierde una oreja, y su chico, ya ves, un caso mental, y su mujer se parece a Henry Cooper… Y ahora esto. -Chasqueó la lengua, apenado-. Le daremos doble parte, pero eso no va a componer su cabeza. -Se levantó.

Jesse abrió la furgoneta, aliviado por haber conseguido dar las malas noticias sin tener que sufrir las iras de Tony. Tony se frotó las manos.

-Bien, veamos lo que hemos conseguido.

En la parte trasera de la furgoneta había nueve cajas grises de acero. Parecían maletas cuadradas de metal, cada una con manecillas a ambos lados, y cada una cerrada con doble cerradura. Eran pesadas. Los dos hombres las descargaron, una después de otra y las alinearon en medio del granero. Tony las contemplaba avariciosamente. Su expresión mostraba un placer casi sensual.

-Es casi como Ali Babá y los malditos cuarenta ladrones, amigo -dijo.

Jesse estaba sacando plástico explosivo, cables y detonadores de un macuto que había en un rincón del granero.

-Me gustaría que Willie estuviera aquí para hacer los bang-bang.

-A mí me gustaría que estuviera aquí, nada más -replicó Tony.

Jesse hizo los preparativos para abrir las cajas con el explosivo. Pegó el material parecido a la gelatina alrededor de las cerraduras, sujetó los cables y los detonadores, y conectó cada pequeña bomba al disparador de émbolo.

Mientras le observaba, Tony dijo:

-Parece que sabes lo que estás haciendo.

-Se lo he visto hacer a Willie muchas veces. -Sonrió-. A lo mejor podría convertirme en el dinamitero de la firma…

Willie cogió el disparador y, arrastrando los cables, lo llevó fuera del granero. Tony le siguió.

-Saca la furgoneta -dijo Tony-, por si la gasolina se incendia, ¿entiendes lo que quiero decir?

-No hay peligro…

-Nunca has manejado esto antes, y no voy a correr el riesgo.

-De acuerdo.

Jesse cerró las puertas de atrás e hizo retroceder la furgoneta hasta el patio. Después abrió el capó y utilizó pinzas de cocodrilo para

conectar el disparador a la batería de la furgoneta.

-Aguanta la respiración -dijo, y apretó el disparador. Se oyó un estallido ahogado.

Los dos hombres entraron. Las cajas seguían alineadas, abiertas las tapas formando ángulos retorcidos.

-Has hecho un buen trabajo -dijo Tony.

Los billetes estaban fuertemente atados y ordenados dentro de las cajas. Había veinte fajos de billetes colocados de través, diez a lo ancho y cinco en profundidad: cada caja contenía un millar de fajos. Cada fajo contenía cien billetes. Eso sumaba cien mil billetes por caja.

Las primeras seis cajas contenían billetes de diez chelines, viejos y sin valor.

- ¡Dios mío! -exclamó Tony.

La caja siguiente contenía guineas, pero no estaba totalmente llena. Tony contó ochocientos fajos. La penúltima caja también contenía billetes de una libra, y estaba llena.

-Esto es mejor -dijo Tony-. Casi perfecto.

La última caja contenía billetes de diez libras en apretados fajos.

-Que Dios nos ayude -murmuró Tony.

Los ojos de Jesse estaban desorbitados.

-¿Cuánto es eso, Tony?

-Un millón ciento ochenta mil libras esterlinas, hijo mío. Jesse dio un grito de entusiasmo.

-¡Somos ricos! ¡Estamos podridos de pasta!

El rostro de Tony era sombrío.

-Supongo que podríamos quemar los billetes de diez.

-¿Qué estás diciendo? -Jesse le miró como si Tony se hubiera vuelto loco-. ¿Qué quieres decir, quemarlos? ¿Estás chiflado?

Tony dio media vuelta y agarró el brazo de Jesse, apretándolo con fuerza.

-Escúchame, si entras en la «Rose and Crown», y pides una media de cerveza y un pastel de carne y pagas con un billete de diez, y si haces eso todos los días durante una semana, ¿qué crees que van a pensar?

-Pensarán que he tenido un golpe de suerte. Me estás haciendo daño, Tony.

-¿Y cuánto crees que tardaría uno de esos pequeños y asquerosos fisgones en ir derecho a la Comisaría y contarlo? ¿Cinco minutos?

Le soltó.

-Es demasiado, Jess. El problema tuyo es que nunca piensas. Tanto dinero como hay aquí, hay que guardarlo en alguna parte... y si se guarda en alguna parte, el Viejo Bill puede encontrarlo.

Jesse pensó que ese punto de vista era demasiado radical para digerirlo.

-Pero no puedes destruir el dinero.

-No me escuchas, ¿verdad que no? Tienen a Willie el Sordo, ¿verdad que sí? Su conductor relacionará a Willie con el asalto, ¿verdad? Y

saben que Willie está conmigo, de modo que saben quién ha hecho el trabajo, ¿verdad que sí? Apuesto algo a que esta noche ya estarán en tu casa, rompiendo colchones y hurgando entre las patateras. Ahora bien, cinco de los grandes en guineas podrían ser los ahorros de tu vida, pero cincuenta de los grandes en billetes de diez, eso ya resulta incriminador, ¿entendidos?

-Nunca lo habría pensado de esa manera -replicó Jesse.

-Eso se llama contragolpe.

-Supongo que no se puede meter tanto dinero en el «Abbey National». Cualquiera podría tener una buena noche en el canódromo, pero si tienes demasiado, eso demuestra que has dado un golpe, ¿sabes? -Jesse estaba explicándoselo a Tony como para demostrar que lo había entendido-. ¿Es eso verdad?

-Sí. -Tony había perdido interés en el sermón. Estaba intentando dar con una manera segura de terminar con una gran cantidad de dinero caliente.

-¿Y tampoco puedes entrar en el «Barclays Bank» con más de un millón de pasta y pedir que te abran una libreta de ahorros, verdad que no?

-Lo estás entendiendo -dijo Tony sarcásticamente. De pronto miró fijamente a Jesse-. Ah, pero ¿quién puede entrar en el Banco con un montón de dinero sin levantar sospechas?

Jesse estaba perdido.

-Bueno, nadie puede hacerlo.

-¿Apuestas algo? -Tony señaló las cajas de excedentes de ropa del Ejército-. Abre un par de esas cajas. Quiero que te vistas como un marinero de la Marina Real. Acabo de tener una puñetera idea formidable.

28

No era corriente celebrar por la tarde una reunión con el editor. El editor decía a veces:

-Las mañanas son diversión, las tardes trabajo.

Hasta la hora del almuerzo sus esfuerzos se dedicaban a la producción de un periódico. Hacia las dos de la tarde ya no quedaba tiempo para nada significativo; el contenido del periódico ya estaba más o menos decidido, la mayoría de las ediciones se habían impreso y distribuido, y el editor dedicaba su cerebro a lo que él calificaba como barro administrativo. Pero tenía que estar presente, por si surgía algo que requiriera una decisión de alto nivel. Arthur Cole creía que ese momento había llegado.

Cole, el subdirector y redactor-jefe, estaba sentado al otro lado del gran despacho blanco del editor. A la izquierda de Cole estaba el periodista Kevin Hart; a su derecha, Mervyn Glazier, el redactor de la City.

Librodot

El editor acabó de firmar un montón de cartas y alzó la mirada:

-¿Qué es lo que tenemos?

-Tim Fitzpeterson vivirá -dijo Cole-, la declaración del permiso del petróleo ha sido pospuesta, la furgoneta con el dinero y los asaltantes ha conseguido escapar con más de un millón e Inglaterra ha perdido por 79.

-¿Algo más?

-Y se está cociendo algo.

El editor encendió un cigarro. A decir verdad, le encantaba que su barro administrativo fuese interrumpido por algo excitante como una buena noticia.

-Adelante.

-Recordará -dijo Cole- que Kevin entró durante nuestra conferencia de la mañana, algo excitado por una llamada telefónica que se suponía había hecho Tim Fitzpeterson.

El editor sonrió con indulgencia.

-Si los periodistas jóvenes no se excitan, ¿cómo demonios serán cuando sean viejos?

-Bueno, pues es posible que Kevin tuviera razón al decir que era algo gordo. ¿Recuerda los nombres de los que se suponía que le hacían chantaje a Fitzpeterson? Cox y Laski. -Cole se volvió hacia Kevin-. Vamos, Kevin.

Hart descruzó las piernas y se inclinó hacia delante.

-Otra llamada, esta vez de una mujer que ha dado su nombre y su dirección. Ha dicho que su marido, William Johnson, había estado en el asalto de la furgoneta del dinero, y que le habían disparado y que le habían dejado ciego, y ha dicho que era un trabajo de Tony Cox.

El editor exclamó:

-¡Tony Cox! ¿Has investigado?

-En el hospital hay un tal William Johnson con heridas de bala en la cara. Y junto a su cama hay un detective esperando a que recupere el conocimiento. He ido a ver a la mujer, pero no ha querido hablar.

El editor, que en otro tiempo había sido reportero de crímenes, le dijo:

-Tony Cox es un pez gordo. Creería cualquier cosa de él. No es un hombre agradable. Sigue.

-Lo que sigue es de Mervyn -dijo Cole.

-Un Banco tiene problemas -dijo el especialista de la City-. El «Cotton Bank» de Jamaica; es un Banco extranjero con sucursal en Londres. Realiza muchos negocios con el Reino Unido. Como sea, su propietario es un tipo llamado Felix Laski.

-¿Cómo lo sabemos? -preguntó el editor-. Quiero decir, que tiene problemas.

-Bueno, un contacto me ha dado el soplo. He llamado a la calle Threadneedle para comprobarlo. Naturalmente, ellos no dan una respuesta concreta, pero las medias palabras parecen confirmar la noticia.

-Dime exactamente lo que te han dicho.

Glazier sacó su bloc de notas. Escribía taquigrafía a razón de ciento cincuenta palabras por minuto y sus apuntes eran siempre inmaculados.

-He hablado con un tipo llamado Ley, que seguramente es el que trata con ese asunto. Resulta que le conozco, porque...

-Pasa por alto la propaganda, Mervyn -dijo el editor, interrumpiéndole-. Todos sabemos lo buenos que son tus contactos.

Glazier sonrió.

-Lo siento. Primero le he preguntado si sabía algo sobre el «Cotton Bank» de Jamaica. Y me ha dicho: «El "Banco de Inglaterra" sabe muchas cosas sobre todos los Bancos de Londres.» Yo le he respondido entonces: «Pues conocerás la situación del "Cotton Bank" en estos momentos.» Y él me ha respondido: «Claro que sí. Pero eso no significa que vaya a decírtelo.» Yo he seguido: «Están a punto de caer, ¿verdad o mentira?» Y él me ha dicho: «Paso.» Y yo he continuado: «Vamos, Donald, que esto no es el Mastermind; se trata del dinero de la gente.» Y me ha respondido: «Ya sabes que no puedo hablar de esas cosas. Los Bancos son nuestros clientes. Y respetamos su confianza.» Yo he dicho: «Voy a publicar una noticia diciendo que el «Cotton Bank» está a punto de hundirse. ¿Vas a decirme si esta noticia es o no es falsa?» Y me ha respondido: «Lo que te digo es que primero compruebes los hechos.» Y eso es todo. -Glazier cerró su bloc de notas-. Si el Banco estuviera bien, él me lo habría dicho.

El editor asintió.

-Nunca me ha gustado ese tipo de razonamiento, pero en este caso probablemente tienes razón. -Sacudió la ceniza de su cigarro dentro de un gran cenicero-. ¿Y adónde nos lleva?

Cole hizo un resumen.

-Cox y Laski le hacen chantaje a Fitzpeterson. Fitzpeterson intenta matarse. Cox realiza un asalto. Laski está hundido. -Se encogió de hombros-. Se está cociendo algo.

-¿Qué quieres hacer?

-Descubrir qué sucede. ¿No estamos aquí para eso?

El editor se levantó y se acercó a la ventana como si quisiera ganar tiempo para meditar. Corrió ligeramente los visillos y la sala se iluminó un poco más. Sobre la alfombra de color azul vivo aparecieron unos rayos de sol, destacando el dibujo. Volvió a su despacho y se sentó.

-No -dijo-. Vamos a dejarlo y os diré por qué. Primero: no podemos predecir el colapso de un Banco, porque nuestra predicción por sí sola bastaría para producir ese colapso. El solo hecho de hacer preguntas sobre la viabilidad del Banco podría poner en conmoción a la City.

»Segundo: no podemos intentar detectar a los asaltantes de un robo de dinero. Eso es trabajo de la Policía. De todos modos, cualquier cosa que descubriésemos no puede imprimirse por temor a influir en un juicio. Quiero decir, si sabemos que es Tony Cox, la Policía ha de

saberlo; y la ley dicta que si sabemos que puede producirse un arresto o ya es inminente, la noticia se convierte en sub judice.

»Tercero: Tim Fitzpeterson no morirá. Si andamos por Londres investigando sobre su vida sexual, antes de que nos demos cuenta habrá preguntas en el Parlamento sobre los reporteros del Evening Post que andan por ahí hurgando para descubrir suciedad en los políticos. Dejaremos ese tipo de cosas para los periodicuchos domingueros.

Colocó las palmas de las manos sobre su despacho. -Lo siento, chicos.

Cole se levantó.

-De acuerdo, volvamos al trabajo.

Los tres periodistas salieron. Cuando estuvieron de nuevo en la sala de redacción, Kevin Hart dijo:

-Si todavía fuese editor del Washington Post, Nixon estaría ganando aún las elecciones con una oferta de ley-y-orden.

Nadie le rió la gracia.

TRES DE LA TARDE

29

-«Smith y Bernstein» al teléfono, Mr. Laski.

-Gracias, Carol, Pásamelo. Hola ¿George?

-Felix, ¿cómo estás?

Laski puso animación en su voz. No era fácil.

-No podría estar mejor. ¿Has progresado en tu saque? -George Bernstein jugaba al tenis.

-Ni un ápice. ¿Recuerdas que estaba enseñando a jugar a George hijo?

-Sí.

-Pues ahora ya me gana.

Laski se echó a reír.

-¿Y cómo está Rachel?

-No está más delgada. Anoche hablábamos de ti. Ella decía que deberías casarte. Y yo respondí: «¿Es que no lo sabes? Felix es gay.» Y ella me dijo: «¿Gay? ¿Y por qué no puede casarse la gente feliz?» Y yo respondí: «No, quiero decir que es homosexual, Rachel.» Ella dejó caer la labor. ¡Me creyó, Félix! ¿No te parece increíble?

Laski forzó otra risa. No estaba seguro de cuánto rato podría seguir fingiendo.

-Estoy pensando en ello, George.

-¿En el matrimonio? ¡No lo hagas! ¿Es por eso por lo que me has llamado?

-Es sólo una idea que me anda revoloteando por el cerebro.

-Bueno, ¿qué quieres de mí, entonces?

Librodot

-Es algo sin importancia. Necesito un millón de libras durante veinticuatro horas, y he creído que podía hablar contigo del asunto. -Laski contuvo la respiración.

Siguió un corto silencio.

-Un millón. ¿Desde cuándo ha estado Felix Laski en el mercado del dinero?

-Desde que descubrí cómo ganar unos beneficios de verdad en una noche.

-Déjame participar del secreto, ¿quieres?

-De acuerdo. Después de que me prestes el dinero. Sin bromas, George: ¿puedes hacerlo?

-Claro que puedo. ¿Quién es tu garantía?

-Ejem... ¿Seguramente no se piden garantías para una suma durante veinticuatro horas? -El puño de Laski estaba apretando el teléfono hasta que los nudillos se le pusieron blancos.

-Tienes razón. Y nosotros no solemos prestar sumas como ésta a Bancos como el tuyo.

-De acuerdo. Mi garantía son quinientas diez mil acciones de «Hamilton Holdings».

-Un momento.

Hubo un silencio. Laski imaginaba a George Bernstein: un hombre corpulento, con una cabeza grande, gran nariz y una amplia sonrisa permanente; sentado en un viejo escritorio, en una oficina pequeña con vista a la catedral de San Pablo; comprobando cifras en The Financial Times, y sus dedos jugueteando ligeramente con las teclas de un ordenador de sobremesa.

Bernstein volvió a la línea.

-Al precio de hoy, Felix, no es bastante.

-Oh, vamos, esto es una formalidad. Ya sabes que no voy a estafarte. Soy yo, Felix, tu amigo. -Se enjugó la frente con la manga.

-Me gustaría complacerte, pero tengo un socio.

-Tu socio está durmiendo tan pesadamente que se dice por ahí que está muerto.

-Un trato como éste le despertaría aunque estuviera en la tumba. Inténtalo con Larry Wakely, Felix. Él podría hacer algo por ti.

Laski ya lo había intentado con Larry Wakely, pero no se lo dijo.

-Lo haré. ¿Qué te parece un partido este fin de semana?

-¡Espléndido! -Era obvio el alivio en la voz de Bernstein-. ¿El sábado por la mañana en el club?

-¿Diez libras la partida?

-Me romperá el corazón quedarme con tu dinero.

-Así lo espero. Adiós, George.

-Ten cuidado.

Laski cerró los ojos un momento, manteniendo el teléfono colgando de la mano. Había supuesto que Bernstein no le prestaría el dinero; pero ahora estaba intentando cualquier cosa. Se frotó la cara con los dedos. Todavía no estaba vencido.

Librodot

Apretó el soporte y le llegó el tono ronroneante. Marcó los números con un lápiz mordido.

El número marcado sonó largo rato. Laski iba a marcar de nuevo cuando le respondieron.

-Departamento de Energía.

-Oficina de Prensa -dijo Laski.

-Voy a ponerle.

Otra voz femenina.

-Oficina de Prensa.

-Buenas tardes -dijo Laski-. ¿Podría usted decirme cuándo piensa el Secretario de Estado anunciar lo concerniente al petróleo...?

-El Secretario de Estado se ha retrasado -le interrumpió la mujer-Ya se ha informado a su oficina y se da una amplia explicación por cable PA. -Y colgó.

Laski volvió a sentarse. Se estaba asustando, y eso no le gustaba. Lo suyo era dominar ese tipo de situaciones. Le gustaba ser el único en el ajo, el manipulador que les hacía correr a todos intentando imaginar lo que estaba ocurriendo. Acercarse a los prestamistas de dinero con la gorra en la mano no era su estilo.

Sonó nuevamente el teléfono.

-Un tal Mr. Hart en la línea -le dijo Carol.

-¿Conozco a ese hombre?

-No, pero ha dicho que tiene relación con el dinero que necesita el «Cotton Bank».

-Pásamelo. Hola, aquí Laski.

-Buenas tardes, Mr. Laski. -Era la voz de un hombre joven-. Soy Kevin Hart, del Evening Post.

Laski se sobresaltó.

-Me pareció que me habían dicho... No importa.

-Es sobre el dinero que necesita el «Cotton Bank». Sí, bueno, cuando un Banco tiene problemas necesita dinero, ¿no es así?

-Me parece, joven -dijo Laski-, que no tengo deseos de hablar con usted.

Antes de que Laski pudiera colgar, Hart le dijo:

-Tim Fitzpeterson.

Laski palideció.

-¿Qué?

-Los problemas del «Cotton Bank», ¿no tendrán nada que ver con el intento de suicidio de Tim Fitzpeterson?

¿Cómo demonios lo sabían? La mente de Laski se precipitaba. Quizá no lo sabían. Podían estar adivinando: levantar una liebre, lo llamaban; fingían saber algo para descubrir si la gente lo negaba.

-¿Sabe su director -dijo Laski- que usted está haciendo esta llamada?

-Hum..., claro que no.

Algo en la voz del reportero le dijo a Laski que había tocado una fibra sensible al miedo. Y presionó en su réplica.

-No sé qué tipo de juego es el que usted se lleva entre manos, joven, pero si escucho algo más sobre esta necedad, ya sabré dónde se han originado los rumores.

-¿Cuál es su relación -continuó Hart- con Tony Cox?

-¿Quién? Adiós, joven. -Laski dejó el teléfono. Miró su reloj de pulsera: eran las tres y cuarto. No tenía manera de conseguir un millón de libras en quince minutos. Todo había terminado, según parecía.

El Banco iba a hundirse; la reputación de Laski se arruinaría; y probablemente él se encontraría envuelto en un proceso criminal. Pensó en salir del país aquella misma tarde. No podría llevarse nada. Empezar de nuevo. ¿En Nueva York o en Beirut? Era demasiado viejo. Si se quedaba podría salvar lo suficiente de su imperio para vivir el resto de su vida. Pero, ¿qué infernal vida sería la suya?

Hizo girar su butaca y miró por la ventana. El día se estaba enfriando; después de todo no estaban en verano. Los altos edificios de la City proyectaban sombras alargadas y en ambos lados de la calle había oscuridad. Laski observó el tránsito y pensó en Ellen Hamilton.

Hoy, precisamente, había decidido casarse con ella. Era una penosa ironía. Durante veinte años hubiera podido escoger la mujer que quisiera: modelos, actrices, debutantes, incluso princesas. Y, cuando finalmente había escogido una, se arruinaba. Un hombre supersticioso tomaría aquello como una señal de que no debía casarse.

Quizás esa posibilidad ya no se le brindaría en el futuro. Felix Laski, playboy millonario, era una cosa; Felix Laski, ex convicto insolvente, era algo muy distinto. Estaba seguro de que su relación con Ellen no era el tipo de amor que pudiera sobrevivir a ese nivel de desastre. Su amor era algo sensual, autoindulgente, hedonista, muy diferente de la devoción eterna del Book of Common Prayer.

Por lo menos, así era como había sido siempre. Laski había teorizado que el afecto permanente podía surgir después, más adelante, por el simple hecho de vivir juntos y compartir las cosas; después de todo, la lujuria casi histérica que les había unido seguro que se desvanecería con el tiempo.

No debería estar teorizando, pensó; a mi edad ya debería saberlo.

Esta mañana la decisión de casarme con ella me parecía algo que podía decidir fríamente, con ligereza, incluso cínicamente, imaginando lo que conseguiría con ello como si se tratase tan sólo de otro golpe en el mercado de valores. Pero ahora que ya no dominaba la situación, se daba cuenta, y ese pensamiento le hizo el mismo efecto que un golpe físico, de que la necesitaba desesperadamente. Quería una devoción eterna; quería que alguien cuidase de él y gozase de su compañía, y le tocase el hombro afectuosamente cuando pasara por su lado: alguien que siempre estuviera presente, alguien que le dijera «te quiero», alguien que compartiera con él su vejez. Había estado solo toda su vida: ya era suficiente.

Habiendo admitido ante sí mismo todo aquello, aún fue más allá. Si podía tenerla a ella, observaría alegremente cómo se derrumbaba su imperio, el negocio de «Hamilton Holdings» colapsado, su reputación destruida. Incluso iría a la cárcel con Tony Cox si creía que ella iba a estar esperándole cuando él saliera.

Deseó no haber conocido jamás a Tony Cox.

Laski había imaginado que sería fácil controlar a un delincuente de cuatro cuartos como Cox. Aquel hombre podía ser muy poderoso dentro de su propio y pequeño mundo, pero seguramente no podía hacerle daño a un hombre de negocios respetable. Quizá no: pero cuando ese hombre de negocios formaba sociedad, aunque fuese informalmente, con el matón, ya dejaba de ser respetable. Era Laski, y no Cox, el que se comprometía en la relación.

Laski oyó que se abría la puerta de la oficina, y dio la vuelta en su butaca para ver a Tony Cox que entraba en su despacho.

Laski le miró boquiabierto. Era como si viera un fantasma.

Carol se escurrió dentro detrás de Cox, molestándole como un terrier. Carol le dijo a Laski:

-Le he pedido que esperase, pero no ha querido... ¡Se ha metido aquí dentro!

-De acuerdo, Carol. Yo me ocuparé de esto -dijo Laski. La chica salió y cerró la puerta.

Laski estalló.

-¿Qué coño estás haciendo aquí? ¡Nada podría ser más peligroso! Ya he tenido a los periódicos fastidiando, preguntándome por ti y sobre Fitzpeterson... ¿Sabes que ha intentado matarse?

-Cálmate. No te alborotes -le dijo Cox.

-¿Que me calme? ¡Todo el asunto es un completo desastre! Lo he perdido todo, y si me ven contigo acabaré en chirona...

Cox dio un largo paso al frente, cogió a Laski por la garganta y le sacudió.

-Cierra la boca de una vez -gruñó. Le empujó hacia atrás en su butaca-. Y ahora, escúchame, necesito tu ayuda.

-Ni hablar -murmuró Laski.

-¡Cállate! Necesito tu ayuda y tú vas a ayudarme, o yo me aseguraré de que vayas a la cárcel. Ya sabes que esta mañana he hecho ese trabajillo, una furgoneta de billetes de Banco.

-No sé nada de eso.

Cox ignoró la observación.

-Bueno, pues no sé dónde esconder el dinero, de modo que voy a ponerlo en tu Banco.

-No seas ridículo -dijo Laski con ligereza. Y después frunció el entrecejo-. ¿Cuánto hay?

-Justo por encima del millón.

-¿Dónde?

-Está ahí fuera, en la furgoneta.

Laski se puso en pie de un salto.

Librodot

-¿Tienes un millón de libras en dinero robado, ahí fuera, en una jodida furgoneta?

-Sí.

-Estás chiflado. -Los pensamientos de Laski se precipitaban-. ¿En qué forma está ese dinero?

-En billetes de Banco diferentes.

-¿Van dentro de las cajas originales.

-No soy tan imbécil. Los he pasado a cajas de embalaje.

-¿Los números de serie no siguen una secuencia?

-Poco a poco vas cogiendo la idea. Si no te pones pronto en movimiento la grúa va a llevarse la furgoneta por estacionar en zona amarilla.

Laski se rascó la cabeza.

-¿Cómo piensas trasladarlo a la caja fuerte?

-Tengo ahí fuera a seis de los muchachos.

-No puedo permitir que seis de tus matones trasladen todo ese dinero a mi caja fuerte! Mi personal sospecharía...

-Llevan uniformes... guerreras de excedentes de la Marina, pantalones, camisa y corbata. Parecen guardias de seguridad, Felix. Si quieres jugar a las veinte preguntas, déjalo para después, ¿eh?

Laski tomó una decisión.

-De acuerdo, en marcha. -Acompañó a Cox fuera, siguiéndole hasta la mesa de Carol-. Llama abajo, al sótano -le dijo a la chica-. Diles que se preparen para aceptar inmediatamente una entrega de dinero en efectivo. Yo me ocuparé personalmente del papeleo. Y dame una línea exterior por mi teléfono.

Volvió a entrar corriendo en su oficina, recogió el teléfono y llamó al «Banco de Inglaterra». Miró su reloj. Eran las tres y veinticinco minutos. Le conectaron con Mr. Ley,

-Aquí Laski -dijo.

-Ah, sí. -El banquero era cauto.

Laski se esforzó por parecer tranquilo.

-Ya he resuelto ese pequeño problema, Ley. Tengo en mi caja el dinero necesario. Ahora puedo disponer la entrega inmediata, como ha sugerido usted antes; o puede usted hacer la inspección hoy y realizar la entrega mañana.

-Hum. -Ley reflexionó un momento-. No creo que sea necesario ninguna de las dos cosas, Laski. Es muy tarde

y nos ocuparía demasiado tiempo tener que contar todo ese dinero. Si puede usted hacer la entrega a primera hora de la mañana, mañana mismo liquidaremos el cheque.

-Gracias. -Laski decidió frotar sal en la herida--. Siento mucho haberle irritado tanto antes.

-Quizá yo he sido un poco brusco. Adiós, Laski.

Laski colgó el teléfono. Sus pensamientos corrían veloces todavía. Calculó que podría recoger unas cien mil libras en efectivo aquella misma noche. Probablemente Cox conseguiría una cantidad semejante

de sus clubes. Podrían cambiar aquel dinero por doscientas mil en billetes robados. Solamente por precaución: si todos los billetes que entregaba mañana eran demasiados usados alguien podría pensar en la coincidencia del robo un día y un depósito al siguiente. Si había dinero en buenas condiciones, aquella sospecha podía eliminarse.

Le parecía que todo estaba cubierto. Se permitió un momento de relajación. Otra vez lo he conseguido, pensó: he ganado. Y de su garganta escapó una risotada de puro triunfo.

Ahora convenía revisar los detalles. Sería mejor que bajase a la caja fuerte para dar seguridad a su personal que sin duda estaría asombrado. Y quería que Cox y su gente salieran cuanto antes del local.

Después llamaría a Ellen.

30

Ellen Hamilton se había quedado en casa casi todo el día. Había inventado aquella salida de compras, según le dijo a Felix: necesitaba una excusa sólo para ir a verle. Era una mujer que se aburría. El viaje a Londres no le había ocupado demasiado tiempo; a su regreso se había cambiado de ropa, se había peinado otra vez y se había ocupado más de lo necesario en preparar un almuerzo de queso fresco, ensalada, fruta y café sin azúcar. Había lavado los platos, desdeñando el lavaplatos para lo poco ensuciado y enviando a Mrs. Tremlett al piso de arriba para que pasara la aspiradora. Escuchó las noticias y vio una serie en la televisión; comenzó a leer una novela histórica que dejó después de las cinco primeras páginas; erró por la casa de una habitación a otra, ordenando cosas que no necesitaban ser ordenadas; y bajó a la piscina para nadar un poco, cambiando de intención en el último momento.

Ahora estaba desnuda sobre el suelo de mosaico de la fresca casa de verano, con el bañador en una mano y el vestido en la otra, pensando: si no puedo decidirme entre ir y no ir a nadar, ¿cómo tendré alguna vez fuerza de voluntad para abandonar a mi marido?

Dejó caer las ropas y relajó los hombros. En la pared había un espejo de cuerpo entero, pero no se miró en él. Era cuidadosa con su apariencia por escrúpulo, no por vanidad: y podía resistirse muy bien a los espejos.

Pensó en la sensación que le daría nadar totalmente desnuda. Cuando era joven no se hablaba de cosas parecidas: además, siempre le había dado vergüenza. Lo sabía, y no luchaba contra su inhibición, ya que realmente le agradaba; le daba a su vida un estilo, una forma y una solidez que ella necesitaba.

El suelo estaba deliciosamente fresco. Sintió tentaciones de tumbarse y rodar, gozando de la sensación del frío mosaico en su piel caliente. Calculó el riesgo de que Pritchard o Mrs. Tremlett entraran y

Librodot

la encontraran y decidió que era demasiado expuesto.

Se volvió a vestir.

La casa de verano estaba situada muy alto. Desde la puerta se podía ver la mayor parte del terreno; eran nueve acres. Un jardín delicioso, creado a principios del siglo pasado. Su planeamiento era excéntrico y contaba con docenas de árboles de diferentes especies. A ella le había proporcionado gran placer, pero últimamente ya no la entusiasmaba, como le ocurría con todo lo demás.

El mejor momento del día en aquel lugar llegaba con el frescor de la tarde. Una brisa ligera hacía ondear el vestido de algodón estampado de Ellen como una bandera. Dejando atrás la piscina, entró en un bosquecillo en donde las hojas filtraban los rayos del sol y formaban dibujos cambiantes en la tierra seca.

Felix decía que ella era totalmente libre, desinhibida, pero naturalmente se equivocaba. Sencillamente, ella había destinado una parcela de su vida al sacrificio de la fidelidad en favor del placer. Además, ya no resultaba embarazoso tener un amante, siempre que una fuese discreta; y ella era extremadamente discreta.

El problema estaba en que le gustaba el sabor de la libertad. Se daba cuenta de que estaba en una edad peligrosa. Las revistas femeninas que hojeaba (pero nunca leía de verdad) le decían constantemente que era ahora cuando una mujer pensaba en los años que le quedaban, decidía que eran sorprendentemente pocos y se proponía llenarlos con todas aquellas cosas de las que había carecido hasta entonces. Los jóvenes escritores liberados, modernos, le advertían de que la desilusión estaba en esa dirección. ¿Cómo lo sabían? Sencillamente lo adivinaban, como todo el mundo.

Ellen sospechaba que eso no tenía nada que ver con la edad. Cuando fuese setentona podría encontrar un noventón alegre a quien excitar, si ella seguía manteniendo el interés a esa edad. Tampoco era nada que tuviera que ver con la menopausia, que había dejado muy atrás. Sencillamente, lo que ocurría era que cada día encontraba a Derek algo menos atractivo y a Felix un poco más. Había llegado a un punto en que el contraste era excesivo para que fuese soportable.

A ambos les había dado a entender cuál era la situación, a su manera indirecta. Sonrió ahora al recordar lo pensativos que habían quedado, cada uno de ellos, después de que ella les diese a conocer su disimulado ultimátum. Conocía a sus hombres: cada uno analizaría lo que ella había dicho, lo comprendería después de pensarlo un poco y se felicitaría por su propia perspicacia. Y ninguno sabría que le estaban amenazando.

Salió del bosquecillo y se apoyó en una valla, al borde de un campo. Un asno y una vieja yegua compartían el prado: el asno estaba allí por los nietos y la yegua porque en otro tiempo había sido la cazadora favorita de Ellen. Para ellos todo estaba bien; no sabían que estaban envejeciendo.

Cruzó el prado y trepó por el terraplén hasta la vía del ferrocarril en

desuso. Las locomotoras de vapor habían pasado por aquí, humeantes, cuando ella y Derek eran personas mundanas jóvenes y alegres, que bailaban jazz y bebían demasiado champán y daban fiestas que realmente no podían permitirse. Siguió caminando a lo largo de las vías oxidadas, saltando de una traviesa a otra, hasta que algo pequeño y peludo salió corriendo de debajo de la podrida madera ennegrecida y la asustó. Bajó corriendo por el terraplén y se encaminó hacia la casa, siguiendo el arroyo a través del espeso bosque. No quería ser otra vez una joven alegre; pero aún quería estar enamorada.

Bueno, había puesto las cartas sobre la mesa, sin duda, con los dos hombres. A Derek le había dicho que su trabajo estaba apartando a su mujer de su vida y que tenía que cambiar su modo de ser si quería conservarla. A Felix le había dicho que no sería siempre su juguete.

Ambos quizá se doblegasen a la voluntad de ella, lo cual la dejaría con el problema de tener que escoger. 0 ambos decidirían que podían vivir muy bien sin ella, en cuyo caso a ella solamente le quedaría sentirse desolée, como una muchacha en una novela de Francoise Sagan; y sabía que eso no iba con ella.

Bueno, suponiendo que ambos estuvieran preparados para hacer lo que ella deseaba ¿a quién escogería? Y mientras daba la vuelta a la esquina de la casa pensó: probablemente a Felix.

Asombrada, vio que en la avenida estaba el coche y que Derek estaba saliendo de él. ¿Por qué estaba tan temprano en casa? Él la saludó con la mano. Parecía feliz.

Ella se acercó a él corriendo y, llena de remordimientos, le besó.

31

Kevin Hart hubiera debido estar preocupado, pero, por alguna razón, no tenía energía suficiente para ello.

El editor les había dicho claramente que no debían investigar el asunto del «Cotton Bank». Kevin había desobedecido, y Laski le había preguntado:

«¿Su director sabe ya que está usted haciendo esta llamada?»

Esa pregunta la hacían a menudo entrevistados ofendidos, y la respuesta siempre era un despreocupado «no»; a menos, naturalmente que él hubiera prohibido la llamada. De modo que si Laski se empeñaba en llamar al director, o aunque fuese al editor, Kevin se encontraría en un lío.

Así que, ¿por qué no estaba preocupado?

Concluyó que su trabajo no le importaba tanto como le había importado por la mañana. El director siempre tenía buenos motivos para eliminar una noticia, naturalmente; siempre había razones convincentes para la cobardía. Todo el mundo parecía aceptar que «va contra la ley» era un argumento definitivo; pero los grandes periódicos

Librodot

del pasado siempre habían roto las leyes; leyes al mismo tiempo más duras y aplicadas más estrictamente que las de hoy. Kevin creía que los periódicos debían publicar y ser llevados a juicio, o incluso debían ser penalizados. Para él era fácil pensar así, porque no era un director.

De modo que estaba sentado en la sala de redacción, cerca de la mesa de los redactores, bebiendo té de la máquina y leyendo su propia columna, componiendo el discurso heroico que le hubiera gustado hacer al director. Era el final del día en cuanto concernía al periódico. Solamente un asesinato importante o un desastre con muertes múltiples se incluiría ahora en el periódico. La mitad de los reporteros, los del turno de ocho horas, se habían marchado a su casa. Kevin trabajaba diez horas, cuatro días a la semana. El corresponsal de industria, después de haber tomado ocho pintas de «Guinnes» en el almuerzo, estaba dormido en un rincón. Una joven periodista con pantalones vaqueros tecleaba perezosamente en una máquina solitaria una noticia sin fecha para la primera edición del día siguiente. Los taquígrafos discutían de fútbol y los redactores inventaban encabezamientos divertidos para fotografías inútiles y reían estrepitosamente su respectivo ingenio. Arthur Cale caminaba de un lado a otro, resistiendo la tentación de fumar y confiando secretamente en un incendio en el Palacio de Buckingham. De vez en cuando se detenía y hojeaba las copias clavadas en su pincho como si le preocupase haber pasado por alto la gran noticia del día.

Transcurrido un rato, Mervyn Glazier cruzó su pequeño reino. Llevaba la camisa colgando por fuera. Se sentó junto a Kevin, encendió una pipa con boquilla de acero y apoyó un gastado zapato en el borde de la papelera.

-El «Cotton Bank» de Jamaica -dijo a modo de preámbulo. Hablaba suavemente.

Kevin sonrió.

-¿Tú también has sido un chico travieso?

Mervyn encogió los hombros.

-No puedo evitarlo si la gente me llama y me da información. De todos modos, si el Banco estaba en peligro, ya lo ha solucionado.

-¿Cómo lo sabes?

-Mi contacto confidencial en la calle Threadneedle. «He examinado más de cerca el asunto del «Cotton Bank» desde que me has llamado, y sé que está en excelentes condiciones financieras.» Termino la cita. En otras palabras, ha sido sigilosamente rescatado.

Kevin acabó el té y aplastó ruidosamente el vaso de plástico.

-Se acabó ese asunto.

-También he oído decir, de una fuente distinta no muy lejana del Consejo del Intercambio de Valores, que Felix Laski ha comprado acciones para controlar «Hamilton Holdings».

-En ese caso no puede ser un asunto de unas cuantas libras. ¿Está interesado el Consejo?

-No. Lo saben y no les importa.

Librodot

-¿Crees que hemos armado un gran jaleo por nada? Mervyn sacudió lentamente la cabeza.

-De ninguna manera.

-Tampoco lo creo yo.

La pipa de Mervyn se había apagado. Dio unos golpecitos en la papelera. Los dos periodistas se miraron desanimados un momento; después, Mervyn se levantó y se marchó.

Kevin volvió a dedicar su atención a la gacetilla, pero no podía concentrarse. Leyó cuatro veces un párrafo sin entenderlo, y después renunció. Hoy se había producido alguna especie de trampa gorda, y sentía gran curiosidad por saber qué era; tanto más porque se sentía tan cerca de la verdad.

Arthur le llamó.

-Siéntate aquí atrás mientras voy al lavabo, ¿quieres?

Kevin dio la vuelta a la mesa de redacción y se sentó detrás de la hilera de teléfonos e interruptores. No le produjo ninguna emoción; le habían dado ese quehacer porque a esa hora del día casi no importaba. Sencillamente, era el hombre más a mano que no tenía nada que hacer.

El ocio era inevitable en los periódicos, pensó Kevin. El personal tenía que ser el suficiente para hacer frente a un día importante, de modo que inevitablemente eran demasiados en un día normal. En algunos periódicos le daban a uno trabajos inútiles, simplemente para tenerle ocupado: escribir noticias publicitarias e informes de Prensa de gobiernos locales, cosas que nunca saldrían en el periódico. Era desmoralizador, trabajo para perder el tiempo, y únicamente lo exigían los ejecutivos más inseguros de los periódicos.

Del cuarto del télex llegó un muchacho con una noticia de la Asociación de Prensa en una larga tira de papel. Kevin la cogió y le echó una ojeada.

La leyó con una creciente sensación de sorpresa y regocijo.

Un sindicato encabezado por «Hamilton Holdings» ha conseguido hoy el permiso para explotar el petróleo en el último campo petrolífero del mar del Norte, «Shield».

El secretario del Departamento de Energía, Mister Carl Wrightment, ha anunciado el nombre del ganador en una conferencia de Prensa sustituyendo a Mr. Tim Fitzpeterson, que ha sufrido una repentina enfermedad.

Se esperaba que esta declaración prestaría un gran refuerzo a las acciones en baja del grupo impresor Hamilton, cuyos resultados del semestre, publicados ayer, eran desalentadores.

Se calcula que «Shield» tiene unas reservas de petróleo que podrían alcanzar al medio millón de barriles semanales.

Los socios del grupo «Hamilton» en el sindicato incluyen «Scan», el gigante de la ingeniería, y «British Organic Chemicals».

Después de haber dado a conocer la decisión, Mister Wrighment

añadió: «Tengo que comunicarles con tristeza la repentina enfermedad de Tim Fitzpeterson, cuya tarea en la política petrolífera del Gobierno ha sido tan valiosa.»

Kevin leyó la noticia tres veces, casi incapaz de creer en sus derivaciones. Fitzpeterson, Cox, Laski, el robo, la crisis del Banco, la apropiación, todo conducente, en un grande y espantoso círculo, a Tim Fitzpeterson.

-No puede ser -dijo en voz alta.

-¿Qué tienes ahí? -La voz de Arthur llegó desde la espalda de Kevin-. ¿Merece una parada?

Kevin le pasó la historia y dejó libre el asiento.

-Creo -dijo con lentitud- que la noticia convencerá al editor para que cambie de opinión.

Arthur se sentó a leer. Kevin le observó ansiosamente. Deseaba que aquel hombre veterano reaccionara; que se levantara de un salto y gritase: «¡Reservad la primera plana!» o algo así; pero Arthur se mantuvo indiferente.

Dejó caer por fin la hoja de papel sobre el escritorio. Miró con frialdad a Kevin.

-Bueno, y ¿qué? -dijo.

-¿No resulta obvio? -dijo Kevin excitado.

-No. Dímelo tú.

-Mira. Laski y Cox le hacen chantaje a Fitzpeterson para que les diga quién ha ganado la licencia «Shield». Cox, quizá con la ayuda de Laski, roba la furgoneta del dinero y se lleva un millón de libras. Cox le da el dinero a Laski, quien lo utiliza para comprar la empresa que ha conseguido el permiso de explotación.

-Bueno, ¿y qué quieres que hagamos nosotros con todo eso?

-¡Por amor de Dios! Podríamos hacer insinuaciones, o iniciar una investigación, o contárselo a la Policía... ¡por lo menos decírselo a la Policía! Somos los únicos que lo sabemos todo... ¡No podemos dejar que esos bastardos se salgan con la suya!

-¿Es que no sabes nada? -dijo Arthur amargamente.

-¿Qué quieres decir?

La voz de Arthur era tan sombría como una tumba.

-«Hamilton Holding» es la empresa madre del Evening Post. -Hizo una pausa y después miró fijamente a Kevin-. Felix Laski es tu nuevo jefe.

CUATRO HORAS DE LA TARDE

32

Se sentaron en el comedor pequeño, uno frente a otro en la pequeña mesa circular, y él dijo:

-He vendido la empresa.

Ella sonrió y dijo con calma.

-Derek, estoy muy contenta.

Después, contra su voluntad, los ojos se le llenaron de lágrimas, sintió que se entibiaba la frialdad de su autocontrol y se derrumbó, por primera vez desde el nacimiento de Andrew. A través de las lágrimas vio el asombro en la expresión de Derek al comprobar él cuánto significaba su decisión para ella. Ella se levantó y abrió un armario mientras decía:

-Creo que esto merece una copa.

-Me han dado un millón de libras por la empresa -dijo Derek, sabiendo que a ella no le interesaba.

-¿Es una buena venta?

-Tal como está ahora, sí. Pero lo que es más importante es que nos permitirá vivir confortablemente lo que nos queda de vida.

Ella preparó una tónica con ginebra.

-¿Quieres tomar algo?

-«Perrier», por favor. He decidido no beber durante algún tiempo.

Ella le dio la bebida y se sentó de nuevo frente a él.

-¿Qué te ha hecho decidir la venta?

-Nada en especial. Hablar contigo, hablar con Nathaniel... -Bebió a pequeños sorbos el agua mineral-. Principalmente la conversación contigo. Las cosas que me has dicho sobre nuestro estilo de vida.

-¿Cuándo será efectiva la venta?

-Ya lo es. No volveré nunca a la oficina. -Aplastó la mirada de ella o la dirigió a lo lejos, a través de las puertas-ventana, más allá del prado-. He dimitido a las doce en punto, y desde ese momento no he notado la úlcera. ¿No es maravilloso?

-Sí. -Ella siguió la mirada de él y vio el sol que resplandecía enrojecido entre las ramas de su árbol favorito, el pino escocés-. ¿Has hecho planes?

-He pensado que podemos hacerlos juntos. -Le sonrió directamente a su mujer-. Pero me levantaré tarde; y haré tres comidas ligeras al día, siempre a la misma hora; y veré la televisión; y procuraré recordar cómo se pinta.

Ella asintió. Se sentía torpe; ambos se sentían así. De pronto había entre ellos una nueva relación, y estaban tanteando el camino, inseguros de qué decir o cómo comportarse. Para él la situación era sencilla: había hecho el sacrificio que ella le había pedido, le había dado su alma; y ahora quería que ella lo reconociese, que aceptase el regalo con algún gesto. Pero para ella ese gesto significaba dejar que Felix desapareciera de su vida. No puedo hacerlo, pensó; y las palabras resonaban en su cabeza como el eco de las sílabas de una maldición.

-¿Qué te gustaría que hiciésemos? -preguntó él.

Era como si conociera el dilema de Ellen y quisiera obligarla a decidir, hacerle hablar de ellos dos como una unidad.

-Me gustaría que lo pensásemos ampliamente -dijo ella.

-Buena idea. -Se levantó. Cogió su bebida y le siguió.

Derek pareció sorprendido, y, a decir verdad, también ella estaba un poco asombrada: habían transcurrido treinta años desde que habían perdido la costumbre de verse mientras se desvestían.

Cruzaron el vestíbulo y subieron juntos la escalera. Él jadeaba con el esfuerzo y dijo:

-Dentro de seis meses subiré corriendo esta escalera.

Contemplaba el futuro con inmenso placer; y ella con tanto temor. Para él la vida empezaba de nuevo. ¡Si Derek lo hubiese hecho antes de que ella conociera a Felix!

Derek mantuvo abierta la puerta del dormitorio para dejarla pasar, y a ella le dio un vuelco el corazón. En otro tiempo esto había sido un rito; una señal entre ellos; el código de los amantes. Había comenzado así cuando eran jóvenes. Ella había observado que él mostraba una cortesía casi embarazosa cuando se sentía excitado y ella solía decirle en broma:

-Solamente me abres las puertas cuando quieres hacer el amor.

Después, naturalmente, pensaban en el sexo cada vez que él le abría una puerta, y eso se convirtió en la manera en que Derek le comunicaba a Ellen su deseo. Uno necesitaba señales semejantes en aquellos tiempos. Actualmente, ella se sentía muy feliz diciéndole a Felix:

-Hagámoslo en el suelo.

¿Se acordaba Derek? ¿Estaba acaso diciéndole que éste era el reconocimiento que deseaba? Habían pasado años; y él era tan vulgar. ¿Sería posible?

Derek entró en el cuarto de baño y abrió los grifos. Ella se sentó delante de su tocador y se cepilló el cabello. Por el espejo observó a Derek salir del cuarto de baño y comenzar a desnudarse. Él seguía haciéndolo de la misma manera: primero los zapatos, después los pantalones y luego la chaqueta. Él le había dicho en una ocasión que así debía hacerse; ya que los pantalones se colgaban antes que la chaqueta, y los zapatos tenían que quitarse antes que los pantalones. Ella le había respondido diciéndole lo peculiar que resultaba un hombre en camisa, corbata y calcetines. Y los dos habían reído.

Derek se quitó la corbata y se desabrochó el cuello de la camisa con un suspiro de alivio. Quizá no tendría que llevarlo abotonado nunca más.

Se quitó la camisa, y después los calcetines, luego la camiseta y finalmente los calzoncillos. Entonces vio que ella le miraba por el espejo. Había algo parecido al desafío en la mirada de él, como si estuviera diciéndole a Ellen: «Este es el aspecto que tiene un hombre viejo, de modo que es mejor que te acostumbres a ello.» Ella se encontró con la mirada de Derek un momento, y después miró a otro lado. El entró en el cuarto de baño, y ella oyó el movimiento del agua cuando él se metió en la bañera.

Ahora que no tenía delante a Derek, Ellen se sentía más libre para

Librodot

pensar, como si antes él hubiera podido oírle los pensamientos. El dilema estaba ante ella de la manera más brutal: ¿podía o no podía hacer frente a la idea del acto sexual con Derek? Algunos meses antes, hubiera podido; y no podido, sino que lo hubiera hecho y ansiosamente; pero desde entonces había tocado el cuerpo firme y musculoso de Felix, y había redescubierto su propio cuerpo en una relación puramente física.

Se esforzó por imaginar el cuerpo desnudo de Derek: el cuello grueso, sus pechos gordos con mechones de vello gris-blanquecino en los pezones, su barriga gruesa con la flecha de vello que se ensanchaba en la ingle y allí... bueno, por lo menos Derek y Felix eran muy parecidos en ese aspecto.

Se imaginó a sí misma en la cama con Derek, y pensó cómo la tocaría él, y la besaría y lo que ella le haría a él... y de pronto se dio cuenta de que podía hacerlo, y sentir placer al hacerlo, a causa de lo que significaba; los dedos de Felix podían ser hábiles y conocedores, pero las manos de Derek eran las que ella había aceptado durante muchos años; podía arañar apasionadamente los hombros de Felix, pero sabía que podía apoyarse en los de Derek; Felix era tremendamente atractivo, pero en la cara de Derek había años de bondad y de consuelo, de comprensión y compasión.

Quizás amaba a Derek. Y quizás era ya demasiado vieja para cambiar.

Le oyó que se ponía en pie dentro de la bañera y sintió pánico. No había tenido tiempo suficiente; todavía no estaba dispuesta para tomar una decisión irrevocable. No le era posible, en aquel momento preciso, aceptar el pensamiento de no tener nunca más a Felix dentro de ella. Era demasiado precipitado.

Tenía que hablar con Derek. Tenía que cambiar de tema; romper la disposición del ánimo de los dos. ¿Qué podía decir?

Derek salió de la bañera: ahora se estaría secando y dentro de un momento entraría.

Ella le preguntó en voz alta:

-¿Quién ha comprado la compañía?

La respuesta de Derek fue inaudible; y en aquel momento sonó el teléfono.

Mientras cruzaba el dormitorio para responder, ella repitió:

-¿Quién ha comprado la compañía? -Y alzó el receptor.

Derek alzó la voz:

-Un hombre llamado Felix Laski. Ya le conoces. ¿Lo recuerdas?

Ella se quedó inmóvil, con el teléfono en el oído, sin decir nada. Ya era demasiado: las implicaciones, la ironía, la traición.

La voz del teléfono le decía al oído: -Oiga, oiga...

Era Felix.

-Oh, Dios mío, no -murmuró ella.

-¿Ellen? -preguntó él-. ¿Eres tú?

Librodot

-Sí.

-Tengo muchas cosas que contarte. ¿Podemos vernos? Ella balbuceó:

-Pues... me parece que no.

-No seas así. -La voz de Felix, shakespeariana y profunda, era como la música de un violoncelo-. Quiero que te cases conmigo.

-Oh, ¡Dios mío!

Ellen, dime algo. ¿Te casarás conmigo?

De súbito, Ellen supo lo que quería, y con ese descubrimiento se inició el sosiego. Aspiró profundamente.

-No, sé con toda certeza que no lo haré.

Colgó el teléfono y se quedó contemplándolo un momento.

Lenta y deliberadamente, se fue quitando la ropa, que dejó ordenadamente amontonada en una silla. Después se metió en la cama a esperar a su marido.

Tony Cox era un hombre feliz. Escuchaba la radio mientras cruzaba lentamente las calles de Londres con su «Rolls», de regreso a casa. Pensaba lo bien que todo había ido y estaba olvidando lo que le había sucedido a Willie el Sordo. Tamborileaba alegremente con los dedos sobre el volante, siguiendo el compás de una canción pop. La temperatura era más fresca ahora. El sol estaba bajo y unos altos cirros blancos destacaban deshilachados en el cielo azul. El tráfico se hacía más denso a medida que se acercaba la hora punta, pero aquella tarde Tony tenía toda la paciencia del mundo.

Había salido bien al final. Los muchachos habían tenido su parte, y Tony les había explicado que el resto del dinero había quedado escondido en un Banco, y el porqué. Les había prometido otro pago dentro de un par de meses, y ellos habían quedado satisfechos.

Laski había aceptado el dinero robado mucho más fácilmente de lo que Tony esperaba. Quizás aquel cerdo astuto creía que podría estafarle un poco. Que lo intentase. Los dos tendrían qué pensar en algún plan para ocultar la verdadera naturaleza de los reintegros que Tony hiciera de esos fondos. Eso no podía ser difícil.

Esa noche nada podía ser difícil. Pensaba en lo que podía planear para esa noche. Quizás iría a un bar de gays y escogería un compañero para pasar la noche. Se vestiría lujosamente y se pondría alguna pieza de bisutería, y llevaría en el bolsillo un fajo de billetes de diez libras. Encontraría algún muchacho un par de años más joven que él, y le abrumaría con atenciones: una comida maravillosa, un espectáculo, champán... y después regreso al piso de Barbican. Golpearía un poco al chico para ablandarle, y después...

Sería una buena noche. Por la mañana el muchacho se marcharía con los bolsillos llenos de dinero, magullado pero feliz. A Tony le encantaba hacer feliz a la gente.

Siguiendo un impulso, se detuvo junto a una tienda, en una esquina, y entró. Era una tienda de periódicos, con un decorado brillante y moderno y nuevos estantes a lo largo de las paredes para

las revistas y los libros. Tony pidió la mayor caja de bombones que tuvieran en la tienda.

La muchacha joven de detrás del mostrador era gorda, con granos y descarada. Alargó el brazo para coger los bombones dejando que su bata de nylon se le subiera casi hasta el trasero. Tony desvió la mirada.

-¿Quién es la dama afortunada, eh? -le preguntó la chica.

-Mi mamá.

-A otra con ese cuento.

Tony pagó y salió apresuradamente. No había nada más asqueroso que una mujer asquerosa.

Mientras emprendía la marcha pensó que, realmente, con un millón de libras podía hacer algo más que salir una noche de juerga por la ciudad. Podía comprar una casa en España, pero allí hacía demasiado calor. Tenía suficientes vehículos; los cruceros por el mundo le aburrían; no quería una mansión en el campo; no era coleccionista de nada. Se echó a reír al pensarlo de esa manera: en un solo día se había convertido en millonario y lo único que había decidido comprar era una caja de bombones de tres libras.

El dinero era seguridad, no obstante. Si pasara por una mala racha -incluso si, Dios no lo permitiese, le metieran en chirona- podría cuidar de los muchachos más o menos indefinidamente. Atender la empresa podía ser caro algunas veces. Había en total unos veinte tipos y cada uno de ellos esperaba que él le diera algunas libras todos los viernes, hubieran hecho o no algún trabajo. Suspiró. Sí, sus responsabilidades serían ahora menos gravosas. Valía la pena, aunque solamente fuese por eso.

Se detuvo frente a la casa de su madre. El reloj del tablero indicaba las cuatro y cuarenta y cinco minutos. Ma pronto tendría el té preparado; quizás un poco de queso con tostadas, o un plato de judías; después algún pastel de fruta o Batterberg; y peras confitadas con leche «Ideal» como final. 0 quizá le habría preparado su plato favorito, cucuruchos con mermelada. Después, más tarde, volvería a comer. Siempre había tenido buen apetito.

Entró en la casa y cerró la puerta detrás de él. El vestíbulo estaba desordenado. La aspiradora estaba abandonada a medio camino en la escalera, del perchero del recibidor se había caído un impermeable al suelo de mosaico y junto a la puerta de la cocina había desorden. Parecía que hubieran llamado repentinamente a mamá. Tony confió que no fueran malas noticias.

Recogió el impermeable y lo colgó de una percha. El perro tampoco estaba en casa; no hubo ladridos de bienvenida.

Entró en la cocina y se detuvo con un pie todavía en el recibidor.

El desorden era terrible. Al principio no pudo imaginar lo que era. Después, olfateó la sangre.

Estaba por todas partes: paredes, suelo, techo; salpicaba el frigorífico, el fogón y el escurreplatos. La nariz se le llenó con la peste

del matadero y se sintió mareado. Pero, ¿de dónde procedía aquello? ¿Cuál era la causa? Miró desesperadamente a su alrededor, pero no había nada; solamente sangre.

Cruzó la cocina de dos grandes zancadas y abrió de golpe la puerta de atrás.

Entonces lo comprendió.

Su perro yacía en medio del pequeño patio cementado. Todavía tenía clavado el cuchillo, el mismo cuchillo que aquella mañana había afilado en exceso. Tony se arrodilló junto al cuerpo mutilado. Parecía haberse encogido, como un globo con una fuga de aire.

A los labios de Tony acudió un encadenamiento de maldiciones y blasfemias expresadas en voz baja. Contempló las múltiples heridas y los fragmentos de tela entre los dientes descubiertos de la perra y susurró:

-Peleaste bien, muchacha.

Se dirigió entonces a la puerta del jardín y miró hacia afuera, como si el asesino tuviera que estar aún allí. Todo lo que pudo ver fue una larga tira de goma de mascar rosada en el suelo, arrojada allí casualmente por algún niño.

Obviamente, mamá estaba fuera cuando eso sucedió, lo cual era una bendición. Tony decidió limpiarlo todo antes de que ella regresara.

Cogió una pala del cobertizo. Entre el patio y la puerta del jardín había un pequeño trozo de tierra que el viejo solía aprovechar para sus intermitentes cultivos. Ahora todo era maleza. Tony se quitó la chaqueta, marcó un pequeño cuadro en el suelo y empezó a cavar.

No tardó mucho en cavar una tumba. Era un hombre fuerte y estaba furioso. Pisó la pala con rabia y pensó en lo que le haría al criminal si alguna vez lo encontraba. Y lo encontraría. El bastardo lo había hecho por despecho y cuando la gente hacía cosas así tenían que presumir de ello, antes o después, de otro modo solamente podían envanecerse ante ellos mismos, y con eso nunca bastaba. Conocía a esa gente. Alguien oiría algún comentario y se lo diría a uno de los muchachos confiando recibir una recompensa.

Cruzó por su mente la idea de que el Viejo Bill podía andar detrás de todo eso. Era improbable; ése no era su estilo. ¿Quién, entonces? Tenía muchos enemigos, pero ninguno de ellos tenía tanto odio ni redaños para hacer un numerito como ése. Cuando Tony daba con alguien con esas cualidades solía contratar al individuo.

Envolvió a la perra muerta con su chaqueta y colocó dulcemente el envoltorio en el agujero. Volvió a rellenarlo de tierra y alisó la superficie con la parte plana de la pala. ¿No había oraciones para los perros, verdad? No.

Volvió a la cocina. El desorden era espantoso. No podría limpiarlo él solo. Mamá estaría de vuelta en cualquier momento... Era un jodido milagro que estuviera fuera de casa tanto tiempo. Necesitaba ayuda. Decidió llamar a su cuñada.

Cruzó la cocina intentando no pisar la sangre y ensuciarlo todo. Le

pareció que era mucha sangre, incluso para un perro bóxer.

Entró en la sala para usar el teléfono, y allí estaba ella. Debía haber intentando llegar al teléfono. Un rastro fino de sangre iba de la puerta al cuerpo tumbado en la alfombra. Solamente había recibido una puñalada, pero el golpe había sido fatal.

La expresión de horror congelada en la cara de Tony fue cambiando lentamente mientras sus facciones se retorcían, como al apretar un cojín, y se convertía en una expresión desesperada. Alzó lentamente los brazos hacia lo alto y presionó sus mejillas con las palmas. Abrió la boca.

Finalmente surgieron las palabras y rugió como un toro. -¡Mamá! -gritó-. ¡Oh, Dios mío, mamá!

Cayó de rodillas junto al cadáver y lloró: sollozos enormes, ruidosos, desesperados, como el llanto de un niño sin ninguna esperanza.

En la calle, frente a la casa, se agrupaba la multitud ante a la ventana de la sala, pero nadie se atrevió a entrar.

34

El Club de Tenis de la City era un establecimiento que no tenía que ver con el tenis y sí con todo lo que concernía a las bebidas de la tarde. A Kevin Hart le asombraba a menudo la inverosimilitud de su título. Situado en una callejuela que daba a Fleet Street, embutido entre una iglesia y un bloque de oficinas, casi no había espacio para jugar el tenis de mesa, y mucho menos al tenis de verdad. Si todo lo que querían era una excusa para servir bebidas cuando habían cerrado los pubs, pensó Kevin, seguramente hubieran podido encontrar un nombre más creíble, algo como la filatelia o el modelismo ferroviario. Tal como era, lo más que se acercaba al tenis era en una máquina que funcionaba con monedas y que mostraba una diminuta pista de tenis en una pantalla de televisión; movías al jugador haciendo girar un botón.

Sin embargo, había tres bares y un restaurante, y era un buen lugar donde encontrar a la gente del Daily Mail o del Mirror que algún día podían proporcionarte un empleo.

Kevin llegó allí poco antes de las cinco. Pidió una pinta de cerveza de barril y se sentó a una mesa para hablar ociosamente con un periodista del Evening News al que conocía vagamente. Pero su mente no estaba en la conversación; por dentro, todavía se sentía furioso. El reportero se marchó después de un rato y Kevin vio entrar a Arthur Cole, que se dirigió en línea recta al bar.

Con gran sorpresa de Kevin, el subdirector cogió su vaso y se sentó al otro lado de la mesa, frente a Kevin. A manera de saludo, Arthur dijo:

-¡Vaya día!

Kevin asintió con la cabeza. Realmente no deseaba la compañía de

aquel hombre maduro; deseaba estar solo para reflexionar sobre sus propios sentimientos.

Arthur engulló la mitad de su cerveza de un solo trago y dejó el vaso en la mesa con un suspiro de satisfacción.

-No he bebido cerveza en el almuerzo -explicó. Solamente para ser cortés, Kevin comentó: -Hoy has defendido el fuerte tú solito.

-Sí. -Cole sacó un paquete de cigarrillos y un encendedor, y los puso sobre la mesa-. Durante todo el día me he negado a fumar. Me pregunto cuánto tiempo podré resistirlo.

Kevin miró su reloj a hurtadillas preguntándose si marcharse a «El Vino's».

-Probablemente -dijo Arthur- estarás pensando que cometiste un error al unirte a esta profesión.

Kevin se sorprendió. No había creído que Cole pudiera tener tanta perspicacia.

-Así es, en efecto.

-Y podrías estar en lo cierto. -Eso resulta muy estimulante. Cole suspiró.

-Ése es tu problema, ¿sabes? Siempre has de salir con esas observaciones ingeniosas.

-Si tengo que ir por ahí lamiendo culos, me he metido en la profesión equivocada.

Arthur alargó la mano hacia los cigarrillos, y después cambió de idea.

-Hoy has aprendido algo, ¿verdad? Estás empezando a comprender cómo van las cosas, y si has ganado algo en todo ello, habrás adquirido un poco de humildad. A Kevin le enfureció el tono paternal.

-Me asombra que después de todo lo que hoy ha sucedido no haya nadie por aquí con sensación de fracaso.

Cole se echó a reír amargamente, y Kevin vio que había dado en el clavo. La sensación de fracaso de Arthur debía ser más o menos crónica.

El veterano le dijo:

-Vosotros, los jóvenes, sois de una raza nueva, y supongo que os necesitamos. El viejo estilo... Que todos comenzáramos por lo más bajo y fuésemos subiendo poco a poco, era un sistema mejor para producir periodistas que ejecutivos. Dios sabe que existe escasez de cerebros entre los directivos de los periódicos. Espero que tú puedas intervenir para mejorarlo. ¿Quieres otra pinta de cerveza?

-Gracias.

Arthur se dirigió al mostrador. Kevin estaba un poco perplejo. Hasta ahora, Cole solamente le había hecho críticas y ahora, sin embargo, le estaba pidiendo que se quedara en el campo periodístico y que se convirtiera en directivo. Eso no estaba en sus planes, pero sólo porque nunca había pensado en ello. No era lo que deseaba; a él le gustaba descubrir cosas, escribir, trabajar en favor de la verdad.

No estaba seguro. Pensaría en ello.

Cuando Arthur regresó con las bebidas, Kevin le dijo:

-Si eso es lo que sucede cuando consigo una buena historia, ¿cómo podré llegar alguna vez a alguna parte? Arthur volvió a reír amargamente.

-¿Crees acaso que estás solo? ¿Te das cuenta de que yo he actuado hoy como coordinador de las noticias? Por lo menos, para ti habrá otra historia.

Cogió el paquete de cigarrillos, y esta vez encendió uno. Kevin le observó mientras aspiraba. Sí, pensó, para mí habrá otra historia.

Pero para Arthur no la habría.

F I N

Librodot